



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN LETRAS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

“TO FIND AND NOT TO YIELD”: EL TEMA DEL FRACASO HEROICO Y
LA DECADENCIA IMPERIAL BRITÁNICA EN LA TRADICIÓN
BIOGRÁFICA DEL CAP. ROBERT FALCON SCOTT

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRO EN LETRAS (LETRAS MODERNAS)

PRESENTA

DANIEL ARCE GARCÍA

TUTORA: DRA. NATTIE LILIANA GOLUBOV FIGUEROA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX, 2022



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Agradecimientos

A mi familia, por permitirme seguir cazando ballenas blancas en vez de conseguir un trabajo normal.

A mi asesora, Nattie Golubov Figueroa, por la ayuda siempre puntual y atenta, además del espacio para desarrollar el proyecto a mi ritmo. Al sínodo, por sus valiosas observaciones y su tiempo.

A mis amigos Casandra, Noé, Alma y Elena, por el apoyo, la conmiseración y las conversaciones sobre todo y nada.

A C., por estar cuando nadie estuvo.

Dedicado a la memoria de Robert Falcon Scott, Edward A. Wilson, Henry Bowers, Lawrence Oates, Edgar Evans y Roald Amundsen. A pesar de todo.

It was a quite simple creed... it amounted to no more than this: that to die decently was worth a good many years of life.

—**A. E. W. Mason**, *The Four Feathers* (1902)

We are weak, writing is difficult, but for my own sake I do not regret this journey, which has shown that Englishmen can endure hardships, help one another, and meet death with as great a fortitude as ever in the past. We took risks; we knew we took them; things have come out against us, and therefore we have no cause for complaint, but bow to the will of Providence, determined to do our best to the last.

—**Robert Falcon Scott**, *Message to the Public* (1912)

English literature, like other literatures, is full of battle-poems, but it is worth noticing that the ones that have won for themselves a kind of popularity are always a tale of disasters and retreats.

—**George Orwell**, “**England Your England**” (1941)

Índice

Introducción.....	2
Capítulo I – La edad heroica de la exploración polar y el explorador como héroe romántico del periodo victoriano-eduardiano.....	22
La edad heroica de la exploración polar	22
El explorador como héroe de lo romántico-sublime.....	27
Lenguaje heroico en la literatura polar	40
Capítulo II – Desmontando la leyenda: <i>Scott and Amundsen</i> de Roland Huntford	45
Linaje familiar y linaje cultural.....	48
El romance <i>versus</i> la razón	54
Muerte sin gloria	58
Capítulo III – La rehabilitación del héroe: <i>Captain Scott</i> de Ranulph Fiennes.....	64
El aprendizaje del héroe.....	67
Justicia, valor y crédito heroico	71
Ante lo imposible	80
Capítulo IV – La decadencia del Imperio Británico frente a la leyenda heroica del capitán Scott.....	89
El decadentismo de derechas.....	92
Robert Falcon Scott ante el decadentismo: una batalla incesante.....	104
Conclusiones.....	120
Apéndice – Los hechos sobre el Cap. Robert Falcon Scott.....	127
Orígenes.....	127
La expedición Discovery y el reconocimiento	130
Terra Nova y la tragedia	132
Referencias.....	141

Introducción

Sobre las aguas del Mar de Ross, en la costa de la Bahía de McMurdo en el continente helado de Antártica, se alza una colina llamada Observation Hill, conocida —como el nombre lo indica— por ser un excelente mirador hacia la barrera de hielo y las cadenas montañosas de la región. Antártica se piensa muchas veces como tierra de nadie, pero aquí los nombres geográficos son tan ingleses como los espectros que rondan alrededor. El 22 de enero de 1913, los miembros de la expedición británica Terra Nova ascendieron Observation Hill y erigieron una sencilla cruz de madera que permanece allí hasta hoy, siendo visitada por cientos de personas cada año, por lo que fue declarada sitio histórico de Antártica en 1972. En la cruz se lee la última línea del poema *Ulysses* de Alfred, Lord Tennyson —“To strive, to seek, to find, and not to yield” (62)—, así como los nombres de cinco personas: el líder de la expedición, capitán Robert Falcon Scott, de la Marina Real, y sus cuatro acompañantes en la conquista del polo sur, periclitados todos en su viaje de regreso. La cruz, por supuesto, es un simple memorial. Los cuerpos no están allí, sino que yacen ocultos desde 1912 bajo las nieves móviles de la barrera de hielo de Ross y seguramente no serán encontrados nunca. Sin embargo, en eras subsecuentes no han sido pocas las personas —no todas ellas británicas— que han seguido encontrando reflejos de sí mismos en la historia de Scott y sus hombres.

La partida de Scott no fue la primera en alcanzar el polo sur. El noruego Roald Amundsen logró la proeza tres semanas antes, y además regresó sano y salvo a su campamento. Pero es fácil olvidarse de Amundsen. Desde los primeros años tras la muerte de Scott, cuando se erigió una estatua en su memoria en Waterloo Place y el narrador J. M. Barrie —su amigo personal— lo mitificara como un aventurero nato, trabajador incansable y “ideal sportsman” (7), hasta tiempos más cercanos, en los que la historia de su último viaje sigue inspirando asombro y arte, como la

pieza instrumental “A Very Gallant Gentleman” del conjunto australiano We Lost the Sea o la canción “Héroes de la Antártida” de Mecano en el mundo hispanohablante, la huella cultural del explorador inglés ha sido mucho más grande que la del noruego quien lo venciera en 1912. En parte, esto es fácil de explicar. Scott provenía de una superpotencia, el Imperio Británico, con todo su aparato propagandístico y su dominancia discursiva internacional como respaldo, mientras que el país de Amundsen es pequeño, lejano y apenas había proclamado su independencia completa en 1905. Pero no todo puede ser atribuido a este desbalance entre naciones. También hay un desbalance entre historias.

En términos narrativos, el triunfo de Amundsen es como un hueso roído y seco. Descrito por su biógrafo Stephen Bown como arrogante, competitivo y meticuloso, Amundsen no resulta la figura más inspiradora como eje de una trama de aventura: “He could be taciturn and rude in public, and his accomplishments were tainted by the perception that he was devious and cold-hearted” (xv). Además, el noruego operaba fuera del patriotismo de la época, lo cual lo convirtió en un sujeto difícil de aprehender y de adoptar, incluso para sus connacionales: “he somehow failed to appreciate, or ignored, the underlying political and nationalist motivations that inspired and financed others, making him the object of much vitriol” (xvi). Justificadamente o no, Amundsen ha sido visto como un profesional, un mercenario individualista que exploraba por satisfacción personal y no por la gloria de su patria ni por satisfacer ideales externos. Un hombre fuera de la comunidad. Esto lo ha reducido en el imaginario colectivo a ser un personaje secundario en el drama épico de la muerte de Scott, cuya historia cautiva y detona la imaginación con mucha más fuerza; tanto la del patriotismo británico de ayer y hoy como la del romanticismo vestigial que todo Occidente tiene por herencia.

Antes, cuando dijimos que los cuerpos de los fallecidos nunca serán encontrados, en realidad debimos decir “re encontrados”, pues lo cierto es que Scott y dos de sus acompañantes,

los últimos en morir, sí fueron hallados una única vez en noviembre de 1912 por los mismos hombres que después levantarían la cruz en Observation Hill. Ante la imposibilidad de mover los cuerpos sin dañarlos o hacer innecesariamente riesgoso su viaje de regreso, los expedicionarios sólo recuperaron rollos fotográficos que probaban la llegada al polo, así como los diarios y últimos escritos del capitán. La construcción de la leyenda heroica de Scott ha sido un proceso eminentemente textual y narrativo, que comienza con dichos documentos. Comparado al hermético Amundsen —cuyos áridos escritos nunca levantaron mucho revuelo—, Scott era mucho más *legible* para sus contemporáneos, tanto en su prosa como en su *ethos*:¹ “The heroic vision of exploration as a test of individual and national character... pervades his journals... [They] expressed the romantic view of duty, struggle, and sacrifice expressed in the writings of his friends A. E. W. Mason and J. M. Barrie” (Jones xxxv). Quizá en ningún sitio se concrete este carácter con tanta fuerza como en las últimas líneas del *Mensaje al público*, una célebre y multicitada adenda a los diarios escrita por Scott cuando supo que la muerte le era inminente:

We took risks, we knew we took them; things have come out against us, and therefore we have no cause for complaint, but bow to the will of Providence, determined to do our best to the last... Had we lived, I should have had a tale to tell of the hardihood, endurance, and courage of my companions which would have stirred the heart of every Englishman. These rough notes and our dead bodies must tell the tale, but surely, surely, a great rich country like ours will see that those who are dependent on us are properly provided for. (422)

La historia de Scott, su apelación a valores patrióticos y comunitarios, así como su despliegue de resistencia al seguir escribiendo con su templanza y claridad habituales ante una muerte segura

¹ Sírvanos definir *ethos* en su acepción más general derivada del griego, como el conjunto de rasgos de carácter o la naturaleza moral típica de una persona o un grupo. A pesar de que no nos referimos al término en su acepción de la retórica aristotélica, donde el *ethos* es básicamente la construcción discursiva de la autoridad que alguien tiene para afirmar algo, sí conservaremos de Aristóteles la noción de que el carácter/*ethos* se constituye a partir de la convención, el hábito cultural y el ritual; es decir: para tener *ethos*, se necesita demostrar constancia en la práctica de los valores máspreciados por cierta comunidad (Halloran 60). Esta noción de *ethos*, se verá, resulta transparentemente cercana al concepto victoriano de *character*, cuyo cúmulo de valores examinaremos en el cap. I.

provocaron que su nación se volcara en demostraciones de luto e interpretaciones grandilocuentes: “To some the meaning of the deaths of Scott and his men was religious, to others secular; to some they were the embodiment of Christian sacrifice or English chivalry, to others again of pacific courage or scientific dedication” (Crane 6). Estas visiones se condensan en un tema recurrente del pensamiento británico, de particular fuerza en el siglo XIX imperial: el fracaso heroico (*heroic failure*): “a strain in British culture that embraces the nobility of suffering, defeat and heroism in the face of disaster over triumphalism and the glory of victory” (Barczewski 4). En una época donde la ansiedad del Imperio Británico sobre los verdaderos alcances de su fuerza comenzaba a manifestarse a causa de las derrotas militares y morales de la Guerra Boer, la saga de Scott representó un oasis narrativo donde la metrópoli podía recibir consuelo y asegurarse de que su país aún era capaz de producir héroes con un núcleo de valores intacto: coraje, sacrificio, resistencia, estoicismo, fe; el credo perfecto del *gentleman* victoriano.

Este legado continuó en las décadas siguientes a través de una nutrida tradición biográfica y narrativa, que terminó de inscribir a Scott en el panteón de los símbolos nacionales. La primera biografía completa del explorador, *Captain Scott* (1929), obra del periodista y político irlandés Stephen Gwynn, es un trabajo de hagiografía pura que exalta a Scott y sus hombres por triunfar más allá de la superficie y hace de su historia un ejemplo didáctico: “He taught the world how little in comparison with other values success matters; he made England feel that heroic deeds were none the less heroic because the hero brought back no spoils” (2). No obstante, como el mismo Gwynn admite, para 1929 ya había bastante bibliografía con la cual armar un relato biográfico. La pieza más importante eran los diarios de Scott, pero no sólo por sus contenidos,

sino también a causa de la introducción escrita para su edición popular por J. M. Barrie.² Si los diarios son la columna principal que sostiene el templo de la leyenda heroica, este breve texto de Barrie —escrito en 1914 y retomado en diversos volúmenes desde entonces— es uno de sus retablos más destacados. Centrada en los años formativos de Scott, la introducción es un ejercicio mitificador sobre los orígenes del héroe, un intento de hallar en la escueta información sobre su pasado las semillas de un carácter descollante mediante anécdotas de su generosidad con sus allegados, su rectitud como cadete naval y su capacidad de sacrificio innata (sobre todo en la parte final, donde a la edad de 19 años asume el liderazgo de un barco de pasajeros durante una tormenta). El objetivo de Barrie es claro: no solamente hacer un elogio de su amigo personal, sino erigirlo como ejemplo de comportamiento infantil y juvenil.

Además del de Barrie, ya existían en 1929 múltiples escritos y testimonios de integrantes de la expedición Terra Nova, entre quienes destacan Herbert Ponting y Apsley Cherry-Garrard. El primero era un fotógrafo periodístico conocido hasta 1910 por sus postales de China, cuyo nombre ha estado unido desde entonces al de Scott. Además de ser el fotógrafo oficial del viaje —produciendo algunas de las imágenes más memorables en la historia de la exploración polar—, Ponting fue el primero en llevar equipo cinematográfico a Antártica: una pesada cámara con cuerpo de madera que sirvió para captar escenas cotidianas y viñetas de la vida natural en el continente. Ponting regresó a la civilización cuando Scott partió al polo, por lo que se enteró de la muerte de sus compañeros en 1913 junto con el resto del mundo. Tras recuperar los derechos de su material fílmico de la distribuidora Gaumont, Ponting se embarcó en un tour de charlas presenciales en teatros y auditorios, donde mostraba su obra en el contexto de una crónica de la

² Los diarios de la expedición Terra Nova fueron publicados por Smith, Elder en 1913 como *Scott's Last Expedition*, una edición de lujo en dos volúmenes ricamente ilustrados. Un año después, la misma editorial publicó *Captain Scott's Voyages*, una edición de un solo volumen con extractos de los diarios de las dos expediciones de Scott. Es este segundo título donde la introducción de Barrie apareció por primera vez. En 1923 el editor John Murray republicó *Scott's Last Expedition* en una edición barata, incorporando el texto de Barrie.

expedición. Posteriormente utilizó el mismo material para producir el libro de memorias *The Great White South* (1922) y el filme *The Great White Silence* (1924). Su tratamiento de Scott, por supuesto, es estrictamente elogioso: “His trim, athletic figure; the determined face; the clear blue eyes, with their sincere, searching gaze; the simple, direct speech and earnest manner; the quiet *force* of the man —all drew me to him immensely” (2). Además, haciendo eco de Barrie, Ponting asegura que el mismo Scott le expresó su deseo de que la expedición sirviera en el futuro como ejemplo e inspiración para niños y jóvenes: “as this would help to stimulate ‘a fine and manly spirit in the rising generation’” (vii). El libro de memorias de Ponting ha quedado casi olvidado hoy en día, pero la versión fílmica *The Great White Silence* ha conservado relevancia como un ejemplo de documental temprano y fue restaurada por el British Film Institute en 2010.

Cherry-Garrard —zoólogo asistente y el miembro más joven de la expedición— es un caso más complejo, pues a lo largo de su vida su opinión acerca de Scott y ciertos episodios de la expedición fluctuó, llegando a ser bastante crítica en algunos puntos. Ranulph Fiennes conjetura que esto fue a causa de su amistad con el escritor George Bernard Shaw, quien aparentemente detestaba a Scott y gustaba de causar conflictos entre sus conocidos (410).³ Por la razón que fuere, Cherry-Garrard produjo en su obra capital *The Worst Journey in the World* (1922) el primer retrato ambivalente de Scott, al llamarlo “débil de temperamento” e “irritable”; ciertamente no un héroe épico de mentalidad monolítica. Sin embargo, al final la obra permanece

³ Shaw nunca conoció a Scott, aunque mantuvo una amistad con su viuda, Kathleen, además de Cherry-Garrard. Respecto a sus sentimientos sobre el explorador, Fiennes referencia una carta privada donde Shaw llama a Scott “the most incompetent failure in the history of exploration”, aunque nunca llegó a ser tan explícito en sus comunicaciones con Kathleen (411). Por su parte, Sara Wheeler, biógrafa de Cherry-Garrard, se mantiene bastante ambigua acerca de las contribuciones de Shaw a *The Worst Journey...*, citando solamente que el dramaturgo ayudó a Cherry a deshacerse de sus “*boyish notions*” sobre la expedición y a valorar a los actores de su relato con un “ojo maduro”, sin hagiografías ni acusaciones fáciles (208). Fiennes y Wheeler sí concuerdan, sin embargo, en que Shaw tenía un gusto innato por plantar insidia entre sus amistades.

respetuosa hacia el heroísmo del capitán ante la muerte inevitable, exalta su sentido de la justicia e incluso convierte sus debilidades en fortalezas, pues las *conquistó a través de su carácter*:

He will go down in history as the Englishman who conquered the South Pole and who died as fine a death as any man has had the honour to die. His triumphs are many —but the Pole was not by any means the greatest of them. Surely the greatest was that by which he conquered his weaker self, and became the strong leader whom we went to follow and came to love. (195)

Si bien *The Worst Journey in the World* es mucho más personal y menos hagiográfica que otras obras del período, es imposible no ver en ella algo de la sentencia de la biografía de Gwynn: incluso cuando se quiere enfocar las sombras en su composición, la historia de Scott termina por ser una lección sobre la importancia del carácter por encima de cualquier victoria tangible. La versión de Scott presentada por Cherry-Garrard se ha mantenido como una de las más citadas a través de las décadas, pues el libro se ha convertido en un clásico de la literatura de viajes en inglés y hoy incluso forma parte de la serie Penguin Classics.

El interés por la leyenda heroica de Scott no amainó del todo con las guerras mundiales, como demuestra la producción del biógrafo George Seaver, quien no sólo escribió un volumen sobre el capitán —*Scott of the Antarctic* (1940)—, sino también biografías individuales para los dos hombres que murieron con él al final, el médico y naturalista Edward A. Wilson y el marino Henry Bowers. Asimismo, 1948 vio la aparición de un filme con el mismo título que la biografía de Seaver, que para entonces se había convertido en el epíteto popular para el explorador. Dirigida por Charles Frend, la cinta es altamente convencional y se adhiere a lo escrito por el propio explorador en cuanto a las causas de la tragedia; es decir, al infortunio como factor principal. El actor protagónico John Mills, quien usó el reloj de pulsera real de Scott durante la filmación, declaró: “I was only about four when the tragedy happened, but Scott has always been one of my heroes and it’s jolly satisfying to feel that the job of helping to bring the great story of

British enterprise and grit to the screen has fallen to me” (“The Starry Way”). A mediados de siglo, el estatus heroico de Scott se mantenía tan firme como su estatua en Waterloo Place.

En cambio, el poderío del Imperio Británico no estaba igual de seguro. A pesar de salir victoriosos —apenas— en ambas guerras mundiales, el Reino Unido vio disminuir su influencia global de forma dramática durante el siglo XX. Comenzando por la concesión de autogobierno para Australia, Nueva Zelanda y las colonias sudafricanas en 1907; pasando por la creación del Estado Libre Irlandés y finalmente la República de Irlanda en 1937; la independencia de la India en 1947; las grandes dificultades económicas de la reconstrucción tras la Segunda Guerra Mundial, que necesitaron el préstamo de enormes sumas de EE.UU.; la humillación de la crisis de Suez en 1956 y la pérdida de las colonias africanas durante la década siguiente, llegó un momento en que la nación debió afrontar lo impensable: el Imperio donde otrora nunca se ponía el sol ya no era una superpotencia mundial en el marco de la Guerra Fría. Naturalmente, esto desencadenó crisis identitarias, sentimientos de inadecuación y nostalgia en diversos sectores sociales, que pronto se volcaron en la búsqueda de culpables. En estas décadas de posguerra algunas voces comenzaron a alzarse para señalar como responsable de la debacle no sólo al liderazgo de figuras políticas concretas, sino al *carácter nacional*: el aparato colectivo de creencias, valores, preferencias y formas de autopercepción británicas, que había cobrado una importancia central para la formación educativa en la era victoriana (en particular la de los varones) y cuyo núcleo moral el psicólogo Samuel Smiles definiera en 1876 como “duty, self-restraint, self-reliance, truthfulness, energy, integrity” (Marcus 164). Tanto los intelectuales socialistas de la *New Left* como la derecha protothatcherista —*e. g.* los autores Correlli Barnett y Martin Wiener y los políticos Keith Joseph y Alan Clark— creyeron identificar un problema multigeneracional en la mentalidad del Imperio: vieron en la era victoriana-eduardiana un tiempo de estancamiento y complacencia anti-industrial y anticientífica, durante el cual la nación había

instilado en sus jóvenes valores rígidos y contraproducentes, enalteciendo el sacrificio y el deber por encima de la razón, el *carácter* sobre la victoria: “a peculiarly English manifestation of the romantic movement... to value feeling above calculation or judgement” (Barnett 21). Ayudados por su estilo literario generalista y digerible, su tesis sobre el origen “cultural” del declive imperial se integró al imaginario colectivo hasta volverse casi *vox populi* (English 269).

A la par de estos procesos de declive británico a nivel geopolítico y del surgimiento de críticos sociales dedicados a diagnosticar sus causas, el género literario de la biografía también había dado un vuelco. A juicio de Virginia Woolf, la era victoriana había representado un mal periodo para la escritura biográfica, dado que adoptó de Boswell y su *Life of Samuel Johnson* la recopilación ingente de datos, pero sin lograr aprehender el don del biógrafo escocés para mostrar la personalidad del biografiado en acción, dando como resultado biografías extensísimas, pero estériles: “an amorphous mass, a life of Tennyson or of Gladstone, in which we go seeking disconsolately for voice or laughter, for curse or anger, for any trace that this fossil was once a living man” (“The New Biography” 120). Sin embargo, a principios del siglo XX, la producción biográfica cambia gracias al influjo de Lytton Strachey, quien opera bajo dos principios: la brevedad y la libertad, buscando captar la personalidad del biografiado a través de la pequeña acción más que mediante la masa documental. El segundo principio de Strachey, la libertad ante su sujeto —la “igualdad” entre biógrafo y biografiado, según Woolf (121)—, resultó de gran influencia para la biografía inglesa del siglo XX, al permitir la producción de retratos mucho más críticos, e incluso hostiles, de figuras históricas que antiguamente habían permanecido petrificadas bajo un pesado velo de solemnidad y respeto. Poco sorprende que los volúmenes más célebres de Strachey se centren precisamente en la era victoriana, especialmente tentadora al revisionismo biográfico dado el excesivo recato apuntado por Woolf. Animada por Strachey y contemporáneos como Harold Nicolson, la tradición de la biografía inglesa del siglo XX

comenzó a producir un constante flujo de revisiones y desmitificaciones (*debunkings*), que se mantiene hasta nuestros días.

En un inicio, este cambio no afectó a Scott y sus hombres, de quienes se siguieron produciendo biografías mayormente positivas, como *Scott of the Antarctic* de Elspeth Huxley (1977), pero estaba claro que el estatus de un hombre tal, un estandarte del *heroic failure* como tema cultural cuya mayor victoria fue un acto de carácter ante la muerte, incomprendible sin el código moral victoriano-eduardiano, se tornaba más vulnerable que nunca en el nuevo clima cultural. Era cuestión de tiempo para que una biografía lo cambiara todo.

El libro que respondió al llamado se llamó *Scott and Amundsen* (1979) y la mano que lo produjo fue la de Roland Huntford, un corresponsal periodístico de vago pasado y nula experiencia como biógrafo. Siguiendo un método comparativo, la obra de Huntford constituye un ataque frontal al carácter heroico de Scott, a quien caracteriza como una “curiosa personificación” de los primeros signos de declive imperial durante la era victoriana (109), entre los cuales señala un sistema moral demasiado rígido y una falta de pujanza militar-industrial en contraste con el Imperio Alemán del mismo periodo (233). En ambos puntos Huntford coincide con los autores derechistas de su tiempo. Si la narrativa literaria cuenta con el término *novela de ideas* para designar una narración donde personajes y trama están supeditados al trasfondo filosófico, *Scott and Amundsen* es una *biografía de ideas*, o bien *de agenda*, pues Huntford impone interpretaciones maniqueas e inmóviles sobre sus dos figuras centrales desde el primer momento. En esta nueva versión, Scott es retratado como un *amateur* fuera de su elemento, un mal planeador, un líder irascible y débil quien eludió su responsabilidad en la tragedia mitificándose bajo capas y capas de literatura heroica. En suma, un “heroic bungler” (546) cuya muerte no debe ser leída bajo la clave del fracaso heroico romántico-victoriano, sino como un fracaso a secas. Por el contrario, el pragmático Amundsen es elevado al pedestal heroico como

una representación del raciocinio y el balance, pues supo alcanzar la victoria sin sufrir de más, una lección que el Imperio Británico no aprendió sino hasta demasiado tarde. La historia queda así convertida en una analogía de cómo el mundo alcanzó y rebasó al Reino Unido durante el siglo XX, además de una acusación concreta al carácter nacional que moldeó a Scott y posteriormente fue reforzado por su leyenda.

Huntford atinó al encontrar un estilo apropiado para alcanzar una audiencia masiva, al apelar a los sentimientos de nostalgia y rabia de la nación a causa de su declive como potencia mundial al tiempo que propone hipótesis persuasivas acerca de quiénes son los culpables (y por qué), todo dentro del emocionante escenario de una “carrera al polo” y sin hacer uso de lenguaje demasiado especializado. El resultado fue un éxito total. Así como los críticos culturales de derecha de su misma generación, la biografía de Huntford fue un parteaguas que redefinió el pensamiento colectivo acerca de Scott y el núcleo de valores victorianos que se trasluce en su historia. En 1985, la biografía fue editada para el mercado estadounidense con el título *The Last Place on Earth*, tomado de la entonces flamante adaptación televisiva de la cadena ITV, una miniserie de gran audiencia con actores como Brian Dennehy, Bill Nighy y Hugh Grant. En palabras del investigador polar Max Jones, la versión negativa de Scott ha sido desde entonces “la nueva ortodoxia” (xxxix), repetida y publicada una y otra vez con el placer siempre vigente de desmitificar al héroe, de derrumbar la estatua.⁴

Sin embargo, los sentimientos del Reino Unido sobre el pasado imperial, sus símbolos y su declive no son tan sencillos ni unívocos, y era de esperarse que existiera una reacción por parte de voces que —tal vez sin ser tan pro-Scott como lo fueran antaño las de Barrie o Gwynn— no

⁴Esta ortodoxia incluso ha hecho acto de presencia en nuestro país, en el ensayo de Emiliano Monge “Llegar después”, publicado por la *Revista de la Universidad de México* en septiembre de 2017, donde se repiten acusaciones comunes hacia Scott post-Huntford, como que eligió mal su ruta y sus provisiones, además de especular que debería haber dado vuelta atrás antes de llegar al polo si es que quería salvar la vida.

simpatizan con la aversión de Huntford al código moral victoriano ni con su teoría de Scott como “encarnación” del declive imperial. Para fortuna de estas voces, el enfoque generalista de Huntford había dejado lagunas y errores técnicos que permitieron la reapertura del debate. Uno de los trabajos más destacados en esta vertiente es *The Coldest March* (2001), donde la meteoróloga Susan Solomon argumenta con datos duros que el infortunio probablemente sí fue un factor de más peso en la tragedia de Scott que todas las “fallas personales” y “errores” señalados por Huntford. En específico, Solomon encuentra que marzo de 1912 fue una temporada completamente anómala para el clima polar, y que las temperaturas encontradas por Scott en su regreso eran de 10° a 20° más bajas que en un año promedio (en Fiennes 352).

Con base en los argumentos de Solomon y en su propia notable experiencia como explorador polar, Ranulph Fiennes buscó revertir la corriente revisionista con su biografía *Captain Scott* (2003). Desde la dedicatoria —“To the families of the defamed dead”—, Fiennes entra en escena con la pose de un vigilante dispuesto a vengar una afrenta. Más que contar la historia desde cero, su objetivo principal es deshacer el daño hecho por Huntford a la reputación de Scott. Su estrategia para lograrlo, como ya dijimos, se basa en gran parte en su capacidad autoral para ponerse en los zapatos del biografado de un modo retóricamente más fiable que cualquier otro biógrafo, dado que cruzó Antártica a pie en 1993 y conoce de primera mano la ruta seguida por los hombres del Terra Nova en 1912: “a few biographers without experience of the realities have played many tunes, invented many twists to the tragedy and told many lies. In this book, I have done what my predecessors could not do; I have put myself in the place of the British explorers” (xiii). Asimismo, Fiennes recupera de Cherry-Garrard la imagen de un Scott con defectos, pero capaz de aprender y superar sus tendencias menos halagüeñas mediante la fuerza de su personalidad: “Scott was not a so-called natural leader of men... he had to learn the process.... he focussed on hard grind and discovered in passing that he possessed a steel-like

determination” (18-19). Todo esto va dirigido hacia una valoración positiva de Scott, la cual funciona a su vez como una defensa del *ethos* heroico en el ámbito de la exploración; una postura propicia, dado que Fiennes ha hecho carrera a partir de proezas físicas similares: “Today’s polar trophies go to those who reach their goals by the toughest means, unsupported by outside contrivances” (376). Finalmente, la biografía de Fiennes desemboca en una confrontación directa con Huntford, al dedicar su capítulo final no sólo a desmentir su dicho sobre el biografiado, sino a cuestionar sus credenciales para hablar sobre la exploración polar y exponer su rencilla personal contra Scott, a quien supuestamente Huntford llamó “the sort of man who would’ve been an Admiral if he had survived and sent thousands of men to their deaths in the First World War” (en Fiennes 426), delatando que tras la animadversión legible en *Scott and Amundsen* se esconde un conjunto de filias y fobias sobre el devenir de la historia británica moderna.

Las consecuencias de este debate metabiográfico son fáciles de imaginar. A pesar de que cada nueva investigación sobre Scott ha tenido aciertos y hallazgos documentales, tal parece que hoy, al adentrarse en la conversación sobre el explorador, uno presencia más una escaramuza entre bandos rivales que una discusión ecuánime sobre un hombre complejo. En palabras de Max Jones: “recent works have played an important role in rescuing Scott from music-hall villainy. But they are also locked in dialogue with Huntford, doomed to revolve in an endless revisionist cycle” (xl). ¿Por qué sucedió esto? ¿Es necesario que sea así?

Y ya que nos hallamos aquí, ¿qué podemos leer sobre la nación británica en este debate literario de apariencia tan especializada y remota?

Este proyecto busca responder a las preguntas anteriores mediante la comparación de las dos biografías centrales para entender ambos polos de la discusión: *Scott and Amundsen* de Roland Huntford y *Captain Scott* de Ranulph Fiennes. En concreto, mi propuesta es que ambas biografías

configuran su imagen de Scott por medio de posturas a favor o en contra del fracaso heroico como parte del *carácter nacional* británico en la era victoriana-eduardiana y en las décadas posteriores. Es decir, ninguno de ellos aborda a Scott más allá de su leyenda heroica, sino *en reacción* a ella, ya sea para refutarla o para defenderla. Por lo tanto, al construir a Scott como personaje, ambos biógrafos utilizan y discuten términos propios de la literatura heroica épica, como las edades de oro, los linajes heroicos, el carácter unívoco del héroe y la muerte gloriosa del mismo, siendo éstos puntos clave en la secuencia del tema del fracaso heroico. Dar cuenta de *por qué* los biógrafos llevan a cabo esta operación es un tanto más complejo, pues implica trazar puentes desde la historia de Scott hacia otras regiones (aparentemente lejanas e inconexas) del discurso británico del siglo XX alrededor de la era victoriana-eduardiana y sus consecuencias. En específico, arguyo que las dos biografías son expresiones de diferentes tipos de nostalgia hacia el Imperio. En este esquema, Huntford representa la rabia de ciertos sectores conservadores que obtuvieron popularidad en las décadas de 1960 y 1970 hasta culminar en el gobierno de Margaret Thatcher, los cuales se distinguen por su diagnóstico despiadado de la *enfermedad* que le robó su poder al Imperio Británico: la mezcla de cristianismo y romanticismo que marcó la era victoriana y derivó (según ellos) en una nación anti-industrial y antiprogreso, más preocupada por sus viejos ritos y sus pretensiones de moralidad que por vencer a las demás potencias en el escenario mundial. Por supuesto, para estas voces hay pocas cosas tan problemáticas como el culto al fracaso heroico: “Some scholars have even gone so far as to *blame* the celebration of heroic failure, or at least the values with which it is associated, for Britain’s decline” (Barczewski 8). Fiennes, por el contrario, representa una nostalgia más positiva hacia el viejo núcleo moral de la era victoriana, un hombre cuya trayectoria como militar y explorador todavía fue moldeada fuertemente por los valores de la resistencia, el sacrificio y el apego al deber —centrales para el fracaso heroico—, y que además ve en ellos la clave de la resiliencia británica que condujo (al

menos en el *mythos* nacional) a la victoria en las guerras mundiales. En otras palabras, si el quid de la leyenda de Scott y del tema del fracaso heroico es que el éxito tangible importa menos que los valores internos y el carácter, estamos ante un biógrafo que está de acuerdo y uno que no, pero no a causa de una inocente diferencia de opinión, sino como resultado de procesos ideológicos y discursivos-literarios que configuran la forma en que Gran Bretaña observa y se relaciona con el fantasma de su edad Imperial, procesos que persisten hasta hoy en diversas actitudes nostálgicas hacia el poder o la superioridad moral antaño detentada por el Imperio.

Ya he mencionado que mi método para realizar esta tarea será comparativo; en cuanto a la técnica, el principio y el final del estudio constituyen análisis de corte contextual y cultural, en donde busco ayudar a que el lector aprecie las biografías como parte de un entramado de ideas concreto (primero como parte del género “heroico” de la literatura biográfica polar y luego como expresiones de nostalgias específicas hacia el Imperio, discutiendo sin fin sobre el tema del fracaso heroico), mientras que los capítulos II y III llevan a cabo un análisis de corte más discursivo y minucioso de los motivos heroicos hallados en cada biografía. En otras palabras, mi primera meta es familiarizar al lector con el terreno y definir el tipo de texto que nos ocupa, luego paso a exponer el tratamiento concreto que estos dos libros hacen de Scott como figura heroica/antiheroica, y finalmente explico el contexto cultural tras estas decisiones escriturales, la *raison d'être* de cada biografía en el trasfondo de los procesos británicos recientes hacia la asimilación de su propia decadencia imperial.

Mi primer capítulo busca adentrar al lector en el terreno genérico de la narrativa biográfica sobre la exploración polar. Para esto, comienzo por definir qué es la llamada *edad heroica de la exploración polar* y qué la distingue como constructo cultural del mundo angloparlante. A saber, defino esta edad heroica como el periodo comprendido entre 1815 y 1922, cuando el Almirantazgo británico adopta la exploración geográfica como arena para probar

el valor de sus hombres, aumentando el número de expediciones a África y las regiones polares organizadas por la Corona. Tras realizar un breve resumen de las expediciones representativas del periodo y señalar algunas características técnicas y discursivas que le dan unidad, paso a exponer por qué la figura del explorador funcionó tan bien como héroe de lo romántico-sublime durante estos años. Hago hincapié en que la noción misma de un “explorador” en el sentido moderno ya es un objeto construido por el siglo XIX mediante procesos literarios de autoría e institucionalización, los cuales enaltecieron y blindaron a los expedicionarios a tal punto que pronto comenzaron a protagonizar leyendas heroicas tejidas a partir de los valores del Imperio victoriano: el deber, la resistencia, el sacrificio y la moral cristiana, que a su vez son los basamentos para la idea del *carácter nacional* durante el periodo, concepto que también definiré en mayor detalle. Asimismo, estas leyendas se nutren a nivel estético de la idea de lo sublime, dada su frecuente construcción de escenarios donde un héroe solitario se enfrenta a las fuerzas desbordadas de una naturaleza desmedida. Este paradigma es ideal para el surgimiento del tema del fracaso heroico, pues provee un ambiente donde la medida del héroe no es ni el éxito material ni siquiera la supervivencia, sino la resistencia y el apego a un código moral. Además, el fracaso heroico resulta útil discursivamente para los procesos imperiales de su era, pues sus héroes vulnerables humanizan al Estado, le dan a sus proyectos un cariz moral y ofrecen la impresión de que el Imperio no es una maquinaria de dominación despiadada, sino un conjunto de hombres mortales con valores de hierro. Una vez establecida la exploración polar como campo idóneo para el crecimiento de estas ideas, cierro el capítulo ejemplificando el discurso literario heroico en varias obras recientes de narrativa biográfica sobre expediciones polares de la edad heroica. En específico, abordo las descripciones sublimes del paisaje polar, la construcción de linajes heroicos, el establecimiento de la misión como un *quest* casi artúrico y la mitificación del héroe mediante virtudes de carácter. El objetivo es demostrar que el registro heroico de lenguaje para

referirse a exploradores polares no es cosa del pasado, sino que persiste incluso ahora, cien años después de terminada la edad heroica y en un contexto cultural muy distinto.

El capítulo II está dedicado a desgranar el tratamiento de la figura de Scott en *Scott and Amundsen* de Roland Huntford. Haciendo uso de la lista de características de discurso heroico esbozada en el primer capítulo, examino el proyecto revisionista de Huntford con énfasis en su creación de linajes (anti)heroicos para sus biografiados tanto en lo familiar como en lo cultural, su refutación del carácter heroico de Scott —dominante en la tradición biográfica desde Barrie hasta 1979— y su desmitificación del constructo de la muerte gloriosa, la cual no es aquí el enfrentamiento del héroe romántico a los elementos desbordados de lo sublime, sino el resultado de una serie de errores mundanos que el mismo Scott se encargó de maquillar mediante la escritura de su diario y su *Mensaje al público*. Al dinamitar la imagen del héroe en estos puntos clave, Huntford plantea tres acusaciones centrales hacia Scott, las cuales han afectado su reputación hasta nuestros días: 1) la de ser un líder anticuado y temperamental en vez del héroe estoico de la leyenda, 2) la de tener poco conocimiento técnico de la exploración polar en comparación con su rival Amundsen, y 3) la de ser un exponente perfecto de un problema cultural muy extendido en la era victoriana-eduardiana: el culto al fracaso heroico, que el biógrafo llama “corrupto” y claramente considera una señal de decadencia imperial. A lo largo del capítulo también doy una idea de cómo Huntford utiliza la figura de Amundsen (y de Noruega) para delinear un tipo alternativo de heroísmo, uno menos *romántico*, más apegado a *la realidad* y basado en la consecución de metas tangibles.

El capítulo III examina la respuesta a Huntford realizada por Ranulph Fiennes en *Captain Scott*, la cual caracterizo como una reivindicación del biografiado como héroe válido. Tomando como plano la estructura del capítulo anterior, analizo cómo es que Fiennes utiliza su propia figura autoral —la de un explorador con experiencia vivencial de las regiones polares y del viaje

a pie por Antártica— para desmontar las aseveraciones de Huntford acerca de los linajes, el carácter y la muerte gloriosa de Scott. En aras de rehabilitar al héroe, Fiennes regresa sobre dichos constructos heroicos para rebatir la imagen de un Scott arcaico, temperamental e inepto, reconstruyéndolo como flexible, justo y técnicamente eficiente para los estándares de su era. De particular interés es la última marcha de Scott, pues el argumento de Fiennes, basado en nuevos datos meteorológicos, recupera la noción sublime de la naturaleza desbordada y devuelve a la muerte del explorador su cariz de infortunio romántico. Asimismo, el biógrafo reivindica el acto escritural de Scott ante la muerte no como un intento de maquillar sus fallas, sino como la confirmación de los valores heroicos que le atribuye desde su juventud, como el apego al deber y la “voluntad de hierro”, dejando entrever una postura de simpatía hacia el fracaso heroico y el *ethos* victoriano-eduardiano en general.

Así, lo que resta para el cuarto capítulo es desentrañar cómo es que el tratamiento textual de Scott en cada biografía dialoga con el espectro amplio de ideas británicas recientes sobre su pasado imperial y su declive en el siglo XX. Otra forma de plantear la cuestión sería preguntarse si este debate entre biógrafos y posturas hacia el fracaso heroico podría responder a factores culturales más extendidos que el interés por minucias historiográficas de la exploración polar. En este caso, me propongo demostrar en primer lugar que la agenda seguida por Roland Huntford en *Scott and Amundsen* se relaciona de manera estrecha con el pensamiento de los ideólogos de derecha hoy identificados como decadentistas (*declinists*) por estudiosos como Richard English y Michael Kenny. Con este fin, realizo una definición de este decadentismo y un recorrido por sus ideas principales, como la supuesta absorción de la clase media al modo de vida campestre/antimoderno de las clases altas durante el siglo XIX, el influjo nocivo de ciertos ideales románticos sobre el sistema educativo británico post-1840 y la noción de que abandonar la moral del *gentleman* cristiano en favor de impulsar la industria, el libre mercado y la victoria a

toda costa haría posible el regreso de Inglaterra a la cúspide geopolítica. Posteriormente, tomando material del decadentista Correlli Barnett como guía, expongo las huellas de esta corriente de pensamiento en *Scott and Amundsen*, mostrando cómo los linajes, el carácter y la muerte antiheroica que la biografía construye en torno a Scott corresponden a críticas decadentistas al carácter nacional victoriano-eduardiano. En contraste, planteo que *Captain Scott* también detecta una tendencia corrupta en el carácter nacional británico, sólo que la ubica en el siglo XX: el gusto por la biografía desmitificadora (*debunking*) y la difamación de los viejos héroes. Es decir, para Fiennes el mayor problema yace en el impulso al revisionismo hostil de la era imperial, el cual comprende como un *mea culpa* nacional *a posteriori*. En mi opinión, esta lectura es errada, pues no advierte que el decadentismo no condena la era imperial ni la dominación sobre otras culturas, sino al contrario: desea recuperar el poder de antaño y sólo desprecia a los victorianos-eduardianos por haber sido imperialistas *suaves* y/o *ineptos*. No obstante, el enfoque de Fiennes resulta revelador —arguyo— porque lo posiciona como un bastión del viejo núcleo moral victoriano, en donde todavía encuentra inspiración y valores vigentes, los cuales liga con los triunfos en las guerras mundiales y las llamadas “*finest hours*” del carácter nacional.

Llegado a este punto, concluyo apuntando que el debate en torno a Robert Falcon Scott y el tema del fracaso heroico aún resuena sencillamente porque también persisten los procesos afectivos de nostalgia hacia el Imperio, expresados de formas dispares y problemáticas desde todo el espectro cultural británico. La nostalgia de un biógrafo lo lleva a rechazar la visión moral que cree culpable de la pérdida de un paraíso posible, mientras que el otro se aferra a la misma visión moral como vestigio de una edad de oro para el carácter nacional; pero ambas perspectivas surgen de la crisis identitaria de una Gran Bretaña en flujo, atravesada por múltiples procesos de cambio que obligan a reevaluar el pasado imperial y tomar partido. Asimismo, espero mostrar que la supervivencia de los registros heroicos de lenguaje en la literatura no-ficcional sobre la

exploración polar se relaciona de manera íntima con la imaginación retrospectiva de décadas recientes sobre los supuestos valores de la edad imperial decimonónica, la cual conserva un oscuro atractivo, probablemente a causa de su lazo con el romanticismo y la estética de lo sublime. En último lugar, espero que todo esto subraye la persistencia del puente entre el pensamiento heroico y el género de la biografía, que todavía hoy suele nutrirse de la idea de los *grandes hombres* y las *edades heroicas* en su representación del pasado, ya sea para agregar adornos a las estatuas antiguas o para intentar derribarlas por cualquier artimaña posible.

Así pues, comencemos por definir la edad heroica y los grandes hombres con quienes trataremos. ¿Qué es la edad heroica de la exploración polar? ¿Cómo es que esta práctica del conocimiento —de apariencia tan periférica— obtuvo la prominencia cultural como para tener una edad heroica? ¿Y cómo es que los rastros textuales de su paso son todavía legibles en la narrativa reciente sobre aquella época y sus héroes?

CAPÍTULO I

La edad heroica de la exploración polar y el explorador como héroe romántico del periodo victoriano-eduardiano

La edad heroica de la exploración polar

Como es frecuente en el tema del heroísmo, la llamada *edad heroica de la exploración polar* es una idea retrospectiva. Aprender el carácter específico del periodo comprendido entre 1815 y 1922 sólo se hizo posible a partir de que los vehículos motorizados y los aeroplanos disminuyeron el riesgo corrido por quienes viajaban a las regiones polares. Estas fechas pueden parecer arbitrarias —y lo son, en el sentido estricto de que ninguna autoridad declaró inaugurada ni concluida en ellas una edad heroica—, pero sí marcan eventos que facilitan el trazado de un arco de narrativas históricas que da forma a esa edad heroica en el imaginario colectivo.

Por inicio, la fecha “inaugural” de 1815 marca el final de las Guerras Napoleónicas y con ello el principio de un periodo de relativa paz en Europa, la cual duraría más o menos una generación. Para el Imperio Británico, esta paz tuvo consecuencias sociales ambivalentes, pues tras salir victoriosa de la guerra, la Marina Real presentaba un exceso de oficiales ambiciosos, con ansia de renombre y movilidad socioeconómica a través de la acción militar, quienes ahora no tenían propósito: “[The officers] were career men, they had political clout... [the Navy] had one officer for every four men. But 90 per cent of these officers had nothing to do” (Fleming 2). Al no haber guerra, el segundo secretario del Almirantazgo, Sir John Barrow, promovió la exploración geográfica como nueva arena heroica para la Marina, a través de la cual los oficiales podrían seguir en activo y hacer progresar sus carreras. Desde 1818 y hasta su muerte en 1848, Barrow fue la principal fuerza impulsora de un enorme *boom* en la organización de expediciones

geográficas por parte del Imperio Británico, y su legado siguió influyendo a la nación hasta finales del siglo XIX y principios del XX gracias a pupilos suyos como el geógrafo Clements Markham, patrono del explorador que estudiaremos, Robert F. Scott.

Los polos no fueron el único foco de las expediciones organizadas por Barrow y sus sucesores (también se enfatizó África), pero sin duda fueron su campo de acción más emblemático. Los tres objetivos principales de la exploración polar en este periodo fueron la conquista del polo norte, del polo sur, y la navegación del llamado Paso del Noroeste, una hipotética vía marítima que conectaría el Atlántico y el Pacífico por encima de Canadá. Durante la primera mitad del siglo XIX, los esfuerzos se centraron en dicho Paso del Noroeste. La primera expedición comisionada por Barrow fue la de John Ross, en 1818, que mapeó la bahía de Baffin y contactó por primera vez algunas tribus nativas, pero falló en su objetivo principal, pues el explorador creyó haber visto una cordillera montañosa donde sólo había agua navegable, lo cual manchó su reputación para siempre. A lo largo de casi medio siglo, la Marina organizó decenas de expediciones a la región, cada una de las cuales contribuyó a mapear el espacio un poco más antes de terminar invariablemente atrapada en el hielo durante varios inviernos, haciendo imposible continuar sin arriesgarse a la inanición. Ya desde 1818 Ross había notado lo fútil de la empresa: “It had been plain to John Ross... that there was nothing of any commercial or national value to be gained out of the Arctic” (Crane 65). No obstante, la obsesión continuó.

En 1844, Barrow insistió en un último intento de navegar el paso, diciendo que el Imperio sería un “hazmerreír” si no lograba completar lo que había iniciado (Beattie 33). El elegido para la empresa fue John Franklin, un veterano comandante que ya había participado en el teatro de la desgracia ártica en 1821, cuando su expedición al río Coppermine perdió la mitad de sus hombres por inanición. En el mayor desastre en la historia de la exploración polar, Franklin y sus 128 hombres desaparecieron en 1845, y no fue sino hasta una década después que exploradores como

John Rae y Leopold McClintock comenzaron a armar el rompecabezas de la tragedia. Los barcos de Franklin habían quedado atrapados en el hielo durante tres inviernos y el comandante murió en 1847, por lo que su segundo al mando, Francis Crozier, decidió marchar con los sobrevivientes hacia el continente. Según testimonios inuit recogidos por Rae, los hombres iban muriendo de hambre —y quizá de envenenamiento por plomo por latas de comida contaminadas— mientras bajaban por el litoral de King William Island. Se cree que los últimos murieron en la costa de Canadá, en una pequeña ensenada que se bautizó como Starvation Cove. Franklin se convirtió en un héroe nacional, conmemorado con una estatua en Waterloo Place y una placa en Westminster Abbey, engalanada por un epitafio escrito para la ocasión por Alfred, Lord Tennyson, esposo de una sobrina suya: “Not here!: the white north has thy bones; and thou, / Heroic sailor-soul, / Art passing on thine happier voyage now / Toward no earthly pole” (456). Es importante tener a Franklin presente, pues representa el ancestro narrativo más importante de Scott.

Conforme avanzó el siglo XIX, el enfoque pasó hacia los polos. Expediciones como las de George Nares, Elisha Kent Kane y George DeLong fueron acercándose al polo norte, dejando a su paso un historial de enfermedades, tragedia y martirio. Pero sin duda fue el polo sur, la Antártida, el último continente y la encarnación de la mítica *Terra Australis*, el misterio que más atrapó la imaginación de la comunidad geográfica a principios del siglo XX. Desde que el capitán James Cook divisara el hielo antártico en el siglo XVIII y declarara que nadie podría navegarlo jamás, la Antártida fue considerada el objetivo más lejano e imposible de todos. Hubo expediciones a sus aguas entre 1820 y 1840, pero no lograron más que divisar una tierra lejana, pues la gran barrera de hielo les impedía anclar. Fue hasta la década de 1890 que los barcos balleneros alcanzaron el poder y la resistencia suficiente para cruzar el hielo y permitir la exploración del continente, aunque aún se encontraría una multitud de obstáculos, como los glaciares, la falta de alimento y el completo desconocimiento de los patrones climáticos. Con

todo, algunas expediciones comenzaron a hacer grandes progresos. En 1898, el navío *Bélgica*, comandado por Adrien de Gerlache, se convirtió en el primero en invernar anclado en el hielo antártico, aunque la empresa resultó en la pérdida de la razón de al menos dos marineros. En 1899, el ruso Carsten Borchgrevink realizó la primera expedición semi-científica exitosa, al incluir biólogos y físicos en la tripulación de su nave *Southern Cross*. Mas en 1901 el Imperio Británico reclamó su lugar protagónico por medio de Robert Falcon Scott y su expedición *Discovery*, la cual realizó trabajo cartográfico, naturalista y meteorológico, además de imponer nuevas marcas de cercanía al polo.

Uno de los marcadores distintivos de esta época, los cuales han cimentado su identidad como una edad heroica, era la naturaleza incierta y rudimentaria de todos sus métodos. Los viajes se realizaban jalando los trineos a pie, técnica conocida como *manhauling*, o bien con la ayuda de ponis o perros del Ártico, aunque la adaptación de estos animales a la Antártida era siempre dudosa. La alimentación ya comprendía la importancia de la carne fresca para evitar el escorbuto, pero se desconocía la cantidad de calorías necesarias durante un viaje polar, así como la forma de evitar deficiencias vitamínicas. Los ropajes también fueron objeto de debate, pues los británicos favorecían materiales como la lana y la gabardina, mientras que los escandinavos solían adoptar la costumbre inuit de vestir pieles. En conjunto, había miles de interrogantes por resolver acerca del continente blanco, comenzando por cómo sobrevivir en él, y ninguna manera de responderlas más que mediante la prueba y el error. El resultado es la creación de una esfera de actividades donde los riesgos eran enormes y la información fidedigna en la cual basarse para decidir, casi inexistente. Como veremos más adelante, esta característica hace a nuestra *edad heroica* tremendamente atractiva en términos de narrativa heroica, romántica y sublime.

Hacia 1909, tras un intento serio de conquistar el polo por parte del irlandés Ernest Shackleton, viejo integrante de la expedición *Discovery*, era claro que la meta estaba al alcance.

Scott, considerado un héroe por su viaje de 1901, consiguió hacerse con el mando de una nueva expedición: Terra Nova. Competiría por el polo contra Roald Amundsen, un legendario explorador noruego quien había invernado con De Gerlache en el *Bélgica* y en 1903 se había convertido —finalmente— en el primer navegante exitoso del Paso del Noroeste. Scott iría al mando de una expedición con equipo científico, metas secundarias y una enorme tripulación naval, cuyos hombres intentarían llegar al polo arrastrando sus trineos. Amundsen iba al mando de un equipo pequeño, sin ninguna meta más que la conquista del polo, y se transportaría con la ayuda de perros y esquís. Ya conocemos el resultado. Amundsen llegó 3 semanas antes al polo y Scott murió en el camino de regreso junto con sus cuatro acompañantes. En su muerte y su estoicismo ante la misma se basa la leyenda heroica que da sustento a este estudio.

Conquistado el polo, el interés en la exploración antártica decayó. Ernest Shackleton planeó cruzar el continente de un lado a otro en 1914, pero su barco fue aplastado por el hielo, obligándolo a él y su tripulación a ir en busca de ayuda a bordo de sus botes salvavidas, protagonizando otra de las historias más célebres y desgarradoras del período, a pesar de su nulo éxito práctico. Cuando Shackleton volvió a la civilización tras 3 años de suplicio, el mundo ya no era el mismo: el horror de las trincheras había borrado del imaginario a la investigación geográfica. Pronto, el desarrollo traído por el conflicto bélico en los campos de la aviación y la mecánica terminó con los días de la exploración como una tarea de máximo riesgo físico. Shackleton hizo un tercer intento polar en 1922, pero murió de una afección cardíaca antes de llegar a la Antártida y fue enterrado en la isla Georgia del Sur. Su tripulación completó una versión reducida de la expedición y volvió a Nueva Zelanda, quizá ya sospechando que algo particular se quedaba allá, enterrado con su líder en el distante cementerio de Grytviken; algo que ya no podría volver sino por medio del discurso, la creación artística, la historiografía y el pensamiento: el carácter heroico de una época, el cual, como veremos a continuación, se basaba

más en la percepción de un núcleo moral que en la consecución de logros tangibles. Pasemos a examinar el origen y la composición de este carácter heroico.

El explorador como héroe de lo romántico-sublime

¿Un explorador es un héroe? La respuesta sencilla es que sí, puesto que a través de una extensa tradición narrativa —ligada casi siempre a los grandes imperios europeos— nos hemos acostumbrado a hablar de ellos en dichos términos, lo cual es suficiente. Pero las razones de esta identificación son más móviles y contingentes de lo que podría pensarse. Para empezar, según Adriana Craciun, el término “explorador” no adquirió su significado actual por completo sino hasta el siglo XIX, y el diccionario Oxford sólo registra un uso de la palabra “*explorer*” como sustantivo y en el sentido moderno —una persona que *explora* un lugar o país— sin connotaciones peyorativas antes de la época victoriana (31).⁵ Parece algo imposible. ¿Acaso no es la exploración geográfica una constante de la experiencia humana?

Siguiendo a Craciun, el gran auge del término “explorador” en el siglo XIX, que ella liga al surgimiento de las industrias del turismo y el viaje en la edad imperial, ha oscurecido la pluralidad del vocabulario usado en épocas anteriores para referirse a quienes perseguían el conocimiento geográfico mediante el viaje, actuando retroactivamente como una *palabra-señuelo*: “This under-theorized term... [obscures] the heterogeneous traditions of natural and human sciences, and visual and literary aesthetic practices, of earlier eras with what is a nineteenth-century ‘false historical object’” (29). Podemos recuperar algo de esta heterogeneidad si pensamos en términos como *marino*, *navegante*, *descubridor*, *mercader*, *conquistador* o

⁵ Dichas connotaciones peyorativas tenían que ver con el uso del término como sinónimo de *spy*, o bien *coward wanderer*. Es decir, la palabra hablaba más de un movimiento desordenado o pernicioso entre bandos sociales que de un viaje geográfico en busca de conocimiento, fama o vías comerciales.

naturalista, cada uno de los cuales guarda bajo su regusto arcaico una configuración específica de asociaciones a diferentes campos y disciplinas, implicando sutilezas que se pierden al agrupar bajo el término *explorador* a personajes tan diferentes como, digamos, James Cook, Marco Polo y Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. Pero debió haber una razón para que el siglo XIX —en especial el británico— decidiera retomar la palabra “explorador” para describir algo específico, cuyos ancestros buscó entre todas las *disciplinas viajantes* de siglos anteriores.

Según Craciun, este algo específico tiene que ver con la autoría. Trazando un paralelismo con la conferencia de Michel Foucault “¿Qué es un autor?”, Craciun arguye que el fenómeno decimonónico alrededor de la exploración geográfica se empalma por completo con la consolidación de una expectativa comercial y material: que al final de cada expedición, el explorador en jefe (como la figura individual del genio romántico) publicara sus hallazgos en libros para el consumo colectivo; es decir, que se automitificara ante el ojo público:

Those whom we designate as Explorers in this respect were often naval captains... authorized to affix their names to a particular kind of object: expensive, illustrated, beautifully produced quarto volumes representing the collective shipboard work of numerous officers and crew, the knowledge of indigenous people encountered en route, and the metropolitan authorities who authorized and financed the expeditions. (32)

De allí que durante el siglo XIX se buscaran precursores para esta práctica, hallándolos en figuras como las arriba citadas, que, si bien fueron completamente distintas como personas y como viajeros, concretaron sus descubrimientos en obras literarias publicadas. Tanto este estudio como el de Craciun se apoyan en ejemplos extraídos de la exploración polar, los cuales demuestran cómo ciertos viajeros podían ser aclamados o ninguneados con base en la potencia narrativa de su libro o su eficacia al momento de hacerse promoción autoral. Pero esta condensación de las disciplinas y los hombres bajo la expectativa de que un viajero individual reportara sus hallazgos

en una obra literaria, dando la impresión de actuar en solitario o como un líder incuestionado, no vino aislada, sino que es síntoma de tendencias culturales más amplias durante el siglo XIX.

Tanto la Europa del romanticismo en general como el Imperio Británico victoriano en particular fueron lugares propicios para la narrativa sobre héroes, ya fuera ficcional o histórica. Basta recordar el gran éxito de la doctrina historiográfica de los *grandes hombres*, divulgada por Thomas Carlyle a inicios de la década de 1840, todavía en la estela del orgullo nacionalista desatado tras las Guerras Napoleónicas, configurado alrededor de las figuras heroicas de Nelson y Wellington. No es baladí que fuera precisamente en los años posteriores a 1815 que Waterloo Place comenzara a adaptarse como espacio conmemorativo heroico, con estatuas de comandantes de las Guerras Napoleónicas y de la guerra de Crimea. Llegado el momento, se les unirían dos exploradores polares: John Franklin y Robert Falcon Scott —con estatuas solitarias, aunque no murieron solos— (Barczewski 1). La individualización del explorador y la expectativa de su entronización como autor vienen de la mano con preceptos románticos sobre la soledad y la singularidad del gran hombre, ya fuera en el campo de batalla o en el ejercicio profesional de disciplinas emblemáticas para la idea moderna del progreso, como la cirugía, la física y las finanzas. Asimismo, uno de los desarrollos sociales de mayor importancia para este fenómeno histórico es el surgimiento de nuevas instituciones y sociedades civiles dedicadas a promover y financiar tanto los viajes de exploración geográfica como las publicaciones literarias derivadas de ellos, las cuales, aunadas al aumento en el interés del Estado por organizar expediciones (por las razones que dimos en la primera sección de este capítulo), culminaron en una mayor regulación y oficialización de las escrituras publicadas sobre el tema:

exploration writings reveal the persistence of aggregate institutional authorship models along with a thriving corporate manuscript and archival culture... In 1818, exploration writing was thus more regulated, more collective, and more dependent on copresent scribal and oral networks than was commercial print culture, the domain of the charismatic Romantic Author. Gone were the loose,

informal controls... which had allowed the embarrassing revelations in John Hawkesworth's authorized narrative of the first Cook expedition. Also gone by 1818 were the numerous competing accounts... which the Admiralty had allowed into print a generation earlier. (Craciun 33)

En el Imperio Británico, la estrecha relación entre la sociedad civil, la Marina Real y el proceso de imprenta se condensa en el ya nombrado Sir John Barrow, quien obtuvo renombre tras presidir la Royal Geographical Society (fundada en 1830) y publicar textos sobre exploración en el *Quarterly Review*, revista a cuyo editor, John Murray, otorgó los derechos exclusivos de las publicaciones geográficas de la Marina, esto ya como segundo secretario del Almirantazgo (Fleming 7-8). Esta simbiosis tiene un efecto paradójico: a medida que se involucran más instituciones e intereses corporativos en el proceso, más parece blindarse la figura romántica y solitaria del explorador como héroe, puesto que dichos filtros institucionales lo protegen de posibles libelos o crónicas hostiles, además de darle un sello oficial a su versión de los hechos, a menudo fuertemente editada y autocensurada. De este modo, el “libro de la expedición” se erige como objeto de consumo, pero también como detonador de narrativas heroicas posteriores, puesto que es un objeto heroico en sí mismo: es decir, unívoco, saneado de contradicciones, poblado por versiones embellecidas de los hechos y ligado de manera institucional a los intereses del estado-nación. Es de este modo que el explorador heroico entra al panteón narrativo de las naciones, en particular de la británica, siendo el Imperio más vasto de su era.

Pero si el siglo XIX creó las condiciones sociales e institucionales para que la figura del explorador-héroe tomara definición cultural, ¿a qué necesidades respondía su popularidad? ¿Qué le *decía* el explorador al imaginario romántico que permitió su modelado? Entender esto significa tender un puente entre heroísmos más convencionales —como el bélico y el político— y el ámbito de la exploración geográfica; puente que resulta tanto institucional como estético. En el costado institucional, además de los intereses de gobierno ya expuestos, me refiero a la

masculinidad hegemónica en relación con el estado-nación decimonónico. Al igual que la exploración, en el periodo desde la Ilustración hasta las guerras mundiales, la guerra y la política fueron esferas donde la masculinidad predominó no sólo en términos de representación numérica de hombres en el campo de batalla, sino de composición simbólica. El parteaguas de la Revolución Francesa, por ejemplo, declara valores de igualdad universal al mismo tiempo que excluye gradualmente el activismo femenino y erige ideales políticos con la medida del hombre: “Political authority was redefined by the ideal of the *autonomous and self-constituted male citizen*... and by the ‘fraternity’ of male political associations in which active citizenship was played out” (Horne 23, cursivas mías). Así, la guerra y la política de la post-Ilustración europea se constituyen como espacios que expresan los mismos impulsos culturales hacia el enaltecimiento del tipo de figuras masculinas individuales y heroicas que puebla el imaginario romántico. A diferencia de los héroes épicos, los nuevos héroes de la modernidad decimonónica no son dioses ni semidioses, y muchas veces ni siquiera son nobles, lo cual conviene a una sociedad en proceso de secularización, pero es posible advertir que ciertas expectativas patriarcales, antes satisfechas discursivamente por la monarquía y la religión, se transfieren a nuevos entes como *la ciudadanía* y *la nación* (23) en vez de desaparecer.

En este contexto comienza a ser evidente por qué la figura del explorador resulta atractiva. Al no ser una esfera predominada por la vetusta aristocracia, sino nutrida de igual modo por los diferentes estratos de la sociedad decimonónica, la exploración fue vista como una de las nuevas arenas heroicas de la modernidad democrática masculinizada:

[Explorers and surgeons] demonstrated to optimistic nineteenth-century successors that heroic action came from the traits of character that most men, with the encouragement of the new democratic times, had the potential to develop: the exercise of reason, firm standards of morality, and admirable self-discipline. (Johns en Lawrence 149)

Además de ser en sí mismo una demostración de las capacidades intrínsecas del hombre, y por lo tanto un *ejemplo* útil para fines ideológicos post-ilustrados, el explorador como paradigma cumple los requerimientos específicos de la era victoriana-eduardiana para proyectar una figura heroica. Lawrence y Brown identifican el atrevimiento, la resistencia, el valor, la fe cristiana y la cortesía como características heroicas en el Imperio Británico de mediados del siglo XIX, resaltando que, además de los militares, estas virtudes se hallaban sobre todo en el explorador y el *frontiersman* (153).⁶ Tosh subraya una gran coincidencia entre el lenguaje imperial y el de la masculinidad en el periodo: “both made much of struggle, duty, action, will and ‘character’” (193). En tanto, Horne enfatiza también el sacrificio e incluso una disposición al martirio como características de lo que llama *héroe romántico* (28), el cual puebla el imaginario británico a lo largo del periodo tanto en la guerra⁷ como en la exploración. Por su parte, Barczewski identifica a la Gran Bretaña del siglo XIX como una cultura que se distingue en particular por no definir el heroísmo con base en logros, sino en el carácter interno del héroe, del cual enumera como características (basándose en un escrito de 1871): “truthfulness, chasteness, mercifulness... integrity, courage, virtue and goodness” (11-12).

La amalgama de este conjunto de cualidades y virtudes, además de la creencia cultural en la importancia de su presencia en los hombres jóvenes del país, es lo que conocemos como *carácter nacional* británico durante este periodo. Según Stefan Collini, el término “*character*” combinaba un sentido descriptivo y uno cualitativo durante el periodo victoriano: en palabras del diccionario Oxford, el primer sentido significaba “the sum of the mental and moral qualities

⁶ A su vez una figura digna de estudio, que comparte con el explorador el adentramiento en locaciones peligrosas y marginales del mapa, pero integra algunas funciones más propias de un colono o un soldado.

⁷ Pensemos en el mítico poema *The Charge of the Light Brigade*, donde Tennyson exalta el sacrificio de un valiente cuerpo de caballería durante la guerra de Crimea, el cual ataca al enemigo de frente y muere por su deber, sin cuestionar las decisiones tácticas que los llevaron al desastre.

which distinguish an individual or race... the individuality impressed by nature and habit on man or nation”, mientras que el segundo sentido se refiere a “moral qualities strongly developed and strikingly displayed” (33). En resumen, todo individuo o nación tiene carácter en el sentido descriptivo, pero sólo unos cuantos lo poseen en el sentido evaluativo, es decir, un carácter *excepcional*, ya sea heroico o villanesco conforme a los lineamientos morales de su comunidad. Como consecuencia de la creencia evangélica, popular en este periodo, en que el carácter determina las circunstancias, y no viceversa (29), el desarrollo de un carácter nacional heroico se convirtió en el gran proyecto pedagógico de los victorianos-eduardianos, pues su fomento determinaría un futuro colectivo glorioso. Según Cyril Connolly, la instilación de las virtudes morales victorianas a través del sistema educativo y de la naciente cultura del deporte organizado preparaba a los hombres jóvenes para el servicio colonial o militar (Marcus 164), al enfatizar la importancia del deber, el *esprit de corps* y la supremacía de los hábitos constantes *versus* los impulsos emocionales.⁸ Todo esto equivale a decir que, a lo largo de este estudio, el término “carácter” no se refiere solamente a la individualidad mostrada por Robert Falcon Scott en su periplo polar, sino a la medida en la cual dicha individualidad se acerca o se aleja del ideal del carácter nacional heroico del periodo, en cada una de las características ya enlistadas, y lo mismo sucede con otros exploradores o héroes trágicos de la era. En este punto, es necesario advertir que lo importante para un estudio como el nuestro no es decidir si cada explorador tenía *realmente* estas virtudes de la personalidad, sino pensar su utilización como constructos textuales que se moldean y canonizan a lo largo de la tradición narrativa de cada personaje: desde los libros de expedición decimonónicos hasta las biografías de nuestro tiempo.

⁸ Debemos recordar que el psicólogo Samuel Smiles enumeraba el “self-restraint” como una de las virtudes a aprender en su estudio *Character* (1876, ver pág. 9). Así, el carácter nacional británico se define como fuertemente represivo; E. M. Forster, por ejemplo, subraya la tendencia de sus connacionales a no mostrar mucha emoción ni dejarse impresionar por “an outward show of words”, esto en comparación a su Otro por excelencia: los franceses (Marcus 162).

Es justo en esa tradición narrativa que la relación entre el heroísmo y la exploración geográfica muestra su dimensión estética. Para comprenderla, debemos considerar las posibilidades abiertas por el heroísmo romántico-evangélico delineado arriba para el universo conceptual de lo sublime. Tras el surgimiento de Edmund Burke, su mayor filósofo, hacia 1750, lo sublime pasó a significar una sensación de asombro mezclada con miedo, inducida por un encuentro “placentero” con un entorno hostil o las pasiones humanas más oscuras (Spufford 18). Aquí el término más importante de definir es “placentero”, puesto que a través de él se comienza a configurar el funcionamiento plenamente heroico de la narrativa sobre los exploradores más prominentes, sobre todo aquellos cuyas historias culminan en tragedia o en actos de resistencia sobrehumana. A saber, este encuentro asombroso y temible con aspectos peligrosos de los elementos o la humanidad debe resultar placentero *para quien narra el texto y para quien lo lee*, no necesariamente para quien lo vive. El mismo Burke describe un *principio de separación* entre el observador-narrador y el fenómeno sublime, el cual puede ser entendido pensando en la famosísima pintura de Friedrich *El caminante sobre el mar de nubes* (1818, *fig. 1*), donde el observador queda absorto en el espectáculo distante de los acantilados y la niebla a lo lejos.



Fig. 1 – Caspar David Friedrich, *El caminante sobre el mar de nubes*

Este *a lo lejos* resulta indispensable, pues permite que la reacción emocional al fenómeno no sea una de miedo puro, el cual Burke considera mentalmente paralizante y nulo en sentido estético (30). Para reconocer lo sublime, uno no puede hallarse atrapado en una crisis de vida o muerte; debe haber una cierta tranquilidad, una barrera física, temporal u ontológica que impida la consunción del sujeto en las llamas del miedo absoluto:

So, when danger pressed sufficiently hard on a person... the overriding drive to self-preservation came into play... But supposing that something interposed itself, whether it was the width of the Liffey, or the danger being a fictional danger in the thrilling pages of a novel, or the danger only affecting the body of one's neighbor, and shielded one from it, then a rush of relief—a 'delight'—filled the mind with all the force of self-preservation itself. (31)

La exploración geográfica ofrece un campo narrativo de lo más fértil para lo sublime, pues los desastres y los desbalances naturales que suelen constituir su peligro están a la orden del día, acentuados además por presentarse en el marco de un viaje a partes remotas del planeta. Asimismo, el principio de separación entre el narrador y el fenómeno se cumple perfectamente en el caso de una biografía o una crónica sobre los esfuerzos de una expedición, pues con la distancia de los años y de los cuerpos lo que resta del periplo es un relato placentero para el biógrafo y el lector, sin importar el posible sufrimiento del héroe y/o sus compañeros.⁹ Esta separación entre la figura heroica y la narración es uno de los preceptos más importantes para que el heroísmo pueda siquiera existir en un sentido clásico, pues lo que define al héroe es su aceptación como tal por una comunidad mediante un proceso de idealización narrativa.

⁹ Tal vez convenga tocar el punto de la coincidencia entre autor, narrador y explorador dada en algunas narrativas del periodo. Al contrario de los héroes épicos de la literatura clásica, que requerían un bardo externo y posterior en el tiempo quien cantara sus loas, algunos exploradores escribieron tras sobrevivir un fenómeno de gran peligro y exigencia —un fenómeno sublime—. En este caso, la separación entre sujeto y fenómeno es la supervivencia misma: se habla desde el terror del desastre, pero también desde el asombro de haber salvado la vida y el aprendizaje moral a través de la resiliencia. Tal vez el caso más notable provenga de la misma expedición británica de 1910-12 que estudiaremos: el libro de memorias *The Worst Journey in the World*, de Apsley Cherry-Garrard.

Así, a nivel textual, el explorador desaparecido en la selva (pensemos en Livingstone) o atrapado en una ventisca polar se convierte en algo más que una figura histórica: es un héroe romántico librando una batalla encarnada y en ocasiones imposible contra los elementos, a menudo empujado hasta convertirse en nada por un paisaje natural de enormidad inabarcable. Las nieves infinitas de los polos, el último gran misterio cartográfico de la Tierra, son bajo estos preceptos el escenario sublime por excelencia: uno capaz de llenar la mente con esa reflexión expansiva sobre la pequeñez de la existencia propia, marcada por Burke como esencial para la experiencia estética (en Spufford 17). De nuevo es un cuadro de Friedrich el que ofrece la explicación visual más concisa; *El mar de hielo* (1824, *fig. 2*) presenta un campo de afiladas astillas gélidas donde se asoma, pequeño y por debajo de la blancura, el casco de un barco naufragado: “The scene is preternaturally cold, the sublime energy of ice utterly defeats men—indeed, there are no men left in the painting” (Lanone).



Fig. 2 – Caspar David Friedrich, *El mar de hielo*

De manera análoga, muchos creadores literarios del siglo XIX británico recurren a la descripción de regiones heladas para transmitir extrañeza y asombro ante la catástrofe, desde el viejo marinero de Coleridge, que navega entre hielos antinaturales, que hacen ruidos violentos y son de

color esmeralda, hasta la enloquecida persecución hacia el polo norte que sirve como marco para *Frankenstein*.¹⁰ Para la sensibilidad romántica del siglo XIX, las regiones polares son un abismo imperturbable donde los actos heroicos deben ser “del mismo tamaño” que el paisaje para poder siquiera salvar la vida (Spufford 37), lo cual acentúa la sensación de orgullo y arraigo nacional para con sus héroes cuando tienen éxito, o bien cuando fracasan de manera heroica (es decir, mostrando hasta el final su valor, resiliencia, moral cristiana, y demás elementos de carácter ya mencionados). En el imaginario del *national character* victoriano, mientras más resistencia encuentre un individuo en su cometido, más carácter se le adscribe (Collini 34). Si hemos de buscar en la literatura clásica un precursor para el heroísmo del explorador polar, éste sería sin duda el Ulises descrito por Dante y retomado por Tennyson, cuyo compromiso con la exploración y el conocimiento del mundo es tal que elige seguir viajando (lo sublime) a permanecer en Ítaca (el sentido común).¹¹

En este punto debemos advertir que el tipo de héroe romántico que estamos en proceso de conceptualizar es distinto a los arquetipos byronianos (Faustos, Prometeos, etc.) en donde el héroe es esencialmente un rebelde, un ser introspectivo que se niega a regirse según las convenciones sociales dominantes: “Thoroughgoing rebels, they invariably appeal to the reader's sympathies against the unjust restrictions of the social, moral, or even religious codes of the

¹⁰ Algunos ven en la conclusión trágica de *Frankenstein* una crítica de Shelley a la futilidad de la exploración polar: “Although such heroic polar exploration prompted fame and fascination, voices of dissent were heard, pointing out that it was hopeless to attempt to rule the ice, a metamorphic element far more challenging than both earth and water... Mary Shelley turned her Monster —impassive as he is to cold and frost as he leads Victor on and on towards the North— into a figure for the mad, deadly lure of Polar exploration” (Lanone). Empero, estas críticas desde la literatura no pueden sino mantenerse ambivalentes, pues esa misma futilidad, esas dificultades presentadas por el hielo inhóspito a quien viaja en sus regiones, son precisamente la base para el sentimiento de lo sublime, el cual, como apunta Spufford, va más allá de lo racional: “Common sense might tell us that tragedies are sad, and no one wants them to happen, but common sense tells only partial truths. The mere existence of [the sublime] testifies that our appetite for tragedies somehow hides an odd species of enjoyment” (27).

¹¹ Ya podemos sentir el peso verdadero de que el epitafio de Scott, grabado en la cruz sobre Observation Hill, provenga precisamente del *Ulysses* de Tennyson. Para la exploración polar británica, el mito poético del héroe se funde en maneras difusas con el explorador real.

worlds in which they find themselves” (Thorslev 22). El explorador como héroe romántico no retiene este cariz de subversión social; por el contrario, dado el involucramiento de instituciones gubernamentales, civiles y mediáticas en la organización, el financiamiento y la difusión de sus expediciones, se le considera un representante directo de su cultura e incluso de su Estado. Sin embargo, si bien el explorador-héroe no es un rebelde, sí es una encarnación tangible del *individualismo* conceptual del Romanticismo, la característica que Thorslev más asocia con el gusto de la edad romántica por los héroes (17). Y es que, aunque las expediciones geográficas eran casi siempre asuntos colectivos donde participaban decenas o cientos de personas, el relato que emergía de ellas —como ya vimos— era uno heroico, es decir, uno donde el individuo excepcional se toma como ejemplo y parte definitoria del colectivo. Esto no sólo es cierto acerca del heroísmo en la exploración, sino en torno a todo el tema decimonónico del fracaso heroico británico, el cual también abarcaba la guerra:

By 1850... a standard narrative of heroic failure [had taken shape]. This narrative was set somewhere far from Britain. It featured a lone hero, isolated from friends, family and countrymen, going out to surmount obstacles both natural and human... overwhelmingly difficult odds. He struggled mightily against them, nonetheless, never flinching or whining, until succumbing to defeat and, in many cases, death. (Barczewski 21)

Así, el explorador-héroe no necesita rebelarse contra los estándares sociales, pues al adentrarse en escenarios sublimes donde la naturaleza es distante y desmesurada, batirse contra el entorno y no dejarse vencer moralmente, se convierte en un emblema vivo del individualismo romántico; un individualismo romántico que es, al mismo tiempo, patriótico, como lo fuera antes el heroísmo épico. Hablamos de una relación circular: el héroe individual pone el ejemplo para el colectivo, y el colectivo lo ensalza en narración. Ninguno existe sin el otro.

Según Barczewski, el concepto del *heroic failure* es endémico de la cultura británica, al surgir de la dominancia política, militar y económica del Imperio durante los siglos XVIII y XIX,

pues ésta despierta una contradicción entre ciertos ideales del excepcionalismo británico influenciado por el romanticismo (ser un imperio *benevolente* o *de libertad*) y las prácticas reales de su administración colonial (más alineadas con un imperio *de conquista*, sobre todo en India). En tal contexto, el fracaso de los héroes imperiales funciona como rasgo humanizador, el cual provee “consuelo moral”: después de todo, si el Imperio puede ser derrotado, significa que su poder no es una aplanadora invencible que tritura las culturas que gobierna, sino un sistema justo integrado por hombres de carne y hueso, vulnerables y mortales, pero irrompibles e incorrompibles en la composición heroica de su carácter. Todo esto es decir que para el Imperio Británico era de la mayor importancia crearse narrativas donde su calidad de dominadores no estuviera peleada con sus supuestos valores de *sportsmanship* y *fair play*, un objetivo que hace al fracaso paradójicamente deseable (mientras no amenace al edificio Imperial) (10-11). Una de las propuestas principales de este estudio es que los ecos textuales de esta cultura británica del fracaso heroico no dejaron de reverberar ni con el cambio de siglo ni con las guerras mundiales, sino que todavía son rastreables en la literatura biográfica y de no-ficción acerca de la exploración polar en general, y de su héroe más paradigmático —Robert Falcon Scott— en específico. Por supuesto, la autopercepción británica ha sufrido violentos cambios tras el ocaso de su poder internacional en el siglo XX, lo cual ha modificado fuertemente las actitudes y los debates alrededor del Imperio y sus figuras históricas; no obstante, este proyecto plantea que dichos debates siguen siendo, al final, *heroicos*, es decir, definidos por la postura de cada investigador-creador literario sobre la constelación conceptual que acabamos de delinear: el héroe romántico, lo sublime, el individualismo, los valores imperiales, la muerte.

Lenguaje heroico en la literatura biografía polar

Antes de comenzar el estudio detallado de las dos biografías elegidas sobre Robert F. Scott, es preciso dejar constancia de que la referencia a elementos del heroísmo romántico-sublime para construir personajes en biografías contemporáneas no es un fenómeno aislado. El mito de Scott es quizá el más fuerte y popular en la historia de la exploración polar británica —su producto más puro, por decirlo así—, pero la recurrencia a códigos heroicos y sublimes es una característica predominante de la escritura en inglés sobre exploración polar, por no hablar de la relación *ab ovo* del género biográfico con la construcción de figuras ejemplares. Ejemplificando de manera rápida, en la literatura biográfica polar producida en décadas recientes podemos encontrar una recurrencia en la aparición de 1) descripciones sublimes del entorno polar, 2) referencias al linaje heroico del biografiado, 3) un establecimiento de su misión como un *quest* de proporciones casi artúricas, y 4) menciones de su fuerza, su resistencia sobrehumana o cualquiera de las virtudes de carácter ya establecidas.

Procedamos en orden. He aquí la descripción de Roland Huntford, uno de los biógrafos que estudiaremos a detalle, del primer viaje polar del noruego Fridtjof Nansen:

[The ship] heaved and lurched violently to the rhythm of a capricious, remorseless sea. The wind screamed through the rigging and tore at the masts... The deck was raked by hissing green seas whipped to spume which, when darkness fell, glittered with phosphorescence like a ghostly fireworks display. (21)

En este breve pero rico pasaje de inmediato se advierte la creación de un escenario sublime: la visión antropomórfica de los elementos, el peligro desmedido de una naturaleza fuera de las proporciones usuales encontradas en la civilización, y sin embargo la voz poética del narrador, que encuentra la calma suficiente para comparar la belleza de los colores a la de una exhibición pirotécnica, como si observara algo tan inofensivo y estético como una acuarela.

Por su parte, las siguientes líneas de *Fatal Passage*, biografía del explorador escocés John Rae escrita por Ken McGoogan, lo inscribe dentro de un linaje de exploradores árticos partidos del puerto de Stromness, mismo que condicionará su destino (según la narración):

Legendary sailors had departed from Stromness before him —Henry Hudson, James Cook, Edward Parry. Twelve years from now, one of the most famous of them all would stand on a deck not unlike this one, on HMS Erebus, and gaze out at this same rocky coastline as he sailed for the Northwest Passage. But John Rae couldn't know that. Nor could he know that Sir John Franklin's departure would reverberate through the Ocean of Time like an earthquake, generating a tidal wave of catastrophe that would change his own life forever. (5)

Hay instancias específicas en que el parentesco familiar es de importancia para la historia heroica del biografiado, pero es mucho más frecuente que los textos emparenten a los exploradores con sus precursores y sucesores en la búsqueda de cierto objetivo (como ya mencionamos, los tres objetivos principales eran ambos polos y el Paso del Noroeste). En el caso de *Fatal Passage*, el teatro es el Paso del Noroeste, por lo que intervienen Franklin, Rae, Ross, McClintock, Parry y Amundsen, entre otros. El caso que nos ocupa, Scott, pertenece al polo sur, por lo que su genealogía incluye a Cook, Weddell, De Gerlache, Borchgrevink, Shackleton, así como (de nuevo) Ross y Amundsen. Esto podría parecer una fruslería, pero el efecto textual es poderoso: el mundo narrativo del heroísmo polar es uno de fuerte arraigo hacia la nomenclatura y la adjudicación nominal de los descubrimientos, los cuales muchas veces devienen en nombres geográficos —Mar de Weddell, Estrecho de Rae, etc.—, dando así al entorno físico la sensación de ser un mapa incompleto, esperando al héroe propicio para llenar este o aquél hueco con su historia y su nombre, los cuales a su vez inspirarán a futuros viajeros. De este modo, la constitución entera del conocimiento humano del mundo queda inscrita en un registro heroico.

El establecimiento de un linaje de exploradores, así como la sensación romántica de que los viajes polares —gracias a su aparente futilidad práctica— eran empresas puramente morales y

de carácter, fortalece la cohesión de la llamada edad heroica y da al periplo de los exploradores el cariz de una búsqueda legendaria, similar a un *quest* caballeresco. Volviendo a *Fatal Passage*, McGoogan escribe que: “[by] the early 1840s, Arctic exploration had attained the status of a national obsession in England, with the Elusive Northwest Passage serving as its Holy Grail” (39). No es el único en notar y aludir al tono artúrico de la exploración polar durante este periodo. David Crane, un biógrafo de Scott en quien no nos centraremos, describe una obsesión del imaginario victoriano con la caballería medieval y el Camelot mítico, la cual se habría mezclado con ideales del *gentry* inglés como el fracaso heroico: “those ideals of clean-living, games-playing Christianity that became such an integral part of an ethic that elevated the Grail-like *quest*, with all its attendant hardships and inbuilt glorification of failure, above any vulgar insistence on mere victory” (28).

Con todo, estas características textuales no hacen más que bocetar el escenario y las herramientas donde el héroe habrá de actuar; cuando lo haga, todo dependerá de su carácter. Dependiendo del tono y el nivel de revisionismo histórico que posea cada escrito contemporáneo sobre la exploración polar, el retrato de las virtudes heroicas puede variar en tratamiento, pero jamás desaparece: su existencia forma parte del terreno histórico a discutir. En ocasiones el tono es laudatorio, como el de Stephen Bown en su biografía del etnógrafo Knud Rasmussen, cuyo prólogo no encuentra nada malo qué decir de su sujeto excepto que era “ocasionalmente mandón y manipulador”; en cambio se explaya en la descripción de su bravura, su vigor y su resistencia:

Rasmussen claimed to be happiest when enduring the hardships of polar travel... The prospect of hazardous travel and hardship was more appealing to him than enduring boredom and inactivity...Plagued by ferocious storms, they traversed ice fields broken by deadly crevasses, waded freezing streams and clambered down ice walls... Rasmussen maintained a jovial demeanor in the face of starvation and suffering. ... ‘one must take everything that occurs like a man —that is, with a broad grin’. (xxii)

Otras veces, el retrato es ambivalente. En su biografía de Nansen, Huntford combina la construcción del biografiado como un paradigma heroico con las expectativas posmodernas de *desmitificación* y revelación de contradicciones: “He became the incarnation of the explorer as hero. He had the power of inspiring men to act... His successors tried to build themselves in his image. Parallel with Nansen’s heroic aura there ran a streak of vanity, a fragmented personality, and a startling selection of paradoxes” (2). En ocasiones, el objetivo es criticar al héroe o bien hacer referencia a una tradición crítica en su contra, como cuando McGoogan dice sobre Robert F. Scott que era “valiente, pero imprudente” (178), o bien cuando Margaret Atwood enlista las diferentes impresiones que el público ha tenido de John Franklin a lo largo de las décadas, hasta llegar a la época actual, donde ella percibe que la reacción revisionista contra su mito heroico lo ha convertido en “Halfwit Franklin, a cluck so dumb he could barely tie his own shoelaces. Franklin was the victim of bad weather... but in the Halfwit Franklin reading, this counted for little. The expedition was framed as a pure example of European hubris” (en Beattie 6). Este ejemplo es particularmente ilustrativo, pues muestra la susceptibilidad del explorador-héroe romántico a los revisionismos históricos hostiles, pues si bien el romanticismo todavía resuena en nuestra época, es indudable que el juicio de los biógrafos actuales ante los fracasos prácticos de figuras como Franklin y Scott suele ser más duro que el de sus contemporáneos. Las razones de los desastres, por lo general, son examinadas en mayor detalle y con acceso a más fuentes, lo cual permite una mayor variedad de lecturas del mito heroico, algunas de rechazo y otras de relativa aceptación. Tras esta dinámica se esconde una serie de filias, rencores y valoraciones del proyecto imperial británico y su estela, como comprobaremos a lo largo de este estudio.

Así, la conversación biográfica contemporánea sobre la exploración polar no puede llevarse a cabo sin involucrar los códigos de lo virtuoso y lo sublime que dieron pie a la edad heroica. Este involucramiento en ocasiones puede seguir errando del lado de la idealización o el

lirismo, sobre todo ante la todavía impresionante majestad paisajística de las regiones polares. Sin embargo, el manejo actual de los códigos también incluye una revisión de los mismos y una discusión intertextual de la evolución del carácter del biografiado a través del tiempo. Algunos teóricos han hablado de un “tono metabiográfico” para la escritura actual en este género (Tekcan 133) y la exploración polar es un campo temático que lo cumple a la perfección, puesto que las biografías nuevas parecieran surgir de las viejas con base en diferencias interpretativas que, en su mayor parte, tienen que ver con el carácter heroico del biografiado. A pesar de los años, el género biográfico sigue disputando reputaciones heroicas, lo cual demuestra la permanencia imperturbable de los héroes en el pensamiento colectivo sobre los valores que dan identidad a las comunidades humanas.

Pasamos ahora al análisis concreto de dos biografías que se debaten en las aguas de este pensamiento colectivo, y que utilizan la vida del capitán Robert Falcon Scott como materia prima para enarbolar distintas concepciones de lo heroico y sugerir lecturas divergentes sobre el lugar del héroe en la tradición (auto)narrativa del Imperio y su caída.¹²

¹² A los lectores que no conozcan la trama básica de la vida y la muerte de Robert F. Scott, les recomiendo pasar al Apéndice antes de continuar con los capítulos II y III.

CAPÍTULO II

Desmontando la leyenda: *Scott and Amundsen* de Roland Huntford

A lo largo de los últimos cuarenta años se ha sostenido una acalorada discusión sobre el carácter heroico de Robert Falcon Scott, el segundo líder expedicionario en alcanzar el polo sur. A grandes rasgos, su leyenda ha sido sujeta a un revisionismo agresivo, el cual busca terminar con su estatus de mártir estoico o ejemplo de la nobleza de los valores británicos, e imponer la imagen de un líder inepto, cuya personalidad frágil y errores de organización provocaron su muerte y la de sus compañeros. No es frecuente que la revisión histórica de un personaje pueda atribuirse casi por completo a una sola obra literaria; sin embargo, tal es el caso aquí. Esta imagen contraheroica e incluso patética de Scott se remonta al volumen *Scott and Amundsen* (1979),¹³ donde el biógrafo Roland Huntford lleva a cabo una comparación entre los dos exploradores que se disputaron la primacía en el polo sur durante el verano antártico de 1911-12.

Quizá el primer aspecto sorprendente sobre este giro cultural es que Huntford no era un biógrafo bien establecido ni formado de manera convencional: nacido en Ciudad del Cabo en 1927 en el seno de una familia inglesa de ascendencia lituana, la semblanza que acompaña sus libros suele apuntar que se graduó en 1947, tomó un puesto en Ginebra con las Naciones Unidas en 1959 y fue el corresponsal deportivo de *The Observer* en Escandinavia a partir de 1961, donde aprendió a esquiar y se interesó en la historia de la exploración polar. En 1971 escribió *The New Totalitarians*, una crítica del socialismo en Suecia, donde habitó alrededor de doce años,

¹³ Como referimos en la introducción, en 1985 el libro fue reeditado para Norteamérica como *The Last Place on Earth: Scott and Amundsen's Race to the South Pole*, y es éste el título de la copia consultada en esta investigación. Sin embargo, el contenido del libro es el mismo y ambos apelativos contienen las palabras *Scott and Amundsen*, así que me referiré a la obra por su título original o bien por la abreviación S&A.

comparando su régimen con el totalitarismo suave de *Brave New World*. Según la investigación de Ranulph Fiennes, el otro biógrafo que estudiaremos, Huntford regresó a Inglaterra poco después armado de una fuerte filia por la cultura nórdica, por lo que se propuso escribir biografías hagiográficas de sus más grandes exploradores, Roald Amundsen y Fridtjof Nansen. Sin embargo, las editoriales inglesas no mostraron interés hasta que aceptó incluir a Scott (432).¹⁴ Así surgió la terna literaria más importante de la carrera de Huntford, conformada por las biografías *Scott and Amundsen* (1979), *Shackleton* (1985) y *Nansen: The Explorer as Hero* (1997), las cuales coinciden en su tratamiento hagiográfico de los grandes exploradores de la edad heroica excepto por uno: su compatriota inglés. En el volumen que estudiaremos, la tesis de Huntford es simple: el legendario Scott es un fraude, mientras que el menos mitificado Amundsen es el verdadero héroe. Pero lejos de ser éste un juicio limitado al carácter personal de dos hombres, el biógrafo posiciona su narrativa como un ejercicio de interpretación cultural y sociológica, siendo el drama polar una historia ejemplar en la amarga trama del declive imperial británico: “Scott and Amundsen were ideal antagonists: on almost every point they stood opposed. Scott came from a rich and mighty empire, albeit in decline; Amundsen from a small, poor country, with a scattered population, not even independent when he was born” (11). Desde este punto, muy temprano en el libro, queda claro que Huntford —aun siendo un revisionista acérrimo de la leyenda de Scott— no piensa separar la saga de su registro heroico, *i. e.* su importancia para la construcción de valores comunitarios y narrativas identitarias británicas. Por el contrario, el Scott de *S&A* no deja de ser un símbolo del Imperio, sólo que ahora por sus defectos y no por sus virtudes. Como veremos, más que el ser humano Robert Falcon Scott, quien comparece ante las acusaciones de

¹⁴ Fiennes omite mencionar que en 1975 Huntford produjo una novela llamada *Sea of Darkness*, una versión ficticia de la juventud de Cristóbal Colón, bastante difícil de encontrar hoy en día.

Huntford es la fascinación británica por el fracaso heroico, rasgo que no comienza ni termina con el expedicionario, si bien es uno de sus personajes definitivos.

La estrategia textual de Huntford es dinamitar una a una las columnas de carácter que dan fundamento a la leyenda heroica de su biografiado, las cuales establecimos en el capítulo I como piedras angulares del héroe romántico del siglo XIX inglés: la bravura, el sacrificio propio, la perseverancia en el deber e, *in extremis*, el estoicismo ante la muerte. Esto se realiza mediante una serie de críticas inmisericordes, dirigidas principalmente a demostrar tres cosas: 1) que Scott era un mal líder debido a su personalidad temperamental, irracional, depresiva y dada a los celos, así como a otras instancias de competitividad poco productiva; 2) que Scott era un *amateur* de la exploración, con poco conocimiento técnico sobre áreas clave de su empresa (como el esquí y el transporte con perros) y —peor aún— escaso interés en subsanar su ignorancia, siendo más bien creyente de que el coraje, la nobleza de espíritu y el esfuerzo serían suficientes para conseguir la victoria; y 3) que todos estos defectos se relacionan directamente con la cultura británica del periodo victoriano-eduardiano, durante el cual se erigió en la conciencia colectiva un “heroísmo corrupto”, un culto malsano al *heroic failure* como un ideal por encima del éxito pragmático y el simple cumplimiento de las metas. Adoptar un formato de biografía dual resulta de gran utilidad para estos propósitos, pues permite operar mediante contrastes; esto es, destruir la leyenda de un héroe mientras se levanta la de otro. Y es que el libro de Huntford no es post-heroico en absoluto, sino que ve en la fama de Scott una usurpación del héroe real, Amundsen, a quien dota de todo el raciocinio, la calma, el liderazgo y el conocimiento que le niega a su contraparte. Por supuesto, la implicación colectiva queda clara: Scott fue hecho héroe nacional porque era el símbolo perfecto de una cultura británica enferma y decadente, a cuya corrupción y rigidez puede atribuirse el fracaso del proyecto imperial y la pérdida de su estatus de superpotencia mundial durante el siglo XX. El noruego Amundsen, en cambio, refleja el carácter ascendiente y dinámico de su país, que

consigue su independencia en 1905 y rápidamente comienza a escribir una historia de éxito, basada en la consecución paciente de metas realistas. Es bajo esta dicotomía entre el *mundo viejo* y el *mundo nuevo* que Huntford pretende hacer leer las vidas de ambos exploradores, con justicia o no. Pasamos a ejemplificar sus técnicas para lograrlo, esencialmente resumidas en realizar una reconstrucción hostil de las bases del heroísmo de Scott (las cuales son prototípicas de todo heroísmo narrativo desde la poesía épica): su linaje, su carácter y su muerte gloriosa.

Linaje familiar y linaje cultural

Como es usual en la narrativa heroica, una de las primeras tareas de la biografía es establecer el *linaje* de los protagonistas, dándole un peso casi predefinitorio sobre sus rumbos. A saber, *S&A* plantea dos linajes para cada figura central: uno sanguíneo o *de crianza*, y otro *cultural-nacional*.

En cuanto al primero, lo cierto es que las familias de los exploradores juegan un rol más bien pequeño en el libro, pero se les concede cierta importancia en cuanto que proveen el ambiente del desarrollo intelectual y emocional de los biografiados, además de legarles rasgos de carácter. Tanto la masculinidad como la feminidad del entorno familiar de Scott son posicionadas entre estereotipos de la rigidez victoriana en torno a lo militar y lo doméstico, respectivamente. Sobre los hombres de la familia se nos dice que su abuelo y su tío materno hicieron fortuna como comisarios en la Marina, mientras que sus tres tíos paternos sirvieron en el Ejército del Raj Británico. El padre del explorador, John Edward Scott, fue una excepción a la regla, pues permaneció en Inglaterra para administrar el negocio de la familia, una cervecería, y gustaba de pasar su tiempo en casa, cuidando el jardín. Sin embargo, Huntford no permite que este padre se convierta en una imagen de placidez campestre, aclarando: “Behind the paterfamilias immersed in the characteristic English pastime of playing the country gentleman was a quiet, morose,

anxious man, plagued by a sense of inadequacy, prone to violent outbursts of temper” (111). Igualmente, su madre es retratada como una figura de autoridad problemática, una mujer de carácter dominante quien era la “verdadera” jefa de familia: “She possessed the special English Branch of middle-class matronly charm that concealed a debilitating despotism. From that Scott never entirely escaped” (111). Bajo el signo de estas dos figuras, la infancia del explorador es descrita escuetamente como “*sheltered*”, lo cual no sólo implica “aislada” o “sobrepotejada”, sino *capturada por la civilización*; sin un contacto real con la fiereza del mundo natural. La vida doméstica de los Scott es así reducida a sus ansiedades y posibles patologías, las cuales se calcarán tal cual en la personalidad adulta del explorador y lo harán, según Huntford, inadecuado para sus aventuras polares. Asimismo, las peculiaridades personales de los padres son diagnosticadas como *típicamente inglesas*, trazando una equivalencia entre las faltas y los defectos de Scott y una narrativa amplia sobre la decadencia imperial.

Resulta sintomático que estas descripciones familiares estén entremezcladas con referencias directas a dicha decadencia, así como el marcado paralelismo que el biógrafo encuentra entre la saga de Scott y su época. De hecho, la tesis de Huntford parece ser que su biografiado es nada menos que una encarnación del ocaso imperial:

These intimations of decline seem curiously personified in Robert Falcon Scott. He was born on June 6th, 1868, at a watershed moment in English life.

In 1870 Dickens died. Darwin’s last great work, *The Descent of Man*, appeared in 1871. Livingstone died in 1873... The race of giants which had adorned the early years of Queen Victoria’s reign was passing away.... In a manner familiar in history, an age of greatness was starting to fade. Within the edifice of Imperial grandeur, the structure was beginning to rot. (110)

Por supuesto, uno de los factores constitutivos principales del declive del Imperio es la atrofia de sus fuerzas armadas; en específico de la Marina Real, a la cual pertenecieron Scott y su linaje. A pesar de sus imponentes números y rango de acción, Huntford considera que —para las últimas

dos décadas del siglo XIX— la Marina se había convertido en una institución anticuada e ineficiente, contenta con regodearse en su vieja gloria de las Guerras Napoleónicas. Según el biógrafo, esto condujo a una parálisis de mentalidad: “smugness, closed minds, resistance to technical progress and living in the past” (112). En su momento, intentará probar que Scott fue culpable de todas estas faltas a lo largo de su carrera y durante su última expedición. Mas asociar al explorador con la rigidez de la Marina en general no es suficiente. Cualquier boceto del linaje de Robert Falcon Scott debe tratar específicamente con la figura de Sir Clements Markham, su mentor, descubridor y principal aliado en la organización y el financiamiento de sus viajes (sobre todo de la expedición Discovery, en 1901). Geógrafo de profesión, Markham sirvió como cadete en la Marina bajo el capitán Horatio Austin en la expedición ártica de 1850-51,¹⁵ donde se convenció de la nobleza y la utilidad de la exploración polar como experiencia formadora de carácter. Al ser electo presidente de la Royal Geographical Society en 1893, Markham emprendió una cruzada para revivir el interés británico en la exploración antártica, que había decaído en los últimos 50 años. En la pluma de Huntford, las metas de Markham son descritas en un tono entre la suspicacia y la condena, incluyendo conjeturas personales no del todo justificadas, como la sugerencia de que parte de su interés real en la exploración polar era una atracción homoerótica hacia los marinos jóvenes: “He cultivated young lieutenants and midshipmen... He went by family and appearances. He liked good looks, fresh complexions, nice manners.... Though married, with a daughter, Markham was a homosexual... he liked earthy Sicilian boys” (118). Pero más allá de la especulación sobre su sexualidad, el argumento principal de Huntford contra

¹⁵ Como casi todas las expediciones árticas del periodo próximo a 1850, ésta fue comisionada con la meta de hallar y/o rescatar a la partida de Sir John Franklin, desaparecida (como ya mencionamos) en 1845 mientras buscaba el Paso del Noroeste. La pérdida de Franklin y sus 128 hombres fue el mayor desastre en la historia de la exploración polar y sin duda hizo mucho por establecer el *ethos* a favor del fracaso heroico en la cultura victoriana. Colocar a Markham —un hombre formado de lleno en esta esfera— como principal ancestro y benefactor de Scott en realidad es decir que este último descende de una larga línea de expedicionarios británicos desastrosos, a partir de cuyo fracaso se configuraron ideas sobre la ética y el carácter del héroe imperial.

la cruzada de Markham es su enfoque poco práctico, centrado en el ennoblecimiento estético del dolor: “It was indeed the glorification of suffering as an ideal that moved Sir Clements... He saw polar exploration as an exercise in heroism for heroism’s sake” (118). A pesar de que Markham nunca acompañó a Scott en ningún viaje, la implicación es que su influencia directa guió a Scott a adoptar la técnica del *manhauling* para su transporte en vez de utilizar perros, pues así habían sido realizadas las expediciones en búsqueda de Franklin *circa* 1850. La conclusión del biógrafo es clara: de este linaje, creyente en el carácter heroico como máxima meta, motivado por ideales románticos más que por el conocimiento, no podía emerger sino un gran y mortal fracaso.

Por el contrario, el linaje de Roald Amundsen es construido con imágenes de robustez, valentía y raciocinio, tanto en lo cotidiano como en lo cultural. Sin escatimar palabras, Huntford lo declara el heredero natural de la estirpe vikinga, entendida como una raza de individuos ambiciosos, hambrientos de conquista y en contacto con la naturaleza:

Someone who, as a child, met Amundsen, remembers his mother saying in awe: “He is the last of the Vikings.” Over six feet tall, fair, with piercing blue eyes, he looked the part. An enormous aquiline nose gave just the touch of mastery and the suggestion of the bird of prey that expresses one side of the Viking spirit.

[Amundsen] was born on July 16th, 1872, into a family of seamen and shipowners.... The Amundsens came from Hvaler... a harsh country, storm-beaten, and ice-ground. Through the ages it has been the home of fishermen and sailors. A race of individualists, with their own standards of behaviour, they were marked by their surroundings, men apart. (11)¹⁶

Conforme a esta imagen, el padre de Amundsen es presentado como una figura de autoridad beneficiosa, un marinero duro, pero razonable: “Both by sons and shipmates Jens Engebretsen seems to have been liked... A sailing skipper... expects instant execution of orders. [But he] will

¹⁶ Nótese cómo Huntford condena a Markham por guiarse por las apariencias en sus juicios sobre los jóvenes marinos a quienes buscaba influenciar, pero ensalza a Amundsen a partir de su físico, donde ve reflejado al vikingo modélico. Este es uno de los múltiples puntos del libro donde se demuestra que el pensamiento de Huntford no es post-heroico; sólo busca sus héroes en una sociedad extranjera.

not offend a sense of natural justice. He cannot be an unreasoning despot” (14). La sugerencia es clara: Amundsen y su familia surgen de un linaje cuyo comportamiento es regido por la razón individual y por la adaptación al entorno natural, no por los lineamientos estamentales de un imperio aristocrático como la Gran Bretaña victoriana. En la narrativa de Huntford, el supuesto abandono noruego de la estructura social excesiva en favor de una mayor flexibilidad en el actuar individual es un triunfo cultural por sí mismo, y el padre de Amundsen no puede sino representarlo: “Jens Engebretsen was a respected member of the society in which he lived. He was a success. His sons looked up to him. This is important for the comparison with Scott” (14). Así, en un ambiente de raciocinio y libertad, el joven Amundsen se desarrolla fructíferamente, aprendiendo mediante la experiencia de su país natal a lidiar con una naturaleza cercana a la polar y fundirse con ella:

When the cold was deep enough, the Amundsen boys would skate out miles over the sea ice towards the inner islands... a border country where land and sea, ice and water flow together, almost into an element of its own.... Roald mirrored this in himself. He was absorbing the elements of skiing and seafaring; growing up a man of sea and rock, water, ice, forest and snow... It is a rare combination, but it is authentically Norwegian. (16)

El objetivo de Huntford en estos vuelos de hagiografía es establecer a Amundsen como un hombre excepcional, pero también como un producto inevitable de su entorno, un modelo condensado de las características deseables de la sociedad noruega de la época (en contraste con una Gran Bretaña indeseable). Con este propósito, el biógrafo hace referencia a las otras grandes figuras de estos tiempos en el país nórdico, hilándolos en una narrativa sobre la ascendencia de su tierra —descrita como “meritocrática”, en oposición a la aristocracia inglesa (17)—: “Norway was now approaching nationhood, and politics, industry, art—all the aspects of civilization—were rapidly maturing... Besides Nansen and Ibsen there was Grieg... and Edvard Munch” (26). Entre estos, sin duda el ancestro más importante es Fridtjof Nansen, el otro gran explorador polar

noruego de la época. Reconocido por ser el primer hombre en cruzar Groenlandia de este a oeste y por sobrevivir el invierno de 1895-96 en una isla desierta tras quedarse corto en un intento de alcanzar el polo norte, Nansen surgió como símbolo de la pujanza noruega en los años previos a su separación de Suecia: “Nansen had emerged from the ice to give his countrymen self-confidence and national pride when they needed both in their fight for independence” (51). No es incidental que, en su camino heroico, Amundsen deba primero ganarse la “bendición” de Nansen (67) antes de finalmente heredar su viejo barco, el ballenero *Fram*, para realizar su viaje al polo sur. Tampoco es baladí que Nansen sea el sujeto central de otra biografía de Roland Huntford, titulada *The Explorer as Hero*. Por supuesto, Nansen es retratado con el mismo valor y raciocinio que su compatriota, y se hace hincapié en el buen tino de sus innovaciones técnicas (sobre todo su adopción temprana del esquí) para el desarrollo de los métodos de viaje polar.

Englobando, la obra del autor inglés comprende los trayectos nacionales como líneas rectas que ascienden hacia la madurez y decaen hacia la decrepitud, las cuales, en el caso de Noruega y Gran Bretaña, se cruzaban en caminos opuestos alrededor de 1900. El quid del proyecto biográfico de Huntford es demostrar la legibilidad de estas líneas en los modelos de masculinidad heroica de la época, distinguido uno por la creación de hombres débiles, neuróticos, resistentes al cambio y enamorados de la visión romántica del fracaso heroico, y el otro por figuras adaptables, equilibradas, provistas de arrojo pero no de idealizaciones sobre el sufrimiento. Ahora pasamos a examinar cómo opera esta divergencia en los retratos de carácter de los biografiados.

El romance versus la razón

Regresemos a la lista de hipótesis negativas de Huntford sobre Robert Falcon Scott: 1) que era temperamental, irracional, depresivo, sin control de sus emociones; 2) que su conocimiento técnico era deficiente, pues pensaba que el valor y el esfuerzo compensarían su ignorancia; y 3) que estos defectos no eran personales, sino la expresión directa del culto británico hacia el *heroic failure* en la era victoriana-eduardiana. A lo largo de *Scott and Amundsen*, estos argumentos aparecen en reiteradas ocasiones, operando de manera similar a la construcción de los linajes; es decir, mediante contrastes entre el explorador británico y el noruego, donde el primero es incapaz de trascender la *visión heroica* del romanticismo inglés, mientras que el segundo mantiene un firme contacto con la *realidad* (186). Por ahora nos centraremos en examinar los métodos para la construcción y la defensa de esta hipótesis, mientras que las tendencias culturales que le dan sentido como parte de un momento histórico determinado —Gran Bretaña *circa* 1979, *thatcherismo*, caída del poder imperial— serán analizadas en el capítulo IV.

La primera tarea de Huntford es subrayar las debilidades de carácter que ve en Scott y presentarlas como fallas imperdonables en un líder. Con base en un puñado de extractos de diarios y cartas del explorador —el principal de ellos escrito apenas a los 22 años de edad y tras una ruptura amorosa—, el biógrafo concluye que Scott fue siempre una persona dubitativa y hasta melancólica: “As if he could not find meaning in life; perhaps it was the expression of the black depression that regularly descended on him; a hopelessness that alternated with bouts of violent elation” (229). Claramente, este retrato va relacionado con el esbozo ya mencionado de su padre como una persona ansiosa y “plagada por el sentimiento de ser inadecuado”. Estas fallas dentro de una personalidad supuestamente heroica son trasladadas a las expediciones de Scott, según Huntford viajes infelices, confusos y repletos de inseguridad. Por ejemplo, al hablar de la

expedición Discovery, generalmente considerada un éxito, el narrador se centra casi por completo en hacer juicios como “The sailors were not only depressed by unnecessary routine, they felt uninformed and nervous” (144) u “Other British officers had also brought Naval routine to the wilds [but] they were also good leaders of men... Scott was found wanting. Because of his personal failings, this was one of the unhappier Polar expeditions” (151). Huntford se basa en extractos de diarios donde se describen varios momentos de crisis en la expedición, para declarar: “The picture [of Scott] that emerges is one of an insecure, unhappy, emotional disciplinarian... He was a kind of Dr. Jekyll and Mr. Hyde, and he had a heavy vein of irrationality in his make-up” (151). Una de las expresiones más claras y persistentes de esta supuesta inseguridad de Scott a lo largo del libro es su rivalidad malsana con el irlandés Ernest Shackleton, quien fuera su tercer oficial en el barco bautizado con el nombre de la expedición, *Discovery*, quien posteriormente ganara fama propia. A pesar de que los métodos de viaje de Shackleton fueron siempre similares a los de Scott, Huntford respeta mucho más al primero, mostrándolo como un líder nato: “Forceful, outward going, with a personality that could be felt, Shackleton overshadowed Scott... Scott needed the rigid Naval hierarchy to assert his authority” (152). En conjunto, Huntford subraya una y otra vez el temperamento volátil de Scott con frases como “he was impatient and easily flustered” (141), “a man not quite in control of himself” (353) y “Scott’s ungovernable emotions had clouded his judgment” (358). En términos de narrativa heroica, el efecto de este ataque repetido es el de erosionar la *bravura* y la *falta de duda* en el carácter del explorador, rasgos centrales para la construcción de heroísmos épicos y post-épicos, al tiempo que adhiere a su imagen la percepción de una supuesta *falta de control* emocional y como planificador, la cual opera a contracorriente de los estándares masculinos de la época: “manly character... rested on the notion that the individual was, if not master of his fate in the eternal

sense, at least fully responsible for the mark he made on the world. A high value was set on energy, as displayed in resolute action, and on self-control” (Tosh 197).¹⁷

En cierto momento, este Scott fuera de control es descrito como “dionisiaco”, en cuanto que caótico y físico: “He had a Dionysian urge to show off his undoubted physical strength and drive his companions to exhaustion” (412). Aunque Huntford no la declara como tal, su premisa es evidente: si Scott es dionisiaco, Amundsen deberá ser apolíneo. Contra el caos y la corporalidad desahogada de Scott, el explorador noruego representa el modelo heroico del orden y el conocimiento. También aquí entran en juego los linajes: Scott, heredero de Markham y del pensamiento romántico del *heroic failure*, se mantiene creyente en la primacía de la fuerza humana al momento de arrastrar sus trineos (*manhauling*). Por su parte, Amundsen, criado en las realidades del clima polar y habiendo aprendido de Nansen, usa esquís y perros en su viaje al polo sur. La superioridad técnica del noruego se mantiene a cada paso: en la fortaleza y el acondicionamiento de su barco, la calidad de sus perros, la adopción de ropas de piel (imitando a los pueblos nativos del Ártico), el almacenaje de su combustible y la eficiencia de los patines de sus trineos. Acorde a la naturaleza verdadera del libro —una batalla discursiva entre dos modelos heroicos—, la victoria técnica de Amundsen se basa en su carácter, descrito en repetidas ocasiones como flexible y en armonía con el entorno, imagen que se remonta a lo narrado sobre su niñez: “Amundsen had decided that... the main British weakness in the Antarctic was being overcivilized and fighting Nature. His strength was that he tried to work with her” (366). Por supuesto, esta representación de Gran Bretaña como *overcivilized* también guarda un paralelo con la infancia “sobreprotegida” (*sheltered*) de Scott, demostrando de nuevo que las vidas biografiadas en *S&A* no son privadas, sino sagas de lo colectivo; puestas en escena de los *ethos*

¹⁷ Como cabría esperar, la bravura y la convicción de Amundsen se glorifican y atribuyen a un supuesto carácter noruego, con ayuda de una cita atribuida a Ibsen: “Whatever you are, be out and out / Not divided or in doubt” (45). Hasta donde he podido corroborar, la cita corresponde al acto V del poema dramático *Brand* (1866).

nacionales, si se quiere, y la impresión evidente es que Huntford se encuentra fuertemente a disgusto con las tradiciones heroicas de su país: “Amundsen was not, like Scott, heir to a tradition of *blindly following the commander into the cannon’s mouth*. He could only be sure of his men if they saw reason in his action” (390, cursivas mías). Como en tantos ejemplos de la narrativa heroica no-bélica, la irrupción de la guerra como metáfora resulta aquí aclaradora: para Huntford, Scott es un eslabón representativo en la cadena que legó a Gran Bretaña las muertes de Nelson y de Wolfe, la derrota y canonización de Rollo Gillespie y la masacre de la carga de la Brigada Ligera immortalizada por Tennyson; es decir, una larga línea de descalabros glorificados, o a lo más de victorias pírricas, que se extiende hasta el declive definitivo del poder Imperial.

Además de continuar la erosión discursiva de su valor y su convicción, esta miríada de cuestionamientos al liderazgo de Scott desmonta otra columna de su leyenda heroica: su apego al deber. En la visión individualista de la biografía, la obediencia surgida de una estructura jerárquica institucional, como la propia de la Marina Real, resulta inconducente para el éxito y sólo produce mártires. He allí la diferencia fundamental entre los exploradores, al menos a través de este cristal: “[Amundsen] was unburdened by the desire to be a martyr or a hero... Heroism in the corrupt sense of the age almost by definition, meant wanton self-sacrifice and bungling... He wanted rational attainment; victory but not at any price” (68). En un libro construido por oposiciones, sigue que lo contrario también sea cierto: Scott estaría guiado por un deseo tácito de sacrificarse, de fallar maravillosamente y —llegado el momento— de pagar el último precio. Después de todo, ¿hay algo más romántico por excelencia que la muerte?

Muerte sin gloria

En su célebre *Mensaje al público*, uno de los pilares literarios de su leyenda, el capitán Scott explica así su propia catástrofe:

The causes of the disaster are not due to faulty organisation, but to misfortune in all risks which had to be undertaken.

1. The loss of pony transport in March 1911 obliged me to start later than I had intended, and obliged the limits of stuff transported to be narrowed.
2. The weather throughout the outward journey, and especially the long gale in 83° S., stopped us.
3. The soft snow in lower reaches of glacier again reduced pace.

We fought these untoward events with a will and conquered, but it cut into our provision reserve.
(Scott 421)

Por su parte, además de desestimar las justificaciones ofrecidas por el explorador, Huntford cuestiona el solo hecho de que en ese momento —al borde de la muerte— decidiera escribir: “Letter after letter poured out; Scott was addressing his audience. In the approach of extinction, he showed an exultation he had never otherwise displayed; the true spirit of a martyr” (525). En la tradición del heroísmo épico, esta aceptación de la muerte no es solamente deseable, sino casi necesaria: “The heroic ‘good death’ is supposed to be violent, a sword death—and it is voluntary... part of the mysterious and lasting potency of the heroic individual comes from his voluntary submission to death: the hero wills himself to accept and even to welcome the danger of death” (Miller 121). En el caso de un explorador, la violencia del enfrentamiento bélico con el enemigo es reemplazada por el encuentro sublime ante las fuerzas de una naturaleza fuera de control. Pero ante el esquema expresamente racionalista y antirromántico de Huntford, resulta fácil ver por qué tales constructos heroicos son despreciables: se los ve como un *performance* autoconsciente y referencial, donde el supuesto héroe prefiere un fracaso apegado a las normas narrativas de un edificio ideológico-literario que la simple victoria práctica. El hecho de que esta

marcha al polo sur y de regreso sea incognoscible excepto a través de diarios, de los cuales el de Scott es naturalmente el más extenso y célebre, problematiza más la situación, pues estamos ante un héroe que controla los basamentos discursivos de su leyenda póstuma, así como ya había logrado instaurar una visión heroica de sí mismo en 1905, con su primer libro *The Voyage of the Discovery*. Para Huntford, Scott es un impostor que conquistó al público por medio de la palabra, recubierta del resabio de *heroic failure* que la cultura anhelaba: “[*The Voyage of the Discovery*] sowed the seeds of a legend... Scott’s salvation was his literary talent” (181); “He had written himself into a rôle; out of his setbacks he had spun the web of a heroic legend” (184).

Por consiguiente, si se pretende desestabilizar la leyenda en torno a la muerte de Scott, habrá que sugerir que su versión de los hechos es falsa o distorsionada. Empero, la falta de fuentes primarias (diarios y cartas de sus compañeros de viaje) que contradigan lo escrito por el explorador en sus últimos días dificulta la labor. A saber, Huntford debe fundamentar sus cuestionamientos en los defectos de carácter previamente adjudicados a Scott, y no en evidencia textual. El ejemplo más claro de esta estrategia surge en la ocasión del episodio más célebre del viaje: el suicidio de Lawrence Oates. A lo largo del libro, Oates es construido como una figura adversaria a Scott: un militar experimentado, aristocrático y sagaz, “no romantic at all... a rational eighteenth-century squire born into the surroundings of the twentieth century” (261).¹⁸ De manera similar a lo realizado con Shackleton en la primera expedición, Huntford construye una rivalidad entre Scott y Oates donde el subordinado opaca al líder: “Naval ratings turned

¹⁸ Resulta intrigante cómo Huntford, a lo largo de *S&A*, repudia los preceptos del *heroic failure* que tanto él como Stephanie Barczewski localizan en la era victoriana y el siglo XIX, mientras que vindica ciertos heroísmos afines al siglo anterior. La referencia al “racionalismo” del siglo XVIII al hablar de Oates no está sola, pues su imagen de Amundsen como un hombre en armonía con el entorno polar se acerca a los paradigmas del llamado *Child of nature* pre-romántico, identificado por Peter Thorslev como un tipo heroico perteneciente al mismo periodo: “he has been raised in some relatively wild and uncultivated place... he is always depicted as a being close to nature and to natural life, and this association has given him moral principles and love and natural generosity, and has developed his innately acute sensibilities” (30). Tal pareciera que tras el desprecio de Huntford a los modelos victorianos por su responsabilidad en la decadencia imperial se cierne una creencia paralela en la influencia positiva de otros heroísmos del pasado, bajo cuya égida tal vez sería posible regresar a una Edad de Oro.

instinctively for help... to Oates, the Army man.... Most of his companions appreciated his aristocratic virtues; his detachment, tolerance and disdain for petty social conventions” (383). El uso del adjetivo “aristocrático” de manera positiva en esta descripción no es de ninguna manera incidental. Oates no era un noble, sino un miembro del *landed gentry* cuya familia tenía tierras en West Yorkshire desde el siglo XVI, pero en todo caso era un personaje de clase más alta que Scott, y la implicación parece ser que esto contribuía de algún modo a hacer su carácter más seguro y menos ansioso de probarse ante los demás. La visión halagüeña de Huntford de tal *ethos* “aristocrático” parece paradójica dada su defensa de la “meritocracia” en la sociedad noruega, pero para el biógrafo ambos paradigmas son preferibles al de la era romántica y su modelo del fracaso heroico. Retratar a Oates como un hombre “sin romanticismo”, además de enfrentado e incompatible con su líder, de quien llegó a escribir derogatoriamente en su diario, es indispensable para insinuar que el relato conocido sobre su suicidio es una fabricación de Scott. Según los diarios del último:

he woke in the morning—yesterday. It was blowing a blizzard. He said, ‘I am just going outside and may be some time.’ He went out into the blizzard and we have not seen him since.... We knew that poor Oates was walking to his death, but though we tried to dissuade him, we knew that it was the act of a brave man and an English gentleman. (410)

Esta última sugerencia derrama el vaso para Huntford, quien considera tales valores de autosacrificio contrarios a su versión de Oates como *rational squire*: “Scott ascribes heroic thoughts, leaving the unanswered question of how he knew. Scott, however, was by now writing for publication, some day” (523). Más adelante sigue: “For public consumption, a story was contrived that Oates had sacrificed himself to save his companions... Tragedy had to be gilded with heroic gesture, or Scott would have been held responsible” (542). Tras la acusación concreta se trasluce una tesis general: la fachada gloriosa del fracaso heroico, con sus valores romántico-

cristianos, es un *modus operandi* discursivo que justifica y perpetúa públicamente las irresponsabilidades y los puntos ciegos del proyecto imperial británico.

Desde luego, el argumento también aplica para la muerte del mismo Scott, cuya lucha sublime contra la naturaleza y la fortuna es transformada por Huntford en una serie de tropiezos prácticos evitables. Después de todo, Amundsen no tuvo los mismos problemas. Buscando desacreditar el “infortunio” pintado por el explorador, su biógrafo halla errores insalvables en cada aspecto de la expedición, desde los alimentos hasta la vestimenta, prestando particular atención a los obstáculos referidos en el *Mensaje*: 1) los métodos de transporte; 2) el supuesto mal clima y 3) los depósitos de suministros. Primeramente, la decisión de Scott de utilizar ponis siberianos como parte de su plan de transporte de provisiones es presentada como desastrosa, pues los animales no se adaptaban tan bien como los perros a la Antártida. Como resultado de su rápido cansancio, los depósitos de suministros eran pocos y más distantes del polo de lo que hubiera sido deseable (y de lo conseguido por Amundsen sólo con perros) (351). Esta falla es presentada como resultado del desinterés técnico de Scott, quien encargó a la misma persona de la compra tanto de perros como de ponis: “So someone ignorant of horses did the notoriously difficult business of buying them... Scott assumed that anyone who knew about dogs was qualified to buy horses” (309-310). Con todo, la decisión más polémica de Scott en cuanto a transporte fue definitivamente su utilización del *manhauling* durante la marcha final al polo. A lo largo de *S&A*, Huntford condena la práctica como una equivocación del mayor calibre, una aberración causada por el aferramiento de la Marina Real y de Clements Markham al pasado; en específico a las expediciones en busca de Franklin, realizadas 50 años atrás. Mientras tanto, los nórdicos —guiados por Nansen— habían dominado el transporte con perros y esquís a tal punto que lograban una mayor velocidad con mucho menos peligro. Gran Bretaña, según el biógrafo, nunca aprendió esta lección porque el *manhauling* se había convertido para entonces en una parte

inamovible de su visión heroica romántico-cristiana: “One aspect of the English romantic movement was to equate suffering with achievement. There was a virtue in doing things the hard way” (131). El sentimiento reaparece junto a la frase más célebre del libro, subrayando la inutilidad de la expedición entera: “Scott was a heroic bungler. He added nothing to the technique of Polar travel, unless it was to emphasize the grotesque futility of man-hauling” (546).

En cuanto al clima, la estrategia de Huntford es cruda: con base en el viaje exitoso de Amundsen y poco más, sencillamente niega que las ventiscas fueran tan malas como Scott escribió: “the storm is unlikely to have been as fierce or unrelenting as Scott suggested, for even in health he dramatized events” (524).¹⁹ En lugar del clima, la hipótesis del biógrafo sugiere que los viajeros comenzaron a sufrir los azotes del escorbuto y del congelamiento muy pronto tras dejar el polo, esto a causa de las deficiencias técnicas de la expedición: “Starving and ill-clothed, they were feeling the cold horribly” (515). La implicación es que Amundsen —alrededor de un mes antes y siguiendo una ruta distinta— había encontrado más o menos el mismo clima y que su éxito se debió exclusivamente a su vestimenta de pieles y a sus mejores técnicas de viaje. Asimismo, atribuye algo de la lentitud del regreso de Scott a un colapso emocional de su partida al darse cuenta de su derrota en la “carrera” al polo, lo cual claramente va ligado al retrato del líder como una persona depresiva y volátil: “Something within Scott had been broken by defeat at the Pole, and his companions sensed it. There was no fire and little laughter among them” (499). Lejos de la imagen convencional de un Scott estoico y de voluntad irrompible.

Sin embargo, en la cultura posvictoriana del “heroísmo corrupto”, la muerte fue el final perfecto para el explorador, sobre todo considerando su éxito en darle forma discursiva por medio

¹⁹ De hecho, es imposible no notar que Huntford —a pesar de incluir una bibliografía— tiende a no aclarar la fuente de los detalles de su relato, lo cual resulta particularmente intrigante al especular escenas de las que no se tiene fundamento textual alguno, como “Oates turned to Wilson as those in trouble usually did. He had no wish to confide in Scott, for whom by now he had lost any lingering vestige of respect” (522).

de sus diarios y últimas cartas. Al morir y convertirse en un mártir del *heroic failure* —honrado con estatuas y memoriales que reunieron cientos de miles de personas—, Scott triunfó narrativamente sobre Amundsen y evitó ser juzgado por las incompetencias de su carácter y su planeación: “if Scott had got through... with all the evidence of mismanagement, he would probably have been discredited” (541). En un primer nivel, es esta afronta histórica entre dos hombres la que Huntford busca reparar en su estudio. Mas, en un segundo nivel, no es sólo Scott quien está en tela de juicio, sino la fascinación británica con su figura y su muerte, la cual es equiparada con la decadencia del poderío nacional: “His actions and, above all, his literary style, appealed to the spirit of his countrymen. He personified the glorious failure which by now had become a British ideal. He was a suitable hero for a nation in decline” (543). Al narrar la vida y la muerte de Scott como un asunto sin gloria, Huntford busca expiar los demonios psicológicos y narrativos que juzga culpables de un supuesto declive nacional.²⁰ La muerte del héroe queda transfigurada; de ser una saga ejemplar sobre el deber, el coraje y la voluntad del Imperio ante las fauces del peligro, deviene una historia precautoria, una tragedia de errores banales y evitables. Por consiguiente, lo mismo sería cierto del siglo XX británico, retratado entre líneas como la muerte del sueño imperial; una muerte autoinfligida por medio de la incompetencia y de visiones contraproducentes sobre el significado del triunfo.

²⁰ Esta opinión ha sido cuestionada por Stephanie Barczewski, quien más bien encuentra en Scott una figura propicia para mostrarle al Imperio que *todavía* era capaz de producir héroes como los de antaño, al menos en carácter, “that their empire, and their nation, were just as strong and powerful as they had been a few decades earlier” y arguye que la decadencia imperial no puede datarse sino hasta el fin de la Primera Guerra Mundial (219).

CAPÍTULO III

La rehabilitación del héroe: *Captain Scott* de Ranulph Fiennes

La imagen desfavorable de Scott proyectada por Huntford en *Scott and Amundsen* se ha convertido en un escollo inevitable para quien se acerque a estudiar su figura hoy en día. Como ya mencionamos, el libro original de 1979 fue reeditado para el mercado estadounidense en 1986 y sigue en impresión hasta nuestros días. Su más reciente iteración, por ejemplo, lo ve incluido en la colección Modern Library Exploration, avalando su estatus como un “clásico moderno” de la literatura de exploración. Pero su estela no termina al cerrar el libro. La edición de Oxford de los diarios de Scott contiene una introducción de Max Jones —autor de *The Last Quest: Captain Scott's Antarctic Sacrifice* (2003)—, cuya primera oración hace eco de la impresión postulada por Huntford: “We do not remember Captain Scott because he was a great explorer, but because he composed the most haunting journal in the history of exploration” (xvii). De nuevo tenemos a un Scott cuya mayor virtud es el talento literario, entendido éste como un artificio para encubrir falencias prácticas. No obstante, Jones reconoce que la biografía de Huntford es asimismo un artefacto partisano, un “ataque febril” donde el explorador queda reducido a un puro símbolo decadente, “a reckless, sentimental fool responsible for the death of his men... an emblem of the amateurism and the incompetence responsible for the British decline” (xxxix). Empero, por más exagerada que parezca esta imagen, el público la ha consumido con gusto. El mismo Jones apunta que el retrato negativo de Scott se ha convertido en la nueva versión ortodoxa gracias a Huntford, así como al docudrama *The Last Place on Earth* (1985), basado en su obra. Ejemplo de esto es la perspectiva del historiador norteamericano John V. H. Dippel, quien en un reciente estudio *desmitificador* sobre la edad heroica de la exploración polar se apega casi por completo a la

versión de Huntford sobre la expedición Terra Nova, juzgándola un ejemplo paradigmático de la “noción ingenua” de que la mente humana podía vencer a la naturaleza: “The fact [is that the voyage] was plagued by ill-conceived plans and egregious blunders from start to finish, [which] was often overlooked in posterity’s eagerness to embrace Scott and his men as gallant ‘martyrs’” (108). Dippel llega al extremo de nombrar la biografía de Huntford como piedra angular de un nuevo paradigma interpretativo en la historiografía de la exploración polar, uno supuestamente *más objetivo*, “[where] facts would be determined independently of the person or persons who reported them” (280), y aunque está consciente de que hay puntos de vista contrarios acerca de Scott, no utiliza su material, limitándose a apuntar su existencia en una nota al pie.

Sin embargo, el disenso sobre la versión de Scott trazada por Huntford ha sido persistente. Curiosamente, varias de las voces escépticas han sido exploradores polares de carne y hueso. En julio de 1980, el célebre expedicionario Vivian Fuchs —líder del primer equipo en cruzar Antártica por tierra, en 1958— reseñó *Scott and Amundsen* para *The Geographical Journal*, apuntando:

In keeping with the modern trend of debunking everything which previous generations found of value, he eagerly seeks the feet of clay. Deliberately blind to any possible failings in Amundsen, the full force of his vitriolic pen falls upon Scott as though he were pursuing a vendetta.... The destruction of Scott’s character is at first insidious, but soon becomes a blatant attack... The scene is rather set like an unworthy scientist who propounds a theory which he later attempts to prove by the manipulation of knowledge. (272-273)

Además del evidente señalamiento de las lealtades partisanas de Huntford, resulta de particular interés que Fuchs no vea esta narrativa como un incidente aislado, sino como una de muchas participantes en una tendencia cultural británica hacia la autodestrucción de su pasado por medio del revisionismo histórico. Mas, a pesar del renombre de Fuchs como autoridad en la exploración polar, lo cierto es que una breve reseña de dos páginas en una publicación académica no puede

competir en cuanto a poder y alcance discursivo con la narración de Huntford, diseñada para emocionar al lector general de biografías y literatura de viajes, haciéndolo tomar postura ante un drama épico con héroes e impostores. Para dar una respuesta completa a Huntford habría que contar la historia de nuevo, desde el conocimiento práctico de las regiones polares y la resistencia a la desmitificación hostil (*debunking*) como estrategia de interpretación histórica.

Tal es el proyecto de la biografía *Captain Scott* (2003), obra del inglés Ranulph Fiennes. Al igual que Vivian Fuchs, Fiennes es uno de los exploradores polares más célebres de la época post-heroica, pues dio la vuelta al mundo pasando por ambos polos en la expedición Transglobe de 1979-83 y cruzó la Antártida a pie en 1993 junto al Dr. Mark Stroud. Fiennes también goza de una amplia trayectoria literaria, que cuenta dos novelas de corte *thriller*, múltiples volúmenes sobre sus propias aventuras polares y una autobiografía (un tanto prematura) en 1993, además de las biografías polares *Captain Scott* y *Shackleton* (2021). Al carecer de una formación académica como biógrafo o historiador, Fiennes esgrime su currículum como argumento central para la credibilidad de su proyecto, al subrayar desde la introducción la descomunal autoridad que (a su parecer) le confiere la experiencia de primera mano *versus* otros biógrafos:

a few biographers without experience of the realities have played many tunes, invented many twists to the tragedy and told many lies. In this book, I have done what my predecessors could not do; I have put myself in the place of the British explorers and used logic based on personal experience to reconstruct the events. (xiii)

A la luz de nuestro estudio previo, no puede estar más claro que Fiennes habla específicamente de Huntford. Estamos ante un caso de lo que Rana Tekcan llama *metabiografía* (133); es decir, una obra hiperconsciente de su lugar dentro de la tradición biográfica de cierto personaje, cuya razón de ser explícita es la corrección de las omisiones, las invenciones y los errores cometidos por biógrafos anteriores. A continuación, siguiendo la estructura del capítulo anterior, demostraré cómo es que Fiennes busca rehabilitar la reputación de Robert F. Scott a través de una nueva

consideración de sus orígenes, su carácter y su muerte, la cual quiere devolver a Gran Bretaña la posibilidad de pensar al explorador como un ejemplo heroico de valor, si bien lo hace a través de argumentos muchas veces tan sesgados como los de su adversario.

El aprendizaje del héroe

Al igual que Huntford, Fiennes debe establecer dos linajes para Scott: el familiar y el cultural. En ambos casos, *Captain Scott* es mucho más amable que *Scott and Amundsen* en sus valoraciones del expedicionario y sus allegados, haciendo ver al biografiado como un joven flexible, capaz de aprender y crecer más allá de los defectos y las posibles patologías de su entorno inmediato.

En cuanto al padre —reducido por Huntford a una figura volátil y amarga, tristemente derrotada por sus fracasos en los negocios y contrastado con el éxito comunitario del padre de Amundsen—, Fiennes lo retoma como un hombre popular y respetado en la región de Devon,²¹ si bien no evita apuntar sus accesos de mal carácter: “John Scott was a pillar of the local establishment, a magistrate, churchwarden and chairman of the regional Conservative Association... He was a frustrated if not embittered man with an explosive temper” (16). Pero aquí el biografiado no emerge *condicionado* por el temperamento del padre, sino que más bien observa y aprende: “From his father he learnt the consequences of a quick temper and its poor effect on others, so he fought to squash his own irascible tendencies from an early age” (16). Fuera de esta relación ambivalente con el padre, la vida familiar de Scott durante la infancia es representada como apacible y hasta pastoril. Se nos relatan anécdotas sobre su trayecto a la escuela a espaldas de un poni y sus salidas en bote a pescar anguilas; allí donde Huntford

²¹ Al narrar la muerte del padre en 1897, Fiennes escribe que su ataúd fue cargado por empleados de la cervecería que dirigió en sus últimos años, y señala: “The old man had been popular in the parish” (23). Esta es sólo una de las múltiples respuestas veladas de Fiennes a la biografía de Huntford y a sus partidarios. Conforme el libro avanza, este objetivo dialógico y de refutación se irá haciendo más y más explícito.

encuentra una niñez sobreprotegida y blandengue, Fiennes toma testimonios de la época para destacar los valores positivos de Scott y prefigurar su carácter futuro de líder, muy a la manera de la “Introducción biográfica” a los diarios escrita por Barrie en 1914:

A neighbour said later: ‘...[Scott] was very unselfish. He had a pony and I had not, so he shared him with me’... William Hands, the brother of [a maid] remembered... ‘His temper never lasted for very long and he was always out for fun and games. He was a very good friend and when you were around him you were never without a laugh’. (15-16)

En conjunto, la imagen de este Scott en crianza es la de un joven amable, soñador, algo débil físicamente y con arranques de mal temperamento. No es el inepto que presenta Huntford, pero tampoco parece la perfecta materia prima para formar a un héroe. Sin embargo, la clave de la diferencia entre los dos Scott será su capacidad de adaptación y aprendizaje —básicamente nula en Huntford y de fuerte presencia en Fiennes—, la cual irá de la mano de la capacidad de la Marina Real como institución para formar el carácter de manera positiva.

Cuando Scott comienza su educación naval a los trece años de edad como cadete del buque de entrenamiento *Britannia*, Fiennes subraya los cambios físicos y mentales que ocurren en su persona casi de inmediato; a saber, aprende a suprimir o esconder sus tendencias a la irascibilidad y la timidez, al tiempo que su constitución endeble se transforma en una robusta y resistente (16-18). No es coincidencia que la narrativa acompañe estos cambios de un recordatorio del linaje heroico de Plymouth, donde atracaba entonces el *Britannia*, sirviéndose de una metáfora maternal: “Plymouth was both the birthplace of the Navy and the fount of the empire. From her sturdy womb had issued forth the likes of Richard Grenville, John Hawkins, Walter Raleigh, Martin Frobisher and Francis Drake” (17). Si bien Fiennes admite que la Marina tardó en reaccionar a la modernización industrial y militar acaecida tras las Guerras Napoleónicas, su veredicto de la institución en los tiempos de la educación de Scott no es tanto el de un anticuado elefante blanco, sino el de un baluarte útil de la sociedad británica envuelto en un

proceso de cambio acelerado en aras de dar alcance tecnológico a las marinas de otros países (el Imperio Alemán en particular) (18). Por lo tanto, allí donde Huntford subraya la parálisis y la cerrazón al cambio como características tanto de la Marina Real como de sus productos (en concreto Scott y su mentor Markham), Fiennes muestra al escenario y a los hombres como perfectibles, con posibles fallas y puntos ciegos, pero en un proceso claro de mejora y apertura a nuevos conocimientos.

En ningún lado se muestra más este contraste que en la consideración que hace el biógrafo de Sir Clements Markham. Quien para Huntford fuera un símbolo de la obsesión británica con el heroísmo inútil y las técnicas de viaje polar más riesgosas y obsoletas, en manos de Fiennes queda transfigurado en un “eminente geógrafo”, gracias a cuyos esfuerzos se controló la malaria en India y se abolieron los latigazos como método de castigo en la Marina. Sobre su enfoque en la exploración polar como presidente de la Royal Geographical Society, Fiennes nota que Markham era un patriota fervoroso quien estaba al tanto del hambre nacional por proezas de sus héroes a causa del Jubileo de Diamante de la reina Victoria; sin embargo, también lo caracteriza como un hombre de ciencia —o al menos uno de sus grandes defensores—, genuinamente interesado en ampliar el conocimiento sobre la última región del mundo en explorarse a detalle:

To be first at the South Pole was a tantalising dream... but Markham was at heart a would-be scientist and knew his expedition must be a three-in-one entity involving the Royal Navy, geographical exploration and collecting scientific data. This would satisfy all that Markham held most dear, his love of country, his geographical hobby-horse and, above all, his belief that the naval way was the best way. (9)

Esta última observación podría interpretarse de manera hostil. Un hombre completamente convencido de la supremacía técnica de la Marina Real por sobre los demás navegantes y exploradores del mundo es un hombre en *stasis*, diríamos, alguien cerrado al cambio y atrapado en un espejismo heroico que comenzaba a desvanecerse ante los cambios culturales y

tecnológicos del siglo siguiente. No obstante, para Fiennes este juicio sería anacrónico, pues inmediatamente suaviza el golpe:

Markham was very much a man of his era and many of the Victorian ideals that he held were contradictory to today's commonsense views... Struggle is no longer an end in itself... But in Markham's day the very act of a good fight well fought against adversity, or even merely against the elements, was greatly admired throughout most levels of society and most religions... Markham was not, as has been suggested, old-fashioned, hidebound, narrow-minded or even traditional in his admiration for the naval methods of exploration... He was simply normal. (9)

Claramente, esta defensa pretende comenzar una revaloración no sólo de Scott y la expedición Terra Nova, sino del rol de la Marina Real y del Imperio Británico en la historia de la exploración polar. En concreto, absolver a Markham de los cargos imputados por biógrafos como Huntford permite reconsiderar el uso del *manhauling* como método de viaje principal de Scott, ya no viéndolo como una mala decisión surgida de una relación malsana con el pasado y el heroísmo, sino como una de tantas convenciones decimonónicas que pueden parecer insulsas hoy, pero que en aquél entonces no habían sido refutadas por ninguna evidencia convincente. En la década de 1890, pareciera decir Fiennes, la Marina Real *verdaderamente* dominaba las olas; por lo tanto, proceder de acuerdo con sus métodos no puede considerarse un error, es tan sólo *lo normal*.

Scott, en consecuencia, pasa de ser un vestigio inadecuado de la vieja guardia a un heredero imperfecto, pero adaptable, de una tradición orgullosa y gallarda, tal vez rezagada tecnológicamente en años recientes, pero en franco proceso de modernización. Como tal, Fiennes resalta la inclinación de Scott por la ciencia moderna y la tecnología de punta durante su carrera naval: “[Scott] was tasked to produce the section on mining for the Royal Navy's Torpedo Manual. He was also well versed in the principles of surveying, magnetism and electricity, hardly a man who preferred the old way to the new” (22). Con este paso, Fiennes debilita la narrativa de Huntford que posicionaba al explorador inglés del lado de la superstición y el amateurismo,

opuesto a la ciencia y la razón del noruego Amundsen. Por el contrario, Scott queda reinsertado en la gran narrativa moderna: progreso, tecnología, técnica. De este modo, resarcidos los linajes de su figura central, Fiennes se dispone a narrar la historia de nuevo, con su experiencia polar a modo de *credencial* para analizar las decisiones y el carácter de Scott durante sus viajes.

Justicia, valor y crédito heroico

Si recordamos nuevamente la lista de cargos contra Scott postulada por Huntford y seguida por buena parte de los comentaristas polares desde entonces, tenemos que el explorador sería 1) irracional, rígido y depresivo, 2) técnicamente ignorante o anticuado y 3) ejemplar en estos sentidos de una tendencia cultural británica hacia el heroísmo trágico o fallido, la cual es nociva y causante del colapso imperial. Por tanto, el objetivo de Fiennes en su réplica será presentar a un Scott racional y justo, además de técnicamente eficiente dadas la información y la tecnología a su alcance a comienzos del siglo XX.

Por principio, el biografiado que emerge de *Captain Scott* es una personalidad fuerte, quizá temperamental e impaciente, pero que en general tomaba las decisiones correctas con ayuda de su sentido común, su versatilidad y la influencia positiva de los valores navales. Fiennes admite que Scott no era un líder natural, pero le concede la capacidad adaptativa de convertirse en uno mediante la entrega sin reservas a la vida de la Marina, la cual le permite desarrollar su talante heroico: “Scott was not a so-called natural leader of men. Asserting himself over others did not come easily, so he had to learn the process as he might any other naval skill... Lacking [family connections], he focused on the grind and discovered in passing that he possessed a steel-like determination” (18-19). Esta simbiosis beneficiosa entre Scott y la Marina tiene el propósito de absolver al explorador de la acusación de ser demasiado rígido; al contrario, parece decir

Fiennes, la adopción de los valores navales es para Scott un acto de aprendizaje y adaptación mediante el cual el joven —quien de natural quizá tuviera defectos físicos y de carácter considerables, incluyendo la pereza (46)— logró desarrollar destrezas para una posición de liderazgo. En específico, escribiendo sobre su posición de mando en el departamento de torpedos del buque *HMS Empress of India* en 1896, Fiennes escribe: “It is safe to assume that his men liked him and he liked them. The Royal Navy way worked for Scott. Later, in Antarctica, when he had the choice to abandon it, he saw no reason to do so” (23).

¿Qué era precisamente lo que “funcionaba para Scott” del *ethos* de la Marina? Veamos cómo se describe el reclutamiento de la tripulación para su primera expedición:

Scott was clear in his mind about the way he wanted to run his expedition and therefore the type of man required. ‘From a very early date I had set my mind on a naval crew. I felt sure that their sense of discipline would be an immense acquisition.’ He had grave doubts as to his ability to deal with a different class of men... each new volunteer, whether sailor, officer or scientist, signed on under Captain Scott as master and voluntarily accepted Royal Navy conditions... Other expeditions of the period, run on more democratic lines, often suffered from insurrection or outright mutiny... These included expeditions under Amundsen, Shackleton... Scott led two major polar expeditions involving over sixty often critical and difficult personalities without a whiff of mutiny... Scott was a firm disciplinarian but fair and humane in all his dealings. (35)

En esta narrativa, más allá de cualquier conocimiento técnico o militar, el principal objetivo de Scott al adoptar estructuras navales en sus expediciones es el de mantener una jerarquía clara, un marco en el cual los hombres acepten seguir sus órdenes sin mayor aspaviento. Este deseo podría parecer irritante o anticuado para las sensibilidades democráticas de un lector occidental moderno —sobre todo considerando ciertas particularidades de la vida naval, como la separación de comedores y dormitorios con base en el rango—, por lo que Fiennes se esfuerza en subrayar que la disciplina de Scott nunca fue opresiva ni draconiana, apoyándose en diversos pasajes de diarios y memorias de sus compañeros de viaje. Por ejemplo, de Edward Wilson —tal vez el hombre

más leal a Scott, quien muriera con él en 1912— se nos dice: “[he] wrote that he admired him greatly: ‘All but his temper. He is quick-tempered and very impatient.’” Por otra parte, la opinión del físico en jefe de la expedición Discovery, Louis Bernacchi, conocido (según Fiennes) por su temperamento crítico, es presentada de este modo:

Bernacchi wrote, ‘...He certainly could be moody and impatient.’ So did the critical Bernacchi learn to dislike the crotchety captain after three years in his company? Apparently not, for he went on to note that Scott’s predominant trait was ‘his sense of right and justice... He led a decent human life because he was a decent human being.’ (47)

Algo importante de notar en este trabajo expositivo por parte de Fiennes es que ni Wilson ni Bernacchi eran hombres de la Marina Real, sino científicos civiles. La tesis es que la elección de código disciplinario de Scott —que pudiera parecer arbitraria o rígida para ojos modernos— en realidad era perfectamente aceptable para su época y no causó infelicidad en sus expediciones, ni siquiera en hombres ajenos a la Marina, contrario a lo postulado por Huntford.

El siguiente punto a demostrar por el biógrafo es que Scott, además de asegurarse mediante la disciplina naval de que su mando no sería cuestionado, no daba órdenes insensatas ni temerarias. Para esto también resulta de gran utilidad relatar los viajes exploratorios de la exitosa expedición Discovery, pues entonces puso en práctica muchas técnicas que usaría en 1910-12, en general con resultados buenos. En concreto, son dos viajes los que nos competen: su viaje al sur de 1902-03 y su viaje al oeste de 1903-04 (*fig. 3*, siguiente página). El primero, realizado junto a Edward Wilson y Ernest Shackleton, tiene la particularidad de ser la única vez que Scott intentó llevar perros hacia el sur por una distancia indefinida; más adelante sólo los usaría en viajes para depositar provisiones. En *S&A*, Huntford relata el episodio como una saga de sufrimiento y privación que estuvo muy cerca de terminar en un desastre similar al que acaecería en 1912:

Scott had originally intended to be away for ten weeks. To get another week of southing, he increased this to twelve, reducing rations... he had planned badly and behaved recklessly.... They

were now literally starving; plagued with dreams of food.... They ought to have turned long before, but Scott had been almost impossible to convince. Disease came as an unanswerable argument. (167)

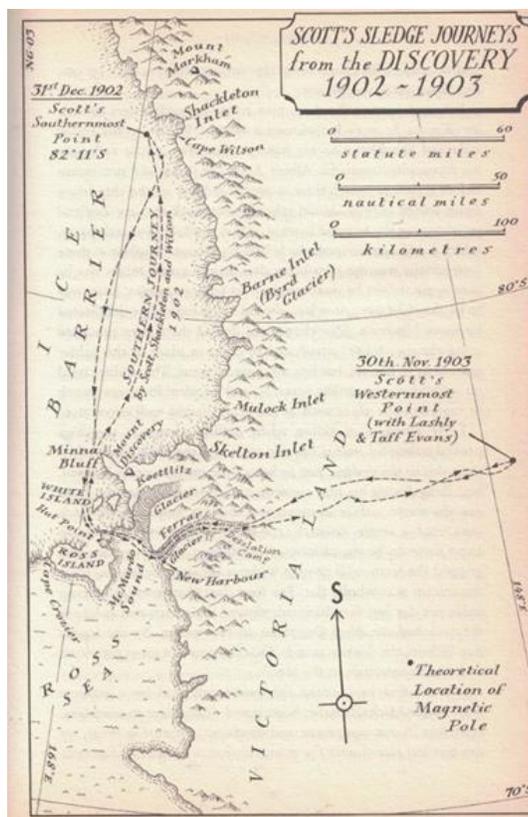


Fig. 3 – Los viajes de la expedición Discovery (Fiennes 89)

En contraste, Fiennes, aunque cita pasajes extensos de los diarios acerca de las dificultades del viaje y los padecimientos causados por la ceguera de la nieve, remarca que el momento del regreso no fue ni demasiado cauto ni demasiado arriesgado, sino justo, haciendo hincapié en que los métodos condenados por Huntford son práctica estándar para un explorador:

Neither Wilson nor Shackleton at any point suggested in their diaries or elsewhere that they were continuing too far for safety.... Explorers who turn back a touch before they really must may be lauded as responsible or branded as craven. In my opinion [and that of] Wilson and Lashly, who volunteered again and again to follow him, Scott was bold... but never foolhardy. (97)

Por supuesto, estas palabras están respaldadas por el peso de la experiencia de Fiennes, quien no duda en visibilizarse y usar esta arma —su argumento predilecto— sobre el tema de las raciones:

“When in the 1990s Mike Stroud and I planned the rations [for] a hundred days, we took an additional ten days of emergency food. In 1902, for a seventy-day journey, Scott took five days’ worth” (98). La implicación es clara: tanto ahora como en 1902, para moverse rápido sobre la superficie de Antártica hay que empacar ligero, y aquel que no esté dispuesto a tomar riesgos calculados respecto a sus raciones de comida no debe dedicarse a ser explorador. Si se le acepta, el argumento rehabilita la imagen de Scott como alguien provisto de gran fuerza física y valor, pero también de razón y sentido común.

Por supuesto, la justificación de Fiennes del comportamiento del biografiado —aquí y a lo largo de todo su estudio—deja tantas preguntas como las que responde. ¿Es posible comparar la comida de una expedición de 1993 con una de 1911, cuando ni siquiera se habían descubierto las vitaminas? ¿Los sacrificios de “empacar ligero” son similares en ambos casos, dado el avance tecnológico/material en la ropa, el equipo de viaje, etc.? Y por añadidura, más allá de la retórica empírica del “haber estado allí”, ¿qué tan coherente es en realidad la estrategia biográfica de “ponerse en el lugar de X” dada una diferencia temporal de ochenta años? Sin duda, la experiencia de Fiennes no es de valor nulo, sobre todo dado que el biógrafo sí trató de cruzar Antártica con tecnología de navegación similar a la de 1911 y que, materialmente, el entorno polar y el cuerpo humano no han cambiado de composición, pero tampoco es la panacea. En lo personal, creo que la retórica de Fiennes es efectiva cuando demuestra ser capaz de representar las condiciones del entorno y sus implicaciones para un viajero con mucho más detalle que Huntford. Me refiero a sus descripciones de la nieve, los glaciares, el viento, etc. Por el contrario, creo que las equivalencias que plantea entre sus expediciones y las de Scott en cuanto a planeación y material de viaje resultan un tanto forzadas y débiles, por las preguntas mencionadas arriba. En todo caso, más allá de opiniones personales, lo más interesante de subrayar es el carácter eminentemente ético de la postura de Fiennes, ahora sí en el sentido aristotélico del

término *ethos*; i. e., que al construirse como alguien fiable gracias a su experiencia, sus valores y su pertenencia al linaje de exploradores que el libro discute, todo su argumento queda convertido en un artefacto para la continuación del núcleo de rasgos heroicos representado por Scott en el imaginario colectivo. Es decir, Fiennes no solamente defiende a Scott de las injurias de Huntford, sino que el tejido mismo de su discurso representa un sitio de nostalgia por las narrativas heroicas de la edad de oro de la exploración, aquellos *libros de la expedición* donde la autoridad del viajero no podía ser cuestionada.

Volvamos a Discovery. Por su parte, el viaje al oeste destaca por ser la evidencia más persuasiva a favor del tan cuestionado método del *manhauling*. A pesar de una salida en falso cuando los patines del trineo se rompieron a los pocos kilómetros y el grupo de Scott tuvo que regresar a la base a hacer reparaciones, las estadísticas son difíciles de rebatir: “The three men had for eighty-one days, in all weathers and snow conditions, manhauling 827 miles, including climbs of 19,800 feet” (127). En Huntford, este viaje es una simple confirmación de la ineptitud del biografiado: “It was a bizarre repetition of old blunders. Once more, Scott and his companions froze and starved because food and clothing were inadequate... Once more he was reckless where caution was needed and overran his supplies... Once more, his luck held” (176). En cambio, Fiennes resalta el logro de Scott al hallar una ruta rápida al glaciar Ferrar, navegar con éxito las rutas de ida y vuelta hacia los depósitos de comida y descubrir —ya casi concluido el viaje— uno de los raros valles secos del continente (126), además de subrayar la buena velocidad: “In 1949 the Director of the Scott Polar Research Institute in Cambridge summarised this feat: ‘Few dog parties, working under plateau conditions, have ever exceeded Scott’s best’ ... Charles Royds noted of Scott: ‘He takes the cake for being a hard nut. His total is 197 days in two seasons’” (127). La vindicación práctica del *manhauling* como método de viaje es de la mayor importancia para el proyecto de Fiennes, dado que 1) prueba que Scott tenía buenas

razones para viajar como lo hizo en 1911-12, 2) recubre la figura del explorador de atributos heroicos como el vigor físico incansable y la determinación, y 3) prepara el terreno para exculpar al biografiado del desastre final, bajo la tesis de que un viajero con tales habilidades no habría sucumbido de no haber sido por un accidente grave e imprevisible.

No obstante, toda la construcción positiva del personaje realizada por Fiennes no importaría en lo más mínimo si no lograra desmontar, en la medida de lo posible, el cúmulo de certezas implantadas por Huntford en el imaginario colectivo con base en cartas, diarios y comparaciones desfavorables. En cuanto a los documentos de la época citados por su adversario, Fiennes juega de nuevo la carta de su experiencia para hacer un argumento generalista:

Readers who themselves have not experienced the extreme stresses of enforced togetherness in uncomfortable circumstances usually believe that diary entries, or letters back home, contain only truthful renditions of facts... From my expedition experience this is certainly not always the case... Any natural tendency to irritation, depression, pessimism or worry would have been magnified... it certainly makes me view critical comments made about past explorers by individuals under stress with great caution... Diaries yield clues but not hard evidence. (45)

El objetivo principal de este recelo ante los documentos es menoscabar los testimonios más hostiles contra el biografiado, en particular los de Lawrence Oates, el militar que Huntford retratará como un oasis de razón y clase dentro del reino de imprudencia de Scott. Sin embargo, atacar a Oates de frente sería perjudicial para el proyecto de la biografía, que es limpiar la memoria de Scott de lo que se percibe como una serie de injurias: debemos recordar que el suicidio de Oates es en sí mismo una piedra angular de la leyenda heroica de Scott y sus hombres, un acto con gran resonancia cultural en los valores del sacrificio y el estoicismo (*fig. 4*). Al ser una figura mítica tan ligada a Scott —y a la idea de Scott que la biografía busca restaurar— cualquier crítica a Oates debe ser muy precavida y matizada. La estrategia de Fiennes es confesar una supuesta afinidad de espíritu con el militar:

I find myself much mirrored in him and empathise with many of his reactions to life. We both lost our fathers when we were young and were blessed with loving mothers. We came from old English families without financial worries... Like Oates, I always wanted to be boss in my own fiefdom and have always been wont to castigate my senior officers when they interfered with what I perceived to be the best way forward. (172)



Fig. 4 – John Charles Dollman, *A Very Gallant Gentleman* (1913), imagen representativa del sacrificio de Oates como mito

El mecanismo es de considerable astucia, pues no sólo le permite al biógrafo criticar a Oates sin resultar hiriente, sino que busca funcionar como una “licencia” especial para interpretar su carácter con una cierta autoridad. En adelante, cuando Fiennes declare que Oates cometió un error de entrada al ver a Scott sólo como otro jefe a quien culpar de todo (172) o insinúe que el militar se sentía herido por la capacidad de Scott de rebatir sus argumentos con “sentido común” y sus “considerables poderes de observación” (242), desatando así su “penosa tendencia natural a la deslealtad” (245), el golpe vendrá suavizado por la supuesta cercanía espiritual de Oates con el mismo biógrafo. Así, la amenaza del Oates acerbo y agresivo que se transluce en sus diarios y cartas queda neutralizada sin afectar la nobleza de su carácter general y de su último acto, permitiendo que la leyenda heroica de la última marcha de Scott se mantenga intacta.

Oates es el objetivo más importante de las tácticas de desacreditación de Fiennes, pero de ninguna manera el único. El otro caso relevante no es otro que Amundsen, el adversario de Scott

en la “carrera” y héroe de la biografía dual de Huntford. A pesar de asegurar en el prólogo que no siente preferencia por ninguno de los dos líderes expedicionarios (xiii), lo cierto es que Amundsen emerge en estas páginas como una figura villanesca y mezquina, quien viola los códigos de la época al ocultarle sus planes a Scott y al mundo, llegando al extremo de esconderse del inglés cuando éste quiso visitarlo en casa y llamarle por teléfono para consultarlo como experto (163). Además, Fiennes sostiene que el plan del noruego —contrario al de Scott— dependía en gran parte de la suerte, pues no había una ruta probada desde la Bahía de las Ballenas hacia la meseta polar (181). Como golpe de gracia, el Amundsen presentado aquí es un competidor puro, un aventurero con poco interés por el conocimiento geográfico legado por sus viajes. En consecuencia, su logro es presentado como esencialmente inútil: “decades later, the next men to descend the Axel Heiberg Glacier... wrote: ‘Amundsen had only taken two photographs and neither photograph showed the icefalls. He had made no maps, left no route sketches’”. Esto, por supuesto, es contrastado de inmediato con el programa científico “enormemente valioso” de la expedición de Scott (316). Y finalmente, cuando es tiempo para que Amundsen salga de escena y parta de la Antártida vencedor, es despedido con este triste corolario: “He spent the rest of his life an aloof and bitter man, constantly in search of new triumphs. He fell out even with his closest friend... his brother Leon. He never forgave Hjalmar Johansen for his brief revolt in Antarctica and humiliated him to the end” (325). El noruego se queda lejos, en esta versión, del héroe racional y cercano a la naturaleza pintado por Huntford.

En conjunto, Fiennes realiza un esfuerzo deliberado para rehabilitar la credibilidad de Scott mediante una estrategia de varios vectores. Primero, el establecimiento de linajes sanos separa al explorador de la narrativa que lo hace símbolo de la decadencia imperial británica, transformándolo en un líder con claroscuros, pero flexible, capaz de crecer y adaptarse. Segundo, realizar una evaluación favorable de la expedición Discovery permite vindicar decisiones

prácticas que serán de peso en Terra Nova, como el uso de la disciplina naval y la elección de viajar haciendo *manhauling*, al tiempo que se retrata al explorador como astuto, aventurado sin llegar a la imprudencia y dotado de una resistencia física y mental sobrehumana, todos ellos atributos heroicos. Y finalmente, por medio de la desacreditación sutil o directa de los personajes incómodos para el lado pro-Scott del argumento, sugiere que el biografiado ha sido víctima de diversas calumnias y malas interpretaciones, las cuales sólo pueden ser esclarecidas por alguien con experiencia vivencial en el tema (el mismo Fiennes). La meta final de esta construcción es formar un basamento retórico desde el cual el biógrafo relate el viaje al polo habiendo preestablecido que la narrativa del *heroic bungler* es falsa y que la verdadera explicación al desastre yace en territorios fuera de la responsabilidad del biografiado; concretamente, en el encuentro sublime con una naturaleza incontrolable, así como con el infortunio complejo del héroe trágico.

Ante lo imposible

En su comentario sobre Edmund Burke y la estética de lo sublime en relación con la exploración polar, Francis Spufford comenta la fotografía de Scott reproducida bajo estas líneas (*fig. 5*):



Fig. 5 – Scott frente al glaciar Barne (Herbert Ponting, 1911)

“The glacier’s imperturbable grandeur is being compared to this emblematic man’s smallness. To gain the pole... the actions of that small figure will have to be of comparable size... It sets the men up, of course, for a heroic victory... but it explained beautifully, in retrospect, the nature of their heroic defeat” (37). En concreto, la imagen establece la relación de poder propia de los encuentros sublimes con la naturaleza, una donde se invierte el dominio sobre la materia que supuestamente distingue al sujeto moderno; en palabras de Spufford, “the ice becomes authoritative” (37). En tal escenario, la victoria deja de operar como único parámetro de condición heroica, pues conseguirla o no depende más de la *voluntad* ilegible del entorno que de las decisiones propias; así, la gloria pasa a medirse más por la resistencia y los valores que guían el comportamiento del viajero que por el resultado final del viaje, que siempre será *imprevisible*.

En *Captain Scott*, esta presunción del poder ilimitado del entorno es la plataforma desde la cual Fiennes busca explicar la muerte de su biografiado. Es cierto que su tesis se apoya en datos meteorológicos establecidos y en la experiencia de primera mano, pero detrás de estos artefactos de solidez retórica sigue operando la mano invisible de la estética de lo sublime y el fracaso heroico. Como tal —yendo siempre a contracorriente de Huntford—, Fiennes buscará trabajar en dos ejes: 1) justificar el razonamiento tras las decisiones más polémicas de Scott, apoyando la aseveración del mismo explorador en cuanto a que el desastre no se debió a fallas de planificación, y 2) presentar evidencia de las diversas formas en que la suerte y diversos factores fuera de su control le jugaron múltiples malas pasadas, atrapándolo en una compleja maraña de infortunios (*misfortunes*) ante la cual la única victoria posible era la perseverancia hasta el fin y la muerte gloriosa del héroe épico.

En lo que respecta al primer punto, no hay duda que la decisión más discutida y que requiere de más atención es el uso del *manhauling* como método de viaje. Esta elección, que a los ojos de Huntford y de muchos observadores modernos resulta descabellada y obsoleta, en

realidad partía —según Fiennes— del único ejemplo sólido y exitoso de viaje sobre la meseta antártica hasta entonces: “[In 1909], Shackleton and his men made a journey of 1,613 nautical miles...They nearly made the Pole by manhauling, with only four ponies, no skis and no dogs. This was a lesson, the key lesson surely, for Scott to observe in his own planning” (155). Además, lo que le había faltado a Shackleton para llegar al polo habían sido simplemente más raciones de comida, por lo cual Fiennes supone razonable que Scott confiara en conseguir la meta mediante una aritmética sencilla: más alimento y más ponis para ayudar con la carga. Mas inclusive sabiendo que Scott tenía a Shackleton como único ejemplo real de un viaje antártico profundo, el biógrafo subraya que el capitán no llegó a la Antártida en 1910 aferrado al ideal heroico de llegar al polo sin ayuda, como sugieren sus detractores: “His aim was not to manhaul to the Pole. His aim was to reach the Pole by whatever means at his disposal proved most successful when the time came” (180). Estos medios de transporte incluían, además del *manhauling*, diecinueve ponis siberianos, treinta y un perros y —lo más arriesgado de todo— tres prototipos de vehículo motorizado. Según Fiennes, la visión inicial del explorador sobre la expedición Terra Nova era la de inventar y utilizar dichos vehículos como medio de transporte primario sobre la meseta antártica (137); sin embargo, una serie de prototipos fallidos o mediocres, así como el fracaso del francés Jean Charcot en una empresa similar, hicieron que finalmente Scott no confiara en las máquinas más que como un experimento secundario.²² No obstante, el solo hecho de haber considerado una solución tecnológica al problema supuestamente prueba que su proceso de toma de decisiones no estaba tan ligado al deseo de demostrar su

²² Efectivamente, Scott hizo bien en no confiar demasiado en las máquinas, pues una cayó al mar por una grieta apenas comenzada la expedición y las otras sólo ayudaron a cargar provisiones durante las primeras millas del viaje final antes de averiarse. Empero, los prototipos de Scott se consideran antecedentes importantes no sólo de la motonieve moderna sino de los tanques que debutarían en la Primera Guerra Mundial (Fiennes 402).

heroísmo físico como Huntford hiciera ver. Entonces, ¿cómo es que Scott terminó decantándose por el *manhailing* de todos modos?

El relato de Fiennes sugiere que Scott estaba dispuesto a considerar la alternativa de los perros hasta que un incidente ocurrido el 21 de febrero de 1911 cambió su opinión. Yendo de regreso al campamento tras instalar depósitos de comida sobre la barrera de hielo de Ross, Scott quiso ahorrar algo de tiempo cortando una esquina cerca de un campo de grietas, cuyo límite exacto era ambiguo. Fiennes cita del diario de Edward Wilson, quien iba en el equipo de al lado: ““I was running my team abreast of Meares [and Scott], but about 100 yards on his right, when I suddenly saw his whole team disappear, one dog after another, as they ran down a crevasse in the Barrier surface”” (213). Diez de los trece perros del equipo cayeron en la grieta y fueron rescatados por Scott y su conductor Cecil Meares con técnicas de rappel. En específico, los últimos dos perros se habían salido del arnés y estaban varados en un puente de nieve unos veinte metros abajo; éstos fueron rescatados por Scott personalmente tras un periplo de una hora, retrasado por una pelea entre los perros que estaban en la superficie. Citando ahora del diario de Cherry-Garrard, Fiennes sugiere que este incidente, además de la consciencia de problemas similares en la expedición de Shackleton, lo convencieron de no llevar perros al polo: ““Up to this day Scott had been talking to Meares of how dogs would go to the Pole. After this, I never heard him say that”” (214). Curiosamente, el episodio es mencionado en Huntford sólo como un detalle de tres líneas que refuerza la hipótesis de un Scott “imprudente” con el dato erróneo de que los últimos dos perros resultaron perdidos (352).

La otra esperanza de Scott en cuanto a transporte eran los ponis, pero aquí sería truncado por la primera instancia de la inmensa mala fortuna que el relato le confiere. En la madrugada del 1 de marzo de 1911, la llamada lengua glaciario —una característica del terreno cerca del campamento, que había estado allí durante siglos— se fracturó de pronto mientras un equipo de

expedicionarios con ponis dormía sobre el hielo: “By some fateful coincidence Bowers’ group had set out on their disastrous ice crossing... at the worst posible moment” (Fiennes 231). Tres de los cuatro ponis del grupo quedaron perdidos, sumándose a otros tres que habían muerto durante el viaje que terminaba. Éstos eran considerados los animales más propicios, por su buena forma física, para ayudar en el viaje polar de la temporada siguiente, por lo cual su pérdida —si bien fue aligerada por la supervivencia de todos los hombres del equipo— sacudió fuertemente la confianza de Scott: ““He said... that he had no confidence whatever in the motors... He had had his confidence in the dogs much shaken on the return journey, and now he had lost his most solid asset — the best of his pony transport”” (Bowers en Fiennes 229).²³ Por supuesto, en Huntford el incidente es culpa enteramente de las órdenes confusas del líder y la obediencia ciega de sus hombres, mientras que en Fiennes se alega que fue el mismo Bowers quien cambió la ruta sugerida por Scott (223), además de volver a subrayar los riesgos intrínsecos e impredecibles de la exploración polar: “Any travel on sea ice is risky but in many parts of Antarctica, as with Scott’s men..., there is no reasonable alternative” (226). Así las cosas, las opciones de Scott en realidad eran dos: un intento desesperado con los perros, en los que no confiaba, o un avance lento pero seguro con *manhauling* y el resto de los ponis. Puesta de este modo, la elección parece clara, sobre todo dado otro factor que Fiennes se esfuerza en repetir con insistencia: a pesar de la representación competitiva de los hechos en la leyenda popular, para Scott el viaje al polo no era una carrera. Aunque estaba consciente de que el prestigio mayor iría para quien llegara primero al polo, Scott sabía que sus metas científicas, su ruta y su elección de transporte probablemente lo harían más lento que al noruego: ““The proper, as well as the wiser, course for us is to proceed

²³ La expedición originalmente se embarcó con diecinueve ponis siberianos, de los cuales diecisiete llegaron vivos a Antártica. Tras las pérdidas del primer año, diez ponis quedaron vivos para contribuir al viaje al polo del segundo año.

exactly as if this had not happened. [Amundsen] has a shorter distance to the Pole by 60 miles — I never thought he could have got so many dogs safely to the ice... But above and beyond all, he can start his journey early, an impossible condition with ponies” (Scott en Fiennes 219). El biógrafo quiere decir que quizá, si hubiera sabido desde el principio que Amundsen buscaba robarle los reflectores, Scott habría planeado de manera diferente, pero esto fue imposible a causa de los engaños del villanesco adversario. Dada la disyuntiva entre alterar la expedición por ansias competitivas o completarla de manera segura y tranquila, Scott eligió lo segundo, sin saber que su infortunio se extendería mucho más allá de lo común.²⁴

Es aquí donde se cumple el destino del héroe ante lo sublime, sugerido por la nota de Spufford sobre la fotografía. Contrario a la narrativa de Huntford y demás detractores, quienes culpan a Scott —entre otras cosas— por iniciar el viaje demasiado tarde, aduciendo que las temperaturas mortales que encontró a su regreso eran normales para un marzo en la barrera de hielo de Ross, Fiennes busca probar que la partida polar pereció, sobre todo, a causa de un ensañamiento particular de la naturaleza, una anomalía climática que pareciera ejercer su agencia deliberadamente. Como Scott mismo menciona en su *Mensaje al público*, una larga tormenta lo detuvo cerca de 83° sur en el viaje de ida; lo que el explorador no dice —porque no podía saberlo— es que una tormenta de ese tipo, justo allí y en esa época del año es un hecho prácticamente inusitado, como Fiennes aclara de la mano de la Dra. Susan Solomon, científica atmosférica: ““A wet, warm blizzard of such extended duration... has not been yet observed in eight years of December data at [one research station] or in fourteen years [at another]... Scott

²⁴ Otra decisión de Scott justificada en esta versión es la de llevar cinco hombres al polo a pesar de que el espacio en la tienda y las provisiones estaban planeadas para cuatro. A este respecto, Fiennes apunta que Scott estaba obligado a llevar a Wilson por su conocimiento médico y a Bowers por ser el mejor navegador. Dado que cinco personas pueden (en teoría) tirar de un trineo más rápido que cuatro, Scott completó el equipo con sus dos hombres más robustos, Oates y Edgar Evans. La fecha de la decisión no está registrada, pero Fiennes alega que un dibujo de Wilson —hecho en noviembre de 1911, antes de partir— claramente muestra un equipo de cinco, así que el plan bien podría haber sido discutido desde entonces, y no surgido como una ocurrencia momentánea de Scott (303-305).

and his men were the victims of bad luck in this exceptionally severe and prolonged storm” (282). En el viaje de retorno, la situación no haría más que agudizarse, primero por el deterioro y la muerte de Edgar Evans y luego nuevamente por condiciones anómalas en la barrera de hielo: “Here was a place they should expect helpful winds from the south, as had Teddy Evans a few short weeks before... But when the winds came they were mostly from the north... Then suddenly, the temperature plunged with a vengeance” (347). Como Fiennes es capaz de apuntar gracias a su experiencia, el frío excepcional no significa sólo incomodidad en un trayecto sobre la barrera de hielo, sino la formación de cristales en la superficie, los cuales hacen terriblemente laboriosa la fricción de los patines del trineo sobre la nieve (350). De hecho, cada acción física llevada a cabo con tal pérdida de grasa corporal a una temperatura de -40° C es en extremo lenta y pesada de realizar. De nuevo, este factor fue incontrolable, anómalo e imposible de predecir según Fiennes y la Dra. Solomon: “almost every daily temperature they logged was 10° or 20° colder than in an average year” (352). Fue esto —no las innumerables fallas acusadas por Huntford y su séquito— lo que mató a Scott y sus compañeros, y hacerlo responsable de una fuerza natural sublime es sencillamente ignorante, asegura el biógrafo:

The response of the ignorant critic, who has never mounted an expedition, is: ‘Oh, but surely he should have expected the worst...’ I have planned expeditions in hot and cold deserts based on likely weather behavior patterns but always hoping to avoid the catastrophe of a hurricane, major sandstorm or flood. Scott was hit by just such a freak event, before which his team’s ongoing progress was at a rate that would have taken them safely home. (354)

En términos de narrativa heroica, los efectos de esta argumentación son profundos: Scott no sólo queda libre de culpa, sino que para efectos prácticos es convertido en el héroe victoriano perfecto, un carácter lleno de empuje y determinación quien *mereció* la victoria, pero es aplastado por el peso inmisericorde de los elementos desbordados, esa naturaleza sublime en donde “lo que obedecía ya no obedece” y el sujeto humano es despojado de agencia (Spufford 37).

El escenario queda así listo para el último acto: la consumación de la muerte gloriosa. Primeramente, para Fiennes el hecho de que Scott haya pasado sus últimos momentos escribiendo un torrente de notas, cartas y entradas de diario no es una muestra de debilidad ni de heroísmo vano, sino la suprema demostración de la “voluntad de hierro” que fue su marca desde la juventud: “That Scott should have had the mind and the strength to think and write clearly for at least six or seven days [without heat, food or water] shows above all, to repeat Cherry-Garrard’s words, ‘the immense shove of the man’” (371). Puede ser que el talento literario de Scott sea efectivamente su mayor legado, pero no porque lo utilizara para regodearse en la imaginación de su propio heroísmo trágico, como asegurara Huntford, ni porque supliera sus falencias como explorador, como insinuara Max Jones. Para Fiennes, la escritura ante la muerte resulta más bien una extensión confirmatoria de los valores heroicos demostrados durante la trayectoria de Scott,²⁵ sin importar que ésta terminara en desastre, pues el desastre se encuentra siempre dentro del horizonte de posibilidad para un explorador; no comprenderlo es malinterpretar desde el principio las reglas del juego. Es más, para el *ethos* postulado y practicado por Fiennes como expedicionario y como escritor, ni siquiera apegándose al pragmatismo más estricto puede decirse que Scott haya fracasado; de hecho, es él —no Amundsen— quien ha sido la semilla para la continuación del linaje de la exploración polar, el cual, por supuesto, incluye al mismo biógrafo: “Today’s polar trophies go to those who reach their goals by the toughest means, unsupported by outside contrivances... Scott, on this basis, had achieved more than Amundsen” (376). Y más adelante:

²⁵ Una de las síntesis más elocuentes de dichos valores fue expresada por el Club Universitario de Nueva York en un comunicado de pésame para la viuda de Scott, la escultora Kathleen Bruce: “an example of the truest type of manhood inspired by thorough unselfishness to Friends, superb endurance in time of peril, unconquerable patriotism and unswerving devotion to duty” (en Barczewski 213).

What exactly constitutes failure depends upon how you or I wish to define such an artificial concept... Did Scott fail because, like Mallory on Everest, he died without returning to base? Hardly... Shackleton and Amundsen were to die on ventures that failed... Scott died on one of his expeditions having successfully reached his goal. (400)

Más allá de si uno está de acuerdo o no con este juicio, la perspectiva de Fiennes aporta información valiosa acerca de la mentalidad heroica tal como opera en la figura del explorador hasta nuestros días: mientras que para un observador externo el sentido común erige la preservación de la vida como el valor supremo, el explorador heroico acepta las premisas de la épica: cuida la vida en tanto que ello le permite conseguir la meta, pero acepta morir luchando si las circunstancias y la fortuna no caen de su lado. Del mismo modo en que la Antártida es representada habitualmente como el borde del mundo, el lugar donde todo acaba, su exploración es asimismo una práctica que lleva al límite todo valor común —la resistencia, la fuerza, la perseverancia—; es una apuesta *todo o nada* en el campo de lo sublime y no puede ser medida con los parámetros de lo ordinario. Es la validez y la supervivencia de tal visión y tal linaje la que está en juego —tanto como la reputación individual de Scott— en la biografía de Fiennes.

CAPÍTULO IV

La decadencia del Imperio Británico frente a la leyenda heroica del capitán Scott

[It] is precisely these values of right and wrong, of good and evil, of honesty and courage, which matter supremely for religion and national life... moral values, eternal in their quality, transient in their form and application, are the foundation of a country's greatness.

—Stanley Baldwin, tres veces primer ministro del Reino Unido, 1923-1937

Hasta ahora hemos establecido la continuada relevancia del capitán Robert Falcon Scott como el eje de diversas narrativas de redefinición o revalorización de una cierta idea del heroísmo romántico, la cual se relaciona con vetas conceptuales como el enfrentamiento a lo sublime, la dualidad fracaso/victoria o el deber ante la nación, creando un híbrido que es particular a la cultura británica. En específico, a través de la lectura de dos biografías del explorador, producidas a finales del siglo XX y comienzos del XXI, hemos sugerido que la historia de Scott y su última marcha sigue siendo un territorio en disputa, donde se enfrentan posturas opuestas tanto en torno a los hechos como al concepto específicamente británico del *heroic failure* y su supuesto rol en la caída del Imperio. Sin embargo, resta dilucidar de dónde surgió este debate y por qué sigue resonando.

En este cuarto apartado buscaré teorizar las implicaciones para los estudios literarios y biográficos de la relación del Reino Unido (post-1945) con ciertos estandartes heroicos de su pasado —como el capitán Scott— en tanto que fantasmas de la era Imperial: visitantes no siempre bienvenidos, cuyo recuerdo despierta potencias afectivas como la nostalgia, la culpa o el arrepentimiento, todas legibles en las biografías analizadas. En concreto, planteo que el trabajo

biográfico de Roland Huntford aplica al caso específico de Scott un marco de interpretación sociohistórico bastante extendido en el Reino Unido de los años 1960 y 1970, cuyo objetivo principal era diagnosticar las causas del colapso del proyecto imperial y de su estatus como superpoder global en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Conoceremos esta corriente de pensamiento como *decadentismo* (*declinism*). Como veremos, las obras y los enfoques que pueden ser descritos como ampliamente decadentistas son muchos y variados, pero sus listas de factores culpables acusan una fuerte consistencia; en específico, se suele culpar al sistema educativo de las eras victoriana y eduardiana de instilar en sus alumnos una combinación de romanticismo, moralidad cristiana rígida y desprecio por los asuntos “del mundo real”, como las finanzas, la ingeniería y la ciencia, dando como resultado una cultura institucional mal adaptada a los desafíos del siglo XX. En resumen, la lectura decadentista del colapso imperial británico se basa en el diagnóstico de un *carácter nacional* corrupto, paralítico, abstraído y antimoderno, acusaciones transparentemente similares a las de Huntford sobre el capitán Scott. Dada la gran popularidad de esta versión de los hechos sobre el explorador, las revisiones posteriores de su biografía —como la de Fiennes y otras más recientes— suelen operar como respuestas directas o veladas a Huntford, y por lo tanto responden también (incluso sin saberlo) a la crítica decadentista del carácter nacional y el trayecto de la historia británica reciente.

Por supuesto, esta dinámica ha convertido la conversación sobre Scott en un *loop* constante de modelos heroicos y antiheroicos que muy posiblemente ha nublado el aspecto humano del biografiado: “Such recent works have played an important role in rescuing Scott from music-hall villainy. But they are also locked in dialogue with Huntford, doomed to revolve in an endless revisionist cycle” (Jones en Scott xl). Según defiende, esto se debe a que el verdadero trasfondo del inacabable debate biográfico sobre Scott no es tanto la simple historia de un marino periculado en el hielo antártico, sino la visión retrospectiva de Gran Bretaña sobre el

colapso de su poder y la dura imperativa de reconstruir su identidad en el presente a partir de fantasmas y herencias problemáticas, como Scott y la noción del fracaso heroico. Después de todo, la principal función de la narrativa heroica siempre ha sido ésta: el aglutinamiento de comunidades alrededor de identidades valorizadas, que se personifican en las figuras heroicas. Por lo tanto, cuestionar el valor de una figura heroica es cuestionar los valores identitarios de la comunidad; es natural que haya un enfrentamiento encarnizado.

A continuación, llevaré a cabo una revisión somera de la corriente de pensamiento británica que he dado en llamar decadentismo, con la meta de otorgarle una definición, trazar sus fronteras y alcances interpretativos. En particular, me centraré en la relación de cierto decadentismo de derechas con el proyecto político del thatcherismo, así como su aparente postura nostálgica hacia la época imperial, cuyos ecos siguen reverberando hasta hoy en actos británicos de excepcionalismo como el famoso *Brexit*. Una vez lograda esta definición, pasaré a analizar el debate heroico y antiheroico alrededor de Scott evidenciado en las dos biografías estudiadas a la luz de la crítica social de dicho decadentismo, apoyándome sobre todo en uno de sus tres más grandes exponentes: el historiador militar Correlli Barnett. A lo largo de dicho análisis, mantendré en la mira una cuestión eje, quizá la más importante de este proyecto: cuando se defiende o se busca sepultar la reputación de Robert Falcon Scott por medio de la literatura biográfica, ¿qué idea sobre Gran Bretaña es la que se enarbola o se repudia? ¿En qué aspectos del país contemporáneo logra resonar hoy una figura aparentemente tan arcaica y anacrónica como la de un capitán enterrado en la nieve desde hace un siglo?

El decadentismo de derechas

En su estudio del fracaso heroico como tropo cultural de lo británico, Stephanie Barczewski menciona de forma pasajera que “algunos estudiosos” han detectado una relación malsana entre la fascinación nacional con las derrotas sublimes y la innegable decadencia del proyecto imperial británico tras la Segunda Guerra Mundial:

Some scholars have even gone so far as to *blame* the celebration of heroic failure, or at least the values with which it is associated, for Britain’s decline. In *The Collapse of British Power* (1972), Correlli Barnett attacked what he saw as the toxic effect of the British public-school ethos, which emphasized complacency, mediocrity and moral idealism over pragmatism, hard work and self-interest. In Victorian Britain, he argued, displaying a gentlemanly character became more important than manufacturing goods or winning wars. (8)

Por su parte, Richard English y Michael Kenny han dedicado varios artículos y obras a identificar de manera más profusa y coherente quiénes son estos “estudiosos” de la decadencia; de qué fuentes ideológicas provienen, qué proyectos políticos buscan rechazar o defender y cómo ha operado su influencia en la discusión sobre la identidad cambiante del Reino Unido. Según su exposición, el decadentismo se define a grandes rasgos como una tendencia británica a enfrascarse en percepciones de su propio declive, diagnósticos de su condición y sus causas, así como la reivindicación de proyectos para su reparación (260). Su nacimiento como fenómeno social puede localizarse justo en una de las épocas más atacadas por decadentistas posteriores: la segunda mitad del siglo XIX, cuando algunas voces comenzaron a preocuparse por la lentitud de la modernización militar e industrial del Imperio en comparación con Alemania y EE.UU. Sin embargo, English y Kenny encuentran que es tras la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial que el decadentismo moderno comienza a alcanzar su esplendor: “it was following the Second World War that the phenomenon took on a distinctively urgent and powerful form. In the

1950s and early 1960s, this was mediated through debate about living standards, the sterling area and Britain's failing relative performance" (263).

En términos ideológicos y temáticos, el decadentismo no es un debate estable ni delimitado; sus premisas, objetos y propuestas suelen variar dependiendo de la época y las creencias políticas. Aunque actualmente suele pensarse que las corrientes de pensamiento que involucran una nostalgia por un estatus perdido son propias de los movimientos reaccionarios de derecha, el Reino Unido del siglo XX vio ascender críticas decadentistas provenientes de todo el espectro político. Por ejemplo, los intelectuales de izquierda vagamente identificados bajo el mote *New Left*, entre los cuales se contaban Tom Nairn y Perry Anderson —editor durante veinte años de la revista *New Left Review*—, hilvanaron durante la década de 1960 una narrativa decadentista que sigue en boga hasta hoy en círculos socialistas y marxistas. A saber, su posición era que el Reino Unido nunca vivió una verdadera revolución de la burguesía, por lo que la aristocracia *absorbió* la potencial fuerza subversiva de los sectores sociales ascendentes durante la era victoriana, con consecuencias catastróficas para la modernización del país en el siglo XX:

Consequently, the aristocracy had absorbed the emergent industrial bourgeoisie from the early 19th century onwards, and had ruled within a state form that remained *ancien régime* in character... the advantages that had once rendered Britain the leading economic and military power during the industrial revolution turned into features that constrained progress once new competitors appeared on the international scene in the late 19th century. By the 1960s, the incapacity of the British state to modernise its institutional and constitutional architecture was seen by Anderson and other New Left intellectuals as a clear indication of the pathology. (English 265)

Como podemos ver, la adopción de una perspectiva decadentista no requiere nostalgia por los sistemas gubernamentales de antaño —ni la monarquía absolutista ni la colonización imperial son del agrado de Anderson y la *New Left* como modelos—, pero sí implica la creencia de que Gran

Bretaña se encontraba de algún modo en una posición históricamente privilegiada,²⁶ que contaba con un potencial considerable y todos los elementos para *vencer* (desde cualquier perspectiva narrativa de la historia que se elija), pero que algo en su *ethos* se corrompió en el camino (casi siempre se apunta al siglo XIX victoriano como el punto de inflexión), lo cual condujo a un siglo XX de estancamiento y desarticulación.

Mas a pesar de la variedad de ideologías que han sido puntos de partida para las críticas decadentistas del siglo XX británico, es innegable que la vertiente más exitosa en cuanto a difusión textual y popular efectivamente ha sido aquella que podemos describir como derechista, justo la que Barczewski identificara como enemiga acérrima del *ethos* romántico encarnado en el tema del fracaso heroico. El historiador económico W. D. Rubinstein agrupa los argumentos decadentistas de este tipo bajo el nombre de “crítica cultural” (*the “cultural critique”*) y resume sus ideas principales de la siguiente manera:

British culture in its various manifestations and institutions was (and is) anti-industrial and anti-business. The chief mechanism for the intergenerational transmission of anti-business values is the British educational system, especially the fee-paying public schools and the universities... The traditional and central aim of the public schools and the older universities —especially the former— was to produce the ‘English gentleman’, a well-rounded amateur who was ill-equipped for the rough and tumble of business life and who, in any case, regarded business life and the pursuit of profit as vulgar... British culture was anti-business and anti-industrial in other important ways. It was pervasively anti-urban... governing elites [looked] backward to the pre-industrial landed aristocracy and to the landed gentry as the ideal, and to rural life as inherently better than urban life. Britain’s traditions were, in many cases, hopelessly unmodernised. (2)

Este decadentismo derechista, entonces, plantea un problema eminentemente social y pedagógico; un supuesto proceso de adoctrinamiento ligado al sistema escolar (sobre todo a partir

²⁶ Como ya comenzamos a ver en el estudio de la biografía de Huntford y reiteraremos más adelante, este momento histórico privilegiado usualmente se localiza en el siglo XVIII y la era napoleónica, periodo idealizado como un oasis del racionalismo y la innovación, y alcanza su auge con la victoria en Waterloo.

de 1840), el cual atrofió la capacidad de varias generaciones de hombres británicos para aprehender las realidades de su tiempo y liderar al Imperio “hacia el progreso” (entendido como el reino de la industrialización, el libre mercado y la primacía de la creatividad individual sobre la organización colectiva). Es decir, más allá de los desatinos concretos en cuanto a política pública o económica, esta corriente comprende el declive del Reino Unido como un error cometido en el plano formativo, en la instilación de valores e ideas perjudiciales para el *carácter nacional*. Según Rubinstein, ésta es la particularidad que distingue a esta ola de decadentistas de los intentos anteriores de advertir o criticar el declive imperial: “it is very difficult to identify a work which specifically links Britain’s distinctive culture, and its roots in Britain’s peculiar class structure, to its economic decline before the 1960s” (16).

En cuanto a los fundamentos básicos de la crítica decadentista al sistema educativo y el carácter nacional británico desarrollado en el siglo XIX, los tres exponentes más célebres de la corriente ofrecen diferentes matices del mismo diagnóstico. En orden cronológico, el primero es el periodista Anthony Sampson, cuyo *Anatomy of Britain* (1962, con múltiples reediciones, revisiones y secuelas) busca ser una disección crítica de las clases gobernantes y sus bemoles. La tesis original de Sampson —“[that] the British ‘Establishment’ [is] hopelessly reactionary, atavistic, class-ridden, and thoroughly inadequate, consistently ill at ease with the contemporary world of high technology and rational innovation” (Rubinstein 17)— se fundamenta sobre todo en la observación del notable nepotismo y cerrazón de las élites, un ambiente donde la mayoría de la clase gobernante provenía de las mismas escuelas y círculos sociales. Para Sampson, la vida política británica estaba plagada de instituciones de gran belleza ritual —como la Cámara de los Lores y las viejas universidades *Oxbridge*—, completamente inadaptadas al siglo XX y perpetuadas en primer lugar porque las élites seguían surgiendo de ellas, pero también porque el

carácter británico sencillamente “prefiere lo viejo” (es decir, que el país conservaba un temperamento sentimental, nostálgico):

The dominating presence of the Victorians is enhanced by the traditional British habit of preferring to honour the old institutions, with their pageantry and rigmaroles, rather than the new more powerful ones.... The gap between pomp and power, between the ‘dignified’ and ‘efficient’ parts, is an immemorial British trait. (en Rubinstein 47)

Como resultado de esta dinámica, Sampson apunta un rezago en el rendimiento británico respecto al de las potencias de la guerra fría, el cual propone atacar mediante programas acelerados de modernización institucional e industrial (18).

Una década después, el historiador militar Correlli Barnett extendería esta crítica por medio de diversos proyectos de investigación que ya no solamente buscan diseccionar a la clase política, sino explicar y lamentar de forma narrativa el fin del Imperio Británico como superpoder global. La mirada de Barnett también se enfoca en las instituciones educativas y la herencia temperamental victoriana como factores para la creación de una cultura estancada y antimoderna. Sin embargo, mientras que la crítica de Sampson al romanticismo era más bien implícita, Barnett lo acusa directamente, atribuyéndole la estructura de valores que causaría una llamada “revolución moral” en el siglo XIX:

The revolution had begun to gather momentum in the late Georgian age; a *peculiarly English* manifestation of the romantic movement... to value feeling above calculation or judgement... [the romantic’s] emotions governed their thoughts and actions, inspiring visions of the noble and the ideal which *freed them from the limitations of the world as it was, and human nature as it was.* (Barnett 21, cursivas más)²⁷

²⁷ Conviene señalar que el uso del término “romántico” y sus derivados en fuentes decadentistas no se ciñe del todo a los preceptos de la academia literaria. En concreto, muchas veces se usa el término para nombrar en tono acusatorio casi cualquier instancia de supuesta idealización o ingenuidad por parte de la clase gobernante, y no en referencia explícita al movimiento artístico comenzado en el siglo XVIII y continuado en Inglaterra a lo largo del XIX. Sin embargo, este uso un tanto caótico del término sirve en sí mismo para demostrar los ecos y las redefiniciones revisionistas de “lo romántico” a lo largo del siglo XX.

Para Barnett, el romanticismo operó de manera similar a una epidemia transmitida por medio del sistema escolar, sobre todo las *public schools* de élite, cuyas tendencias alrededor de 1830-40 él entiende como una influencia antimoderna y antiempírica que terminó por separar a los estudiantes ingleses de la realidad misma. Para sustentar esta imagen Barnett realiza un retrato del educador anglicano Thomas Arnold —director de la escuela privada Rugby entre 1828 y 1841—, a quien responsabiliza del cariz moralizante del sistema educativo victoriano: “Religion for Arnold, as for the rest of his generation, meant ‘...nothing less than a system directing and influencing our conduct, principles and feelings’... Christian morality was thus very much more important than, for example, scientific knowledge” (25). La implicación es que, dado el enfoque moral de la educación arnoldiana, los cambios técnicos y las amenazas geopolíticas del siglo XIX no penetraron la conciencia de las élites responsables de dirigir los esfuerzos militares, políticos, sociales y económicos de la nación en décadas venideras:

The growing threat of other nations to British predominance... did not lead to a comparative examination... of the strategic and industrial foundations of British power [but merely] to an uncritical patriotism... other great powers were looked upon rather as rival schools, to be humbled by ‘pluck’ and team spirit. (32)²⁸

La teoría de Barnett tiene bastante en común con aquella de los intelectuales de la *New Left*, pues asevera que, gracias al surgimiento de cientos de pedagogos imitadores de Arnold durante la era victoriana, la vieja aristocracia y *landed gentry* absorbieron a las clases medias ascendentes mediante la educación en los valores del *Christian gentleman* (24): la bondad, el estoicismo ante el sufrimiento, el cumplimiento del deber y demás constructos encarnados en la noción del

²⁸ Es digno de notar que los deportes de equipo también fueron adoptados con fervor por las *public schools* de espíritu arnoldiano, sobre todo a partir de 1860, a pesar de que Arnold mismo nunca fue su gran partidario. El objetivo era precisamente reforzar valores que se creían útiles en el campo de batalla y en la vida nacional, cuya relación con el *ethos* del héroe romántico-sublime es plenamente identificable: “[they] trained boys to obey (and later to give orders); they subordinated the individual to the team effort; and they instilled stoicism in the face of pain and discomfort” (Tosh 198). Véase la nota 25 del capítulo III, donde un club de universitarios elogia los valores casi idénticos de la historia de Scott.

fracaso heroico. La diferencia es que, mientras Anderson y la *New Left* acusan allí la pérdida del potencial revolucionario burgués, Barnett y la derecha decadentista más bien lamentan la merma de la pujanza industrial/imperial del siglo XVIII, una supuesta edad de oro cuando las clases gobernantes y adineradas eran “men hard of mind and will. Agressive and acquisitive” (20).

Por su parte, el académico estadounidense Martin J. Wiener insiste en subrayar el problema de la asimilación de clases en su obra de 1981 *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit, 1850–1980*, donde enfatiza el supuesto influjo adormecedor de la adquisición de tierra sobre el espíritu de las clases medias ascendentes, además de su contribución al ideal del *gentleman* que Barnett relacionara con las *public schools*:

‘[Landowners] did not acquire their land in order to develop it, but in order to enjoy it’, observed H. J. Habbakuk. The adoption of a culture of enjoyment by new landowners and aspiring landowners meant the dissipation of a set of values that had projected their fathers as a class to the economic heights, and the nation to world predominance. In its place, they took up a new ideal—that of the gentleman... Through these mechanisms of social absorption, the zeal for work, inventiveness, material production and money making gave way within the capitalist class to the more aristocratic interests of cultivated style, the pursuits of leisure, and political service. (en Rubinstein 45)

Según Wiener, al tiempo que las partes privilegiadas de la clase media se integraban a la clase alta, sufrían un cambio de mentalidad que los llevaba a idealizar el refugio campestre de sus tierras adquiridas y despreciar la urbanidad industrial, donde residía la fuerza real del Imperio. Para el académico, esta dinámica supuso una traición a los valores y al potencial de la Revolución Industrial: “The nation that had been the mother of the industrial revolution was now uneasy with its offspring. The class that had reared industrialism seemed to wish to deny its paternity” (46).²⁹ Podemos ver cómo emerge de nuevo la noción de que el Imperio se encontraba en una posición

²⁹ Nótese la imagen de un linaje truncado. Sin duda, la “crítica cultural” de autores como Wiener y Barnett implica un rechazo a cualquier figura heroica surgida del supuesto romanticismo antimoderno, pues tal héroe sería el producto de una genealogía de valores “corruptos”, tal como dice Huntford sobre Scott.

histórica inmejorable y la perdió como resultado de una tergiversación cultural amplia durante la era victoriana, la cual puede definirse a grandes rasgos como la imposición de la moral y el idealismo sobre la razón fría y el pragmatismo de eras anteriores. También podemos notar cómo a través de estos autores se conforma una visión decadentista específica, de postura abiertamente capitalista y hasta proimperial, pues no sólo lamenta la *stasis* institucional de la nación (como hiciera la *New Left*) sino que hace del poder colonial perdido un objeto de verdadera nostalgia, un paraíso perdido.

Entonces, tenemos que Sampson (desde la política), Barnett (desde lo militar y la idea amplia del “poder”) y Wiener (desde la economía) coinciden en que el siglo XIX británico fue el sitio de un giro cultural —Barnett lo llama “revolución moral” y Wiener, “espíritu anti-industrial”— que hizo al Imperio reacio a la modernización institucional, tecnológica y financiera que caracterizó a naciones como Alemania y EE.UU. durante el mismo periodo (Rubinstein 47). El objetivo de los decadentistas de derecha es crear una narrativa histórica de claros y oscuros evidentes, con villanos fácilmente ubicables, para explicar los descabros que fueron minando el poder británico hasta su colapso: las guerras bóer, el involucramiento en la Primera Guerra Mundial, el fracaso de la Liga de las Naciones, la tibia política del *apeasement* ante el surgimiento de los dictadores fascistas, la lenta reconstrucción económica tras la Segunda Guerra Mundial, la crisis de Suez, etc. El consenso decadentista acerca de la asimilación de clases y el influjo moralizante del sistema educativo ayudó a unificar en el imaginario colectivo una narrativa sobre la trayectoria histórica de la nación, la cual contribuyó a legitimar el surgimiento del conservadurismo neoliberal tanto ante las masas como ante las cúpulas políticas.

En efecto, una de las particularidades de este decadentismo ha sido su gran capacidad de alcance: “The general, accesible, non-specialist quality so often characteristic of declinist writing widens the potential appeal of (and the posible audience for) intellectuals’ arguments” (English

267). Así, no es de sorprender que el proyecto político thatcherista —autocomprendido como una cruzada de reconstrucción económica, pero también una reconsideración de los valores culturales de la nación— encontrase aliados retóricos en argumentos como los de Barnett y Wiener:

Margaret Thatcher's pursuit of national recovery, guided by hostility to a supposedly consensual collectivism, made her the most salient political actor to engage in declinism during this period... she made decline and redemption central to her political self-understanding... The Thatcherite attempt to change a perceivedly pervasive antibusiness prejudice in Britain, and to resurrect a once vibrant 'enterprise culture', borrowed from and resonated with the arguments of some intellectuals prominent in decline debates. Martin Wiener's *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit* (1981) provides an example... Similarly, Correlli Barnett's declinist theses were employed by Conservative politicians who sought a long-term change from what they saw as policies and attitudes that had caused British decline... Thatcherites sought to uproot practices and to challenge institutions which had, in their view, exacerbated 'the British disease'. (264)

Ni siquiera debe entenderse esta relación como una de paralelismos velados: fue una apropiación abierta. Por ejemplo, es bien conocido que Sir Keith Joseph —múltiple Secretario de Estado en el gobierno de Thatcher— le regaló una copia de *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit* a cada miembro del gabinete. Tanto para los decadentistas como para el partido Conservador de los años 70, “making Britain great again was clearly conflated with the idea of returning England to great-nation status” (271). Llegada la década de 1990, esta visión decadentista se había convertido en una ortodoxia popular, la cual comenzó a generar respuestas y refutaciones por parte de académicos especializados cuyo trabajo pocas veces alcanzó una fracción del eco popular y político obtenido por Barnett, Wiener o Sampson (269). Y es que la popularidad de la “crítica cultural” decadentista está inscrita dentro de la historia más amplia de la nostalgia hacia el Imperio, gracias a su narrativa excepcionalista sobre paraísos perdidos y su deseo explícito de regresar a un estatus de superpoder global, lo cual sigue siendo una postura atractiva para sectores amplios de la población británica (sobre todo sectores blancos e ingleses). No se trata

sólo de hacer un recuento desinteresado de los daños, sino de revigorar el supuesto “espíritu industrial”, la fuerza económica y bélica de la nación. En palabras de Barnett, su proyecto sostiene la esperanza “that England may yet prove stronger than the storms” (en *English* 272).

Irónicamente, este decadentismo —un movimiento dedicado a señalar fallas en el edificio imperial, en ocasiones de manera radical y violenta— termina por lograr algo similar a aquello que la visión del romanticismo y el fracaso heroico hicieron durante la época victoriana: justificar la existencia del Imperio, hacerlo ver como un constructo inevitable y hasta deseable en términos éticos. Pero allí donde los victorianos, según Barczewski, buscaban suavizar la imagen del Imperio como un gran monstruo arrollador, invencible y despiadado infundiéndole la moral del *gentleman* cristiano, los decadentistas más bien toman una postura amoral, donde el Imperio sencillamente existe como un eslabón en la cadena infinita de dominación entre culturas. Basta notar el ataque de Correlli Barnett a la obra *Imperialism: A Study*, publicada en 1903 por el economista J. A. Hobson, que el autor decadentista caracteriza como “el mejor resumen del internacionalismo romántico victoriano-eduardiano” (46). La tesis de Hobson —que el imperialismo subsistía de la explotación económica de regiones “primitivas” y no podía conducir sino a la guerra entre poderes coloniales, por lo cual era un sistema hipócrita e inmoral— resulta deleznable para Barnett por ser “[opposed to] the post-Darwinian (or Hobbesian, or Clausewitzian or Marxian) view that struggle was natural and inevitable and that different human groups would always go on expanding and contracting in power or territory” (46), perspectiva que el decadentista entiende como una verdad evidente: los imperios son inevitables, ¿por qué no aceptarlo y buscar ser el gobernante antes que el gobernado? Cualquier objeción al respecto construida sobre bases morales es descartada por Barnett como una muestra de idealismo, un síntoma más de la temida “*British disease*”:

Hobson, like many others who saw international relations in idealistic terms, looked forward to the growth of world courts and congresses which would settle disputes between nations in a peaceful manner. Hobson thus spans the mid-Victorian vision of a world pacified by free trade and the post-Great-War faith in the League of Nations. He is a classic example of the romantic approach to foreign affairs, in that his argument is founded less on deduction from the evidence of real life than on an apparent refusal to accept it; an argument founded instead on optimistic assumptions. (47)

Podemos ver cómo surge de nuevo la supuesta oposición entre los valores del romanticismo victoriano y la “realidad”, entendida ésta como la ley del más fuerte y la imperativa de vencer al otro en términos prácticos, ya sea en la economía o la guerra. El decadentismo de derechas no se trata, entonces, de una crítica al proyecto imperial, sino solamente a su gestión; una crítica llevada a cabo con el anhelo de revertir la tendencia y de volver a ocupar la posición dominante.

Evidentemente, ya ha pasado bastante tiempo desde el ascenso histórico del thatcherismo-decadentismo. Sin embargo, no puede considerarse que el presente británico (sobre todo el inglés) se encuentre libre de su sombra. Si el decadentismo de derechas implica una actitud benévola ante la dominación imperial, ¿qué significa que su punto de vista se haya transformado en *vox populi*, como mencionamos hace unas páginas? Según datos reportados hace dos años por *The Guardian*, 30% de la población británica cree que sus colonias se beneficiaron por ser parte del Imperio, mientras que 32% se enorgullece del Imperio (contra 19% que se avergüenza). Asimismo, los británicos —sobre todo quienes se dicen votantes del Partido Conservador— son más proclives que los franceses, los italianos, los belgas, los alemanes y los japoneses a admitir el deseo de que su nación vuelva a tener un imperio (Booth). Como es usual, no obstante, las ideas nuevas no reemplazan exactamente a las viejas, sino que se imprimen sobre ellas formando estructuras compuestas, palimpsestos ideológicos contradictorios por momentos. Como tal, esta nostalgia conservadora por el Imperio no ha desplazado por completo las narrativas románticas-

heroicas de la era victoriana, tan criticadas por el decadentismo, sino que parece haberse mezclado con ellas en el discurso de diversos líderes conservadores:

The trade secretary and ardent Brexiteer Liam Fox declared three years ago: “The United Kingdom is one of the few countries in the European Union that does not need to bury its 20th century history”. His fellow Brexiteer Michael Gove, as education secretary, proposed a history curriculum that was an exercise in British self-congratulation when he sought a “clear narrative of British progress with a proper emphasis on heroes and heroines from our past”. (McGreevy)

El mismo Boris Johnson, actual primer ministro, ha descrito el colonialismo británico en términos explícitamente románticos, como una historia de “*wanderlust*” impulsada por el comercio, la diplomacia y el emprendimiento; la narrativa de “una pequeña isla que trata de hacer el bien en el mundo” (El-Enany). Así, el conservadurismo contemporáneo propone una doble nostalgia hacia el Imperio: 1) una influenciada todavía por el moralismo victoriano y su gusto por los héroes, la cual se aferra a creer que su Imperio no fue tan malo como los demás, y 2) una tocada por el thatcherismo y el decadentismo, que entiende el surgimiento de imperios como algo inevitable, se enorgullece de haber estado del lado vencedor y busca regresar a la prominencia reafirmando su excepcionalismo y reviviendo su “industria” y “espíritu de emprendimiento”.

No hay mejor ejemplo al respecto que el famoso referendo del *Brexit*. Teniendo en mente el desprecio de los decadentistas por la Liga de las Naciones, las cortes y los entes políticos internacionales, descritos por Barnett como meras ingenuidades optimistas, no es sorprendente que el conservadurismo británico (sobre todo inglés) buscara salir de la Unión Europea, que siempre ha visto como una afrenta a su soberanía nacional. En palabras de Nadine El-Enany, el discurso de quienes propusieron salir de la UE en 2016 evidenciaba una tendencia a *romantizar* la era imperial, a hacerla moralmente deseable, al tiempo que mostraban amnesia por sus detalles cruentos (la nostalgia #1), mientras que el slogan “*Let’s Make Great Britain Great Again*” —de

clara influencia trumpista— delata el anhelo de volver al estatus de superpoder global, a la posición dominante donde “*Britannia ruled the waves*” (nostalgia #2).

Así pues, encontramos que la reevaluación del legado cultural y de la posición geopolítica del Reino Unido realizada por los decadentistas de derecha sigue vigente hasta nuestros días en el pensamiento político de la nación, donde se enfrenta y se mezcla de maneras inquietantes con la misma herencia victoriana que ha criticado. Con esto en mente, regresamos a la lectura de las dos biografías previamente analizadas, con el objetivo de visibilizar los rastros de la constelación de ideas apenas trazada en su manejo de la figura de Robert Falcon Scott, valorando su peso en la tradición literaria-biográfica del personaje y de su tiempo.

Robert Falcon Scott ante el decadentismo: una batalla incesante

Una vez establecido que el pensamiento decadentista de derechas era una presencia real y coherente en el entorno cultural de Gran Bretaña *circa* 1979, la fecha de publicación de *Scott and Amundsen*, podemos realizar una nueva consideración de las acusaciones hechas por Roland Huntford al capitán Scott. En concreto, propongo que *S&A* es un proyecto escritural decadentista, pues usa el género de la biografía para aplicar a una sola figura toda la fuerza del diagnóstico derechista sobre los males de la era victoriana-eduardiana. No existe evidencia textual de que Huntford leyera a decadentistas como Sampson o Barnett antes de 1979, pero algunas coincidencias resultan más que intrigantes. A saber, en *The New Totalitarians*, su crítica de 1972 al sistema de gobierno socialdemócrata en Suecia, Huntford plantea ideas que no estarían fuera de lugar en *The Collapse of British Power*, publicado por Barnett ese mismo año. En específico, Huntford comparte la tendencia decadentista a desconfiar de todo colectivismo, el cual le parece una creación utópica e ingenua de la izquierda: “One of the gravest obstacles to the fulfilment of

Utopia has been the development of individuality. [But in Sweden] the concept of individuality and the development of personality have been grossly retarded down the centuries... Sweden has remained a country, not of individual citizens, but of groups and guilds” (34). En consecuencia, su estudio toma posiciones afines a la derecha thatcherista-decadentista, como dedicar un capítulo a teorizar cómo el sistema de pensiones es una herramienta de control social y otro a criticar el sistema educativo público, visto como un método de adoctrinamiento para la obediencia y la sumisión del individuo al grupo, del mismo modo que la educación victoriana instiló valores como el sacrificio por la nación y el *team spirit* en Gran Bretaña. Incluso coincide con Barnett al invocar a Thomas Arnold: “The character of the age, the nature of society and the ambitions of its rulers will naturally affect the specifications [of education]... For Victorian England, Dr Arnold gave his celebrated definition of schooling as the production of ‘a Christian, a gentleman and a scholar in that order’” (204). Además, la biografía de Huntford debe gran parte de su popularidad a la misma razón que los escritos decadentistas según English y Kenny: el énfasis en la creación de una narrativa convincente y digerible por encima del rigor académico. Huntford es un escritor creativo, no un especialista, y él mismo admite que su conocimiento polar es enteramente imaginativo; en una entrevista de 1996, cuando se le preguntó si quisiera visitar Antártica, respondió: ““No. These are landscapes of the mind, you see”” (en Fiennes 418).

Así pues, no sorprende que *Scott and Amundsen* fundamente su argumento sobre críticas culturales casi idénticas a las decadentistas. En concreto, si se relaciona el relato de la vida de Scott urdido por Huntford con la lectura del carácter nacional propuesta por Correlli Barnett en *The Collapse of British Power*, encuentro que esencialmente todos los puntos clave de la biografía se corresponden con preceptos decadentistas.

Comenzando por los linajes del explorador, las representaciones de Huntford del entorno familiar de Scott como sobreprotegido (*sheltered*) pueden leerse como referencia a una de las

tesis decadentistas más estables: que la prosperidad “ganada” por la nación en el siglo XVIII fomentó la debilidad de generaciones posteriores mediante la ya mencionada absorción de las clases medias a los valores de la aristocracia. Para muestra, léase la descripción sardónica que hace el biógrafo del padre de Scott, recordando que la familia del explorador provenía de militares que adquirieron tierra en Devon: “Behind *the paterfamilias immersed in the characteristic English middle-class pastime of playing the country gentleman* was a quiet, morose, anxious man” (111, cursivas mías). Podemos ver cómo la adquisición de tierra es vista por Huntford de manera consistente con los decadentistas, como un factor que propicia el aislamiento y el ocio, así como la ilusión de la superioridad de la vida campestre sobre la urbana (recordemos que el padre de Scott, para colmo de males, vendió su negocio para ocuparse de sus tierras). Y si el padre de Scott representa los peligros de caer en las redes de la asimilación de clase, la madre es posicionada como equivalente al marco de valores cristianos que supuestamente encapsula al individuo victoriano, según la narrativa decadentista: “She had the Victorian solicitude for the spiritual welfare of others... the special English brand of middle-class matronly charm that concealed a debilitating despotism” (111). Esta descripción concuerda con el retrato hecho por Barnett del evangelismo victoriano como una jaula doctrinaria para el comportamiento: “To evangelicals morality was no mere matter of pragmatic observance of the laws... their attitude to morality was highly self-conscious; they saw it as an intensely personal question, to be answered according to strict doctrinaire principle” (22). Nótese que en ambos casos Huntford relaciona estos hábitos a la clase media, incluso insinuando que *por eso* resultan indeseables. Explicar por qué el biógrafo menciona la clase en oraciones como estas resultaría muy difícil sin un marco de interpretación decadentista.³⁰

³⁰ Igualmente, esto explica por qué la representación posterior del teniente Lawrence Oates es tan positiva: él

Igualmente, la representación de la Marina Real como una institución vetusta, paralítica y obsesionada con la forma en vez de la sustancia funciona como una sinécdoque del poder imperial tras la victoria en Waterloo. Como ya vimos, la Marina presentada por Huntford es un lugar de extrema rigidez y poca modernización: “the armed services... had forgotten how to fight. They laboured under a rigid and uncreative discipline that stifled thought and rendered them unfit for modern war” (110). Véase asimismo que, cuando el biógrafo habla del ambiente educativo de la Marina en tiempos de Scott (“the system of blind obedience and rigid centralization... maintained the hierarchy of rank rather than efficiency of function. Trivialities were minutely regulated from above [112]), su descripción parece casi una calca del análisis de Barnett sobre la educación en las *public schools*: “Each school had elaborated a hierarchy of petty ritual privileges... It symbolized a hierarchy of submission, obedience and authority; school life was now minutely ordered by codes of rules, manners and customs” (34). El objetivo de pasajes como estos es apoyar la idea decadentista según la cual el Imperio victoriano era un tigre de papel, una superpotencia sin ganas de pelear por su primacía, sino enamorada de su propia pompa institucional y su conjunto de valores, exacerbados hasta el ridículo mediante la educación. La idea central de todas las tesis decadentistas similares es que la placidez de este periodo histórico —donde el Imperio fungía como superpotencia incuestionada— propició una atrofia de la mentalidad nacional tanto a nivel civil como militar, un abandono del “trabajo sucio” requerido para vencer a otras naciones, el cual finalmente degeneró en la construcción de un castillo de naipes formado con pura idealización moral, como Barnett resume con ironía: “A moral conscience was the ultimate luxury afforded the middle classes by commercial success and national security... The beneficiaries of [Trafalgar and Waterloo] could safely indulge their humanitarian

no representa a la clase media absorbida, sino al *landed gentry* “real”, relacionado directamente con el racionalismo del siglo XVIII, el paraíso perdido de los decadentistas.

and peaceable sentiments” (49). Al inscribir los dos linajes de Scott (el familiar y el institucional) en narrativas decadentistas sobre un Imperio débil, rígido y demasiado civilizado (*overcivilized*), se prepara el escenario para atacar su carácter, sugiriendo que es el producto directo de un entorno cultural cuya imagen de la victoria y el progreso había sido corroída por idealizaciones.

En cuanto a dicho carácter, ya hemos visto que Huntford se esfuerza por desmontar la idea de Scott como héroe estoico y demostración del *ethos* de la resistencia del *gentleman* cristiano de la época, quien podría prevalecer en cualquier frontera distante mediante “*pluck and guts*” (Tosh 199).³¹ Parte de tal deconstrucción son sus constantes referencias a un Scott depresivo o frenético, entre las cuales destaca su conjetura acerca del explorador como un ente “dionisiaco”, quien se regodeaba en la fuerza física pura sin importarle la cautela ni la razón. El objetivo último es establecer a Scott como un ser *fuera de control*, cuyos vaivenes y excesos emocionales lo dominaban por sobre su propia planeación hacia la victoria: “Scott was now going through a personal crisis... long bouts of extreme depression interleaved with spasms of euphoria. He had lost any adaptability he might have had, and become frighteningly inflexible. His behavior became unbalanced” (381). Por su parte, el decadentismo también se distingue por su frecuente retrato de las élites nacionales como figuras dominadas por la emoción, aunque en su caso se denote por su adopción de políticas colectivistas (es decir, ingenuas o idealistas) o su adhesión a un código moral-religioso de gobierno por encima del pragmatismo de la ciencia y la ley del más fuerte. Tomemos la descripción hecha por Barnett de Stanley Baldwin, tres veces primer ministro del Reino Unido a quien citamos en el epígrafe de este capítulo, nacido sólo un año antes que el capitán Scott:

³¹ Aquí el término clave es “prevalecer”, no “vencer”, pues ya hemos visto que la victoria tangible era opcional, mientras que el mantenimiento del código moral de la época era lo verdaderamente imperativo.

[Baldwin] hated strife, shrank from conflict, constantly sought to heal division and bitterness... he personified the deepest feelings of his countrymen. His speeches seldom manifested combative argument; instead they evoked moods... And the favourite mood was one of a sunset calm and nostalgia, in which the British nation, like an old couple in retirement, [enjoyed] some sweep of English landscape. Nothing could have been more congenial to the contemporary British temperament than this tranquility, in which desperate problems or dangers could be put out of mind, and energetic, possibly painful action shirked or put off (67).

Claramente la imagen de este Baldwin plácido y suave parece bastante distinta a la del Scott tempestuoso y descontrolado de Huntford, pero en realidad son dos vertientes del mismo manantial. Para el ojo decadentista, tanto el uno como el otro son productos de un sistema formativo nacional nutrido de ideales románticos; un sistema conformado no sólo por las *public schools*,³² sino por la familia, las artes de la época e instituciones con influjo y poder sobre los hombres jóvenes, como el Ejército, la Marina y el Servicio Colonial.

Cada factor de este sistema representaría una jaula doctrinaria que induciría al individuo a adoptar ciertas nociones colectivas, entre las cuales se encuentran tanto la creencia en la posibilidad de formas de resolución de conflictos no bélicas, *e. g.* la Liga de las Naciones (una de las acusaciones que Barnett le hace a Baldwin), como la idea de que el heroísmo era eminentemente un asunto de carácter y de fortaleza moral, y que caer gloriosamente ante una fuerza sublime era igual o más noble que vencer (el núcleo de la leyenda heroica de Scott). Los decadentistas detestan estas ideas por igual dado que ambas condujeron a un ennoblecimiento moral del Imperio, pero no a su modernización ni al aumento de su poder geopolítico. De hecho, dada la filia del romanticismo hacia lo campestre, lo antiguo y lo no material, ideas como las

³² Baldwin pertenecía a la clase alta y asistió a una de las *public schools* más prestigiosas, Harrow, así como a la universidad en Trinity, Cambridge, siendo así un ejemplo perfecto del influjo del sistema educativo victoriano en las élites (Barnett 65-66). Scott, siendo de clase media, no asistió a colegios del mismo prestigio, sino a un internado especializado en preparar jóvenes para los exámenes de entrada a la Marina (Crane 19). Sin embargo, no es descabellado pensar que la gran similitud en las descripciones de ambos entornos educativos hechas por Barnett y Huntford evidencia algo del supuesto proceso de asimilación de clase mediante el cual las escuelas accesibles a las clases medias fueron copiando los métodos y los valores de las *public schools* de élite.

apenas nombradas podrían haber contribuido al *retroceso* del ascenso imperial, pues el carácter nacional se habría enamorado de su paisaje por encima de su industria, de la conciliación pacífica en vez de la guerra necesaria, de la derrota noble y no de la victoria tangible, etcétera. Es decir, tanto Scott como Baldwin, a pesar de ser estampas contrastantes, son ejemplos de hombres formados por el mismo sistema, quienes nunca pudieron “salir de la jaula” e ir en contra de los ideales de su época. Es por esto que tanto Huntford como Barnett dicen que sus sujetos “personificaban” (*personified*) el espíritu de su época, que equivale a personificar las primeras señas del declive imperial (Huntford 110; Barnett 65). Aquí encontramos uno de los métodos predilectos de la literatura decadentista: la creación de *individuos tipo* en cuyas fallas de carácter (reales o exageradas) sea posible leer las semillas de las crisis militares, económicas y sociales que habrían de resquebrajar la fachada imperial durante y tras las guerras mundiales. Es en esencia el mismo mecanismo narrativo por medio del cual un individuo llega a ser un héroe representativo de su comunidad, pero invertido hacia lo negativo.

Como hemos visto, este revisionismo hostil del carácter de Scott lleva por objetivo dinamitar la imagen hagiográfica de su última marcha, así como la credibilidad de sus escritos póstumos. En últimos términos, Huntford busca deshacer toda construcción cultural alrededor de la muerte gloriosa de Scott ante lo sublime —pues intuye que tal muerte es el arma más poderosa del héroe romántico en su batalla por la posteridad—, por lo que siempre busca reducir el escenario a lo mundano: los glaciares eran menos peligrosos de lo contado por Scott, las ventiscas menos frías, etc. Lo único que se acentúa son los defectos de carácter del explorador, así como sus errores técnicos (desde un punto de vista moderno), que sirven para posicionarlo en el linaje de los *gentlemen* decimonónicos educados más con valores y doctrinas que ciencia. Allí está la clave del desprecio de Huntford hacia el acto escritural de Scott ante la muerte: al erigir otra columna en el templo del fracaso heroico, Scott pasa a formar parte de la educación

sentimental de su pueblo, retroalimentándola con más literatura para avivar la flama de sus “peores instintos”. En las palabras exactas del biógrafo, Scott salvó su reputación “[because] he had known how to speak to his countrymen” (539). Por su parte, Barnett también conecta la tradición del *heroic failure* con lo literario, en camino a responsabilizarla del declive nacional: “Thanks also to Victorian religion —and perhaps to Dickens— the English now evinced a compassion for the underdog and a sympathy for failure, and a corresponding suspicion of ability and success... the British made the fundamental mistake, catastrophic in all its consequences, of exporting their romantic idealism and their evangelical morality into international relations” (63). La hipótesis es que la trayectoria del Imperio y la de Robert Falcon Scott provienen de la misma fuente y pueden ser leídas en paralelo: ambas habrían comenzado con fundamentos doctrinarios y anticientíficos, cayendo en múltiples errores evitables; habrían logrado algunas hazañas con más suerte que buena planeación; habrían inscrito sus logros en el linaje del heroísmo romántico ante lo sublime, apelando más a la nobleza que a la victoria y construyendo un *blindaje moral* ante un posible fracaso;³³ y finalmente habrían sido vencidas por entes extranjeros con más conocimiento, flexibilidad y “realismo” (i.e. antiromanticismo).³⁴

³³ Anteriormente mencionamos la impresión cultural de que las expediciones polares de la edad heroica eran caracterizadas como *quests* artúricas. Barnett tiene la misma impresión sobre la forma en que el Reino Unido enfrentó los retos del siglo XX: “A common Gladstonian faith in the moral nature of world affairs therefore prevailed in Parliament. It was hard to tell the Common’s front benches from King Arthur’s Round Table in Tennyson’s *The Idylls of the King*, so knightly and Victorian was the tone” (60). En términos de política exterior, cualquier mención artúrica por parte de un decadentista siempre será sospechosa, pues implica la acusación de buscar griteriales inalcanzables (utopías) y priorizar la pureza del carácter (como en las historias artúricas cristianizadas).

³⁴ Que *Scott and Amundsen* sea una biografía dual donde el explorador inglés es hecho añicos mientras el noruego es ensalzado a cada paso tampoco es baladí ante una lente de análisis decadentista. Según English y Kenny, esta corriente gusta de la comparación como método: “One striking feature of the declinist laments... is the frequent deployment of other national experiences as a stick with which to beat the British elite” (274). Dado que el decadentismo de derechas normalmente se enfoca en lo bélico, lo político y lo socioeconómico, estas comparaciones suelen ser con potencias como Alemania, EE.UU. y Japón, pero en el ámbito de la exploración polar es evidente por qué Huntford elegiría construir un héroe noruego.

Todo esto respecto a Huntford y al decadentismo, pero aún debemos explicar la perspectiva de sus oponentes. En específico, ¿qué representa el trabajo de Ranulph Fiennes en este panorama? Esta cuestión resulta al mismo tiempo más complicada y más sencilla de explicar: lo primero porque Fiennes no parece adherirse a los preceptos de una corriente de pensamiento específica, como Huntford con el decadentismo de derecha, y lo segundo porque él mismo —en la última sección de *Captain Scott*— marca algunas líneas clave para comprender sus propósitos y su entendimiento de la relación británica con el pasado, todo esto dentro del marco de una respuesta explícita y firme a Huntford. Aquí señalo dos de ellas.

Primero, Fiennes cree estar en una posición privilegiada para evaluar la irrupción en la exploración polar de una tendencia cultural que considera prevalente en la literatura biográfica de su nación: la desmitificación (*debunking*). Más allá de la misma literatura, Fiennes comienza por apuntar que las raíces de este fenómeno son tan propias del *carácter nacional* como el aparente gusto por la adversidad que da origen al tema del fracaso heroico: “The big debunking book is assured of high sales figures in Britain because denigration is part of our national character, along with talking ourselves down [and] our love of feeling ‘up against it’” (406). La observación es astuta, pues insinúa que los *debunkers* profesionales como Huntford son igual de típicos del carácter nacional de su tiempo como pudiera haberlo sido el mismo Scott. Después, Fiennes marca el principio de la tradición moderna de la biografía desmitificadora con el volumen *Eminent Victorians* (1918) de Lytton Strachey, cuyas mordaces viñetas buscaban deshacer la fachada incólume de cuatro personajes célebres de la era victoriana, provenientes de áreas curiosamente similares a las más criticadas por los decadentistas varias décadas después: “His targets included the public school system, imperialism, liberalism, and the sort of religious

evangelism that assured men and women of heavenly grace in the trenches” (406).³⁵ El punto no es sólo que Lytton Strachey buscara biografiar más allá de los mitos hagiográficos anteriores a la Primera Guerra Mundial,³⁶ sino que lo hacía desde la imaginación literaria, sin ser experto en el tema ni hacer gran investigación de archivo: “‘It is not [the biographer’s] business to be complimentary, [but] to lay bare the facts of the case, *as he understands them*’” (Strachey en Fiennes 407). Este enfoque es equiparado con el de Huntford hacia la exploración polar, pues, además de haber admitido que su versión de Antártica es un “landscape of the mind”, en otra ocasión declaró que una de las acusaciones más graves del libro —que Scott presionó a Oates para que cometiera suicidio— estuvo basada en “su intuición” (Fiennes 418). Al trazar la línea de Strachey a Huntford, Fiennes sugiere la existencia de un linaje escritural generalista sin gran dominio técnico de sus temas, pero con mucho poder de persuasión y retórica; lo mismo que English y Kenny observan sobre los decadentistas.³⁷

Ante el discurso generalista de su oponente, Fiennes erige un argumento metabiográfico con base en la ciencia y en su propia credibilidad de experto polar: “My interest lies in applying my scientific experiences and knowledge to right what I know to be wrong” (405). La verdad sea dicha, cuando Fiennes dice “experiencia científica” en realidad debería decir “empírica”, pues, fuera de aprovechar los argumentos meteorológicos de la Dra. Susan Solomon, se apoya mucho

³⁵ Uno de los biografiados de Strachey es precisamente el educador Thomas Arnold, vilipendiado por Barnett y retomado por Huntford en *The New Totalitarians*. En adición, la sospecha de Fiennes va de acuerdo con lo observado por el investigador biográfico Robert Gittings, quien adjudica a Strachey y el grupo de Bloomsbury una renovación en el género, marcada por un ímpetu revisionista y acérbico, el cual revivió el interés por “la verdadera naturaleza del hombre” (es decir, la contradicción y el conflicto), perdido en la biografía inglesa desde tiempos de Johnson y Boswell, pero también devino en múltiples ataques personales y juicios de valor (36-41). Asimismo, Virginia Woolf también considera a Strachey un pionero de la biografía cuyo mayor mérito es deshacer las fachadas incommovibles, las “efigies” de la era victoriana, si bien cree que su proyecto en ocasiones queda corto a causa de la excesiva caricaturización o ficcionalización, que pervierte el cariz documental del género biográfico (“The Art of Biography” 125-127).

³⁶ Abreviada a PGM en adelante.

³⁷ Cabe señalar que el decadentista Correlli Barnett también comprende su labor como esencialmente una de *desmitificación* (*debunking*): “it seemed to me important that one questioned any received account, that one asked ‘Can this really be true?’ ... You should always suspect a myth or a legend” (en English 268).

más en conclusiones amplias sobre sus propias expediciones polares que en cualquier tipo de datos duros: “In 1993 Mike Stroud and I manhailed across the Antarctic... Dogs could not have done that journey without resupply, so we proved that humans are more efficient self-contained transport systems than dogs” (403). No obstante, aunque su aproximación al conocimiento sea más empírica o *patológica*³⁸ que académica en un sentido estricto, lo cierto es que Fiennes es efectivamente una de las pocas personas en el mundo que comparten ciertas experiencias antárticas con Scott de forma creíble. Es decir, es un experto técnico que reniega de la *vox populi* generalista. Curiosamente, los decadentistas de derecha han encontrado resistencias similares en el campo del análisis socioeconómico: “Current specialists tend overwhelmingly to be sceptical about declinist thought... [Rubinstein] epitomises a specialist trend against generalist explanations of political change” (English 269). Al centro de esta disputa se encuentran diferentes concepciones acerca de los métodos apropiados para la historiografía y la construcción de verdad sobre el pasado, “the tension between the historian as the purveyor of morality tales about the national past... and the intense scepticism about such ‘stories’ engendered by specialist scholarship” (270). Al colindar con la historiografía, pero también abreviar de métodos literarios en sus construcciones de personaje y estructura narrativa, el género de la biografía resulta un terreno particularmente fértil para este tipo de debates.

En segundo lugar, tenemos la postura de Fiennes respecto al revisionismo de la era victoriana en general, de la cual podemos discernir ciertas actitudes frente al pasado imperial británico. Como tal, Fiennes nunca nombra a los decadentistas que hemos estudiado —tal vez ni

³⁸ En el sentido ubicado por Martin Jay al señalar la relación entre el concepto moderno de experiencia y el griego *pathos*, con la acepción de *algo que sucede o se sufre* (11). Esto es más evidente cuando Fiennes desmiente los *sufrimientos corporales* descritos por Huntford como parte de la exploración polar, como un supuesto *ardor* que sucede al respirar en temperaturas inferiores a -40°C, el cual Fiennes “jamás” ha sentido (416). Más allá del ímpetu de Fiennes por refutar todo lo posible de Huntford, esto puede leerse como una vindicación del rol del dolor en la construcción del conocimiento, donde alguien que ha *sufrido lo mismo* que Scott puede hablar con mayor autoridad sobre los procesos alrededor de su muerte.

siquiera los haya leído— pero sí intuye que el ambiente nacional tras la PGM delata la presencia de un ánimo colérico por litigar el pasado: “The scale of human suffering in the First World War demanded that blame be allotted [to] a hundred new villains... ripe for the penetrating attentions of Rottweiler reincarnations of Strachey” (408). A partir de ahí, Fiennes establece una relación entre el revisionismo de la PGM (con su prelude cultural victoriano) y un supuesto auge de las biografías desmitificadoras a partir de 1970. Mas a pesar de esta observación, Fiennes no consigue armar del todo la gran trama decadentista sobre el siglo XX británico. Según el biógrafo, el baño de sangre en las trincheras condenó a la era victoriana-eduardiana ante los ojos de las décadas posteriores, lo cual va de acuerdo con nuestros hallazgos.³⁹ Pero cuando habla del musical satírico *Oh! What a Lovely War* (1963) —donde el ejército británico en la PGM es retratado como corrupto, inoperante y futil—, Fiennes solamente dice que el interés por litigar dicho conflicto bélico se había “reavivado” tras la interrupción de la Segunda Guerra Mundial (408). Es decir, no intuye que las críticas a la era victoriana-eduardiana emitidas de 1960 a 1980 forman parte de una crítica global que un grupo ideológico concreto hace al declive imperial, y que *Oh! What a Lovely War* (obra parcialmente basada en el trabajo de Alan Clark apenas mencionado en la nota 39) no utiliza el escenario de la Primera Guerra Mundial sólo para atacar a los líderes de antaño, sino como una sinécdoque que permite criticar todo el siglo XX hasta entonces y enarbolar un proyecto político en el presente. Por supuesto, la Primera Guerra Mundial sí juega un rol central en el arco del decadentismo, pero ya hemos visto que sus planteamientos van mucho más allá de este conflicto bélico, aunque vuelvan una y otra vez a sus raíces victorianas como fuente eterna de villanos y origen de la decadencia cultural.

³⁹ A este respecto, Fiennes revela que Huntford le habría dicho a Elspeth Huxley —también biógrafa de Scott— que el explorador le parecía “the sort of man who would’ve been an Admiral if he had survived and sent thousands of men to their deaths in the First World War” (426). En esto reproduce el lugar común de que el ejército británico en la PGM había sido uno de “leones guiados por asnos”, una idea popularizada por el libro decadentista *The Donkeys* (1962) de Alan Clark, parlamentario conservador y más tarde parte del gabinete thatcherista.

Quizás a causa de esta falta de entendimiento global del decadentismo, Fiennes yerra de nuevo cuando quiere apuntar una razón del éxito de Huntford: “[He] tapped into the mood for late twentieth century *mea culpa* breast-beating by Britons feeling guilty about their colonial past by directly relating Scott to that legacy” (417). Para Fiennes, atacar a una figura heroica del Imperio es atacar al Imperio, sin más. Como hemos visto, esto no se sostiene dada la relación evidente entre Huntford y las ideas del decadentismo de derecha. Así como las críticas socioeconómicas de Barnett o Wiener, la estrategia revisionista de Huntford no busca enjuiciar al imperialismo en general ni cuestionar moralmente la existencia del Imperio Británico, sino culpar al *ethos* victoriano por la *pérdida del poder* imperial. El *mea culpa* del que habla Fiennes no existe en Huntford, quien más bien representa una acusación de los descendientes hacia los ancestros por haber *dejado que el Imperio decayera*. Sin embargo, la observación de Fiennes es sin duda interesante por lo que significa para el posicionamiento de su propia biografía respecto al pasado imperial. Si Fiennes concibe el proyecto de Huntford como un ejercicio de autoflagelación de la metrópoli en un contexto poscolonial y busca deshacer sus efectos, esto lo posiciona en un bando que —sin ser necesariamente imperialista— celebra el pasado de la nación y encuentra notas de valor en el núcleo ético victoriano. Véase su descripción de la importancia de la leyenda heroica de Scott para la moral del país durante las guerras mundiales:

Subsequent British cynics forget all those of their countrymen in two world wars who needed help and found it through the examples of their contemporary heroes... Scott and Oates provided real strength and an image of the human ability to endure... When [Scott’s wife’s] papers were filed after her death in 1947, they included sheaves of letters from soldiers thanking her dead husband for his example. (395-396)

En esto Fiennes —quien sirvió ocho años en el ejército y alcanzó el rango de teniente— comparte algo de la indignación del también explorador Vivian Fuchs, quien acusara a Huntford en 1980 de unirse a la “moda” de dinamitar figuras culturales de valor para generaciones anteriores.

También nótese el uso deliberado de la palabra “*real*” (“provided real strength”), como para rebatir o anular el argumento huntfordiano de que el idealismo de Scott lo separó de la realidad tangible. Para Fiennes *la leyenda heroica es la realidad tangible*; una realidad que, si bien no detuvo el colapso imperial, sí condujo a dos victorias en las guerras mundiales.⁴⁰ Ante esta evidencia, es fácil imaginar que, de haber contestado la encuesta publicada por *The Guardian* en 2020, Fiennes sería parte del 32% que se enorgullece de haber tenido un Imperio. Un decadentista quizá contestaría del mismo modo, aunque por razones completamente distintas.

Esta coincidencia incómoda me lleva a concluir que estos dos bandos opuestos de la cultura británica y del pensamiento biográfico alrededor de Robert Falcon Scott en realidad representan dos vertientes del mismo sentir: la nostalgia hacia el Imperio. La nostalgia de Huntford y los decadentistas, como ya hemos visto, es cruda y casi neodarwinista; es la nostalgia de quien solía ser una fuerza dominante sobre otras culturas y quisiera serlo de nuevo. En su rabia nostálgica, su sensación de injusticia por haber perdido el paraíso que les prometía su absoluta supremacía tras las Guerras Napoleónicas, han culpado del declive al núcleo moral de las generaciones que siguieron a la victoria en Waterloo, viendo en el romanticismo tardío y el evangelismo de los victorianos una traición a los pilares de la industria y el racionalismo, supuestamente responsables de un siglo XVIII glorioso (una edad heroica). La nostalgia de Fiennes, por el contrario, se centra en el valor moral de las figuras heroicas del pasado como bastiones para sostener el ánimo de la nación a través de los conflictos bélicos, a partir de un

⁴⁰ Aquí Fiennes da con uno de los puntos débiles del decadentismo como lente de análisis, *i. e.* que no ofrece explicaciones para la victoria británica en las guerras mundiales. Sus textos parecerían haber sido escritos en el país derrotado: “A Rip Van Winkle who fell asleep in 1912 and awoke today, being given [Correlli Barnett] to read prior to anything else, would assuredly conclude from it that Britain must have *lost* two world wars: there is nothing in Barnett’s book from which the fact that Britain *won* both wars, over the powerful German industrial behemoth, can possibly be inferred” (Rubinstein 20).

imaginario fuertemente ligado a las guerras mundiales como la mayor expresión de la resiliencia y el excepcionalismo británicos:

in the summer of 1940, [Britain] did stand alone to save the rest of Europe against the Nazis... but the British held firm because they believed in themselves and they still had values of the sort exemplified by Scott... through what he did and how he wrote about it, he touched the imagination of his country, as did Churchill, and helped his countrymen to achieve their finest hours. (403)

Es decir, Fiennes representa la reproducción contemporánea del *ethos* del *gentleman* cristiano, quien podría prevalecer ante todo con base en su espíritu, el “*pluck and guts*” y la fortaleza moral por encima de todo. En este sentido, su nostalgia es más cercana al fenómeno que Paul Gilroy identifica como *patología de la grandeza* en su estudio *Postcolonial Melancholia*: “That memory of the country at war against foes who are simply, tidily, and uncomplicatedly evil has recently acquired the status of an ethnic myth... That process is driven by the need to get back to the place or moment before the country lost its moral and cultural bearings” (89-90). Según Gilroy, esta continuada creencia en la supremacía de los viejos valores británicos ante un mundo diferente y hostil —antes representado por los Nazis y más recientemente por las masas migratorias del “tercer mundo”, que siempre amenazan con erosionar la unidad del carácter nacional— funciona a modo de un dique o barrera que impide confrontar y dolerse apropiadamente (*mourn*) por el cambio de circunstancias post-1945, incluyendo el hecho de que esas amenazadoras masas migratorias surgieran en gran parte gracias a los procesos imperiales conducidos por la misma Gran Bretaña. En el mundo de esta melancolía poscolonial, una nación entristecida por la pérdida gradual de su poder y de la ilusión de su propia uniformidad étnica e ideológica se aferra a imágenes de heroísmos pasados como a un salvavidas que mantiene vivo el orgullo imperial, el excepcionalismo, la autopercepción de la metrópoli como un haz de luz cuyo deber casi

predestinado es iluminar al mundo, así como los deslumbrantes acantilados blancos de la costa inglesa proyectan su brillo a través de la noche y hacia Francia en el poema *Dover Beach*.⁴¹

Más allá de cualquier retórica de desmitificación o de corrección científica que cada biógrafo imprima en su versión de la leyenda de Scott, es la tensión entre estas dos fuerzas en pugna alrededor de la decadencia imperial, estos dos deseos de regresar a edades heroicas diferentes por métodos completamente distintos, la que dicta que para un hombre Scott deba ser destruido, mientras que para el otro deba ser rescatado. Y asimismo, la misma tensión dicta que los lectores, ávidos de un vistazo íntimo al hombre complicado y misterioso que yace bajo el hielo, queden atrapados sin saberlo en un remolino dialéctico sobre el sentido del heroísmo y el fracaso en sus múltiples definiciones, redefiniciones y negociaciones, todas surgidas de las circunstancias atribuladas del Reino Unido durante el siglo XX.

⁴¹ Escrito en 1867, el multicitado poema romántico de Matthew Arnold (hijo de Thomas Arnold, el educador anglicano tan central para el *ethos* victoriano y detestado por los decadentistas) no es de interpretación fácil, pero Gilroy se aventura a sugerir que representa un intento de ungir al Imperio Británico como heredero de la misión civilizadora de la Grecia clásica, con la conciencia de que la tarea sería probablemente melancólica (91). De aceptar esta interpretación, el poema podría servir como un antecesor suave del sentimiento expresado con triste fama en *The White Man's Burden* de Rudyard Kipling, por ejemplo.

Conclusiones

Como epílogo a su estudio *I May Be Some Time: Ice and the British Imagination*, Francis Spufford narra su visita al memorial de Scott erigido sobre Observation Hill. Frente a la majestuosidad del paisaje polar, sobre todo la blancura peculiar de su luz penetrante, el autor tiene la sensación de haber ganado un nuevo grado de perspectiva u obtenido alguna nueva especie de conocimiento sobre lo sublime a través de la experiencia:

The sun rising here has a hard white glitter like a welding torch... [You] feel a distinct knowledge in your body here that some of the filters in the sky have been withdrawn. There are fewer veils between you and what lies beyond....

Well, *lux perpetua* does shine on their monument... light in the form that dazzles most and holds less heat. Perhaps in that, it's like the light we might imagine belonging to an immaterial world. For the first time, I feel the reason why the nineteenth-century commentators linked polar whiteness with celestial whiteness... I understand the sensory cue for the explorers' own sense that heaven was close; that, ringed by this horizon, you stand near heaven's door. (342-344)

Dado el vuelo poético de su prosa, el lector fuera de contexto podría imaginar que Spufford está preparando un escenario polar sublime para realizar una valoración positiva del coraje de Scott y los otros hombres inmortalizados en la cruz sobre aquella colina antártica. Este lector estaría casi correcto, excepto en un detalle todopoderoso: la falta de inocencia. Spufford escribió estas líneas en 1998, momento en que la imagen negativa de Scott propuesta por Roland Huntford ya era ortodoxia y *vox populi*, mientras que las reevaluaciones de Susan Solomon y Ranulph Fiennes no habían visto aún el ojo público. Por lo tanto, Spufford está consciente de todas las posibles fallas y defectos de carácter del capitán Scott, y de hecho toma por verdaderas ciertas aseveraciones de Huntford que después serían cuestionadas por Fiennes, como la culpa del explorador en la dieta mal elegida, la noción de que llevar cinco hombres al polo fue parte del desastre o que viajar

haciendo *manhailing* era “una idiotez” (347). Pero aun sabiendo todo esto, decidió viajar hasta Antártica en un crucero ruso para visitar su tumba. ¿Por qué?

La respuesta, con la cual Spufford concluye su libro, se trasluce en el nudo de emociones que experimenta tras ascender la colina, contemplar el paisaje, leer *Ulysses* de Tennyson en voz alta y reflexionar durante unos minutos. Por un lado, el autor acepta la versión huntfordiana de que la expedición Terra Nova representó una serie de traspies mundanos y malas decisiones. Incluso secunda el punto decadentista que relaciona la historia de Scott con los vicios ideológicos del Imperio victoriano-eduardiano y el extremo sufrimiento de la Primera Guerra Mundial: “I wrote about the particular rigidity that affected the British in the polar regions... as the result of the long tradition of privileging moral force over practical competence... I wonder if the stubbornly unadaptable behaviour in the Antarctic... is anything more than a rehearsal of the tactics of the trenches” (346). En otras palabras, una parte de Spufford quisiera ser capaz de separar los errores de Scott de la genealogía cultural que ha hecho de las regiones polares un sitio ideal para lo heroico-sublime, poder juzgarlos como simples fracasos prácticos o quizás incluso como muestras adelantadas de los desastres del siglo XX británico. Pero al experimentar Antártica de primera mano, sencillamente no puede hacerlo. La atracción de la leyenda y del paisaje es demasiada: “And yet, as I gaze from Observation Hill, I find myself admiring them more, not less. It is impossible to ignore the landscape” (347). Más allá de si la muerte de Scott fue causada por sus fallas de planeación o principalmente por el clima, como Fiennes plantearía después, la ambivalencia de Spufford surge de la mera fuerza estética y moral de la leyenda. Que cinco hombres realizaran ese viaje a pie y arrastrando su propia carga, que llegaran al fin del mundo y casi de regreso, que murieran sin perder su brújula moral y su buen ánimo, que su líder aterido y famélico garabateara desde su lecho de muerte una de las mayores obras literarias en la historia de la exploración: todo ello todavía pesa demasiado sobre el espíritu, todavía exige ser

tomado en serio, no como una noveleta sentimental, sino como una respuesta válida a ciertas interrogantes sobre los límites del ser humano en el mundo:

the stupid Brits' practice of man-hauling their sledges had a consequence other than exhaustion and snail-speed progress. It imposed attention to each square foot of snow... It was a discipline. They learned the land minutely... That knowledge—in the skin and in the bone—... was their secret recompense for being British in the snow. It's not enough to die for, in my opinion. But it is enough to keep my view of the dead complicated. (349)

Este conflicto interno determina que Spufford —con toda su conciencia de la narrativa de Scott como *heroic bungler* y del fracaso heroico como lastre en la historia nacional—, no pueda sino cerrar su reflexión en una nota de nostalgia sin reservas: “the compound emotion I felt beside the cross has lurched, and resolved into a plainer sorrow over lost things, no matter how stupid or flawed; into unambiguous grief” (350).

El caso de Spufford me parece un ejemplo perfecto del choque de nostalgias que distingue la mirada británica retrospectiva hacia la leyenda de Scott y su basamento ético, el *heroic failure*. En la era victoriana-eduardiana, el tema del fracaso heroico sirvió para reconfortar a la metrópoli imperial con historias sobre su propia nobleza, asegurándoles que la expansión colonial no era sólo un asunto de fuerza y conquista, sino sobre todo de valores (Barczewski 13). Esta condición hizo que el fracaso ocasional resultara paradójicamente deseable, mientras cumpliera con las condiciones morales de lo heroico-sublime y no pusiera en peligro el edificio del poder imperial. Pero en el siglo XX este edificio colapsó de todos modos. Ante el fracaso a nivel macro del proyecto imperial, podría pensarse que su serie narrativa de fracasos heroicos a nivel micro serían rechazados por completo, detestados como reliquias de un pasado amargo por las generaciones encargadas de reconstruir Gran Bretaña post-1945. Para los decadentistas como Huntford, así fue. Pero, en general, la presencia del fracaso heroico en el ideario nacional británico ha resultado persistente y mutable: “Heroic failure endures because, as the place of the British nation in the

world has evolved over the last century, it has proven adaptable to a variety of circumstances” (222). Como ya también vimos al hablar de Fiennes, el *ethos* del fracaso heroico reforzó la espina dorsal del mito nacional de resiliencia colectiva en el contexto de las guerras mundiales, el cual sigue definiendo las aspiraciones identitarias de Gran Bretaña, el espacio donde la nación puede pensarse aún como gloriosa a través de su “mezcla endémica de suerte, coraje y resistencia” (Gilroy 88). Asimismo, el *mea culpa* poscolonial que Fiennes erróneamente observa en Huntford sí ha sido otra de las encarnaciones del fracaso heroico, en específico durante la década de 1960, cuando filmes como *Zulu* (1962) o *The Charge of the Light Brigade* (1968) retomaron el tema con un tono de decepción ante la futilidad del proyecto colonial o incluso con sentimientos pacifistas, mas sin refutar nunca el heroísmo en la figura del soldado que lucha hasta el final (Barczewski 223). Hoy en día, el tema también persiste en dominios de poco prestigio literario pero enorme alcance social, como los eventos deportivos de masas, donde el *heroic failure* es uno de los recursos favoritos de los medios al adornar la saga de los atletas británicos (6).⁴² Puede ser que los sentimientos de la nación hacia Scott y otros baluartes del fracaso heroico sean mucho más ambivalentes tras la caída del imperio que les diera sentido en un primer lugar, pero la fascinación por sus figuras y su núcleo moral basado en la mitología del *national character* no está todavía cerca de desaparecer.

⁴² Un ejemplo reciente sugiere una vía para la supervivencia del fracaso heroico en el contexto de la búsqueda británica de una reconfiguración hacia la multiculturalidad o convivialidad poscolonial. Hace unos meses, tras la derrota de Inglaterra en la final de la copa EURO 2020, el popular canal de Youtube TIFO Football publicó un video llamado “England Didn’t Really Lose”, donde su desempeño en el torneo es enmarcado como “la historia de Inglaterra aprendiendo a amarse de nuevo” gracias a los valores exhibidos por el equipo: no sólo su entrega en el campo, sino su composición multirracial, su apoyo a causas LGBTIQ+ y su participación en caridades contra la pobreza. En el trasfondo de un país dividido y hostil, arguye el narrador, este grupo de “hombres jóvenes con conciencia social” se mostraron como “lo mejor de nosotros”. Razonamientos de este tipo —expresados particularmente tras una derrota— delatan que, si bien los códigos morales del país no han permanecido iguales desde el siglo XIX, ciertos viejos *anhelos* victorianos sí persisten: el deseo de mitificar narrativamente un código de comportamiento moral para reforzar el excepcionalismo nacional, y la noción de que el fracaso, paradójicamente, realza la nobleza de dicho código y representa un éxito “más profundo” que el material.

Lo cierto también es que la figura del capitán Scott y el entramado ideológico-literario que le otorga un peso especial en la cultura británica representan tan sólo un caso dentro del abanico de la edad heroica de la exploración polar. Esta investigación dentro de la tradición biográfica de una sola figura no resulta exhaustiva en cuanto al todo de la literatura polar, pero sirve para sugerir los mecanismos retóricos y discursivos por medio de los cuales los temas del heroísmo y la identidad comunitaria operan en la literatura biográfica y de *nonfiction* sobre la exploración de estas regiones, la cual se encuentra en una posición tal vez única para poner en juego la nostalgia residual del siglo XX (y aun del XXI) hacia lo heroico-sublime del imperialismo decimonónico, esto gracias a su construcción de un espacio mítico donde heroísmos masculinos anacrónicos pueden actuar en un *lienzo vacío* —es decir, sin realizar el trabajo sucio de la conquista y la administración colonial que incomodaba a los victorianos y tanto más aberrante resulta hoy—. En otras palabras, la exploración polar representa una burbuja narrativa donde los viejos valores heroicos de la resistencia, la determinación unívoca y el apego al deber, definitorios para otras épocas, pueden invocarse aún en toda su envergadura legendaria sin inquietarnos demasiado, por lo cual muchas veces sus implicaciones totales pasan inadvertidas.

Confío en que este estudio marque un buen punto de partida para el acercamiento de la academia hispanohablante a la literatura polar de no-ficción y los procesos nostálgicos que la ponen en diálogo con la realidad reciente de las viejas metrópolis imperiales, descrita frecuentemente como en constante crisis y reconstrucción, atrapada entre las secuelas desestabilizadoras de su propio expansionismo y el aferramiento a sus identidades morales y étnicas de antaño, sus mitos nacionales de excepcionalismo. Una realidad cautiva justamente en la llamada *melancolía poscolonial* definida por Gilroy. Considero que, a pesar de la lejanía geográfica, una aproximación de la academia en español —y en particular la latinoamericana— a este tipo de literatura polar podría contribuir al mejor entendimiento de la supervivencia de

ciertos rasgos de pensamiento imperialista a través de la estética, fenómeno que resulta de interés dada nuestra condición poscolonial. En añadidura, la literatura biográfica y de no-ficción sobre las regiones polares puede resultar un interlocutor interesante para estudiar de forma comparativa la construcción textual de otros *heroísmos viajantes* de la edad Imperial en latitudes más cercanas, como el de los naturalistas y conquistadores europeos en América.

Asimismo, considero que estas páginas aportan un caso de interés para la investigación teórica-cultural de la biografía en general, pues demuestran la supervivencia del impulso primigenio del género hacia lo *didáctico* y *ejemplar*, su vocación casi aristotélica de hallar vidas inspiradoras en un sentido afectivo y usarlas como material de una enseñanza ética, ya sea a favor o en contra de la persona biografiada. Por todo lo que hemos expuesto, la exploración polar es un espacio idóneo para la narrativa heroica nostálgica, pero no es ni por asomo el único territorio donde la biografía sigue funcionando con frecuencia como una toma de postura ante figuras y paradigmas heroicos o villanescos. Además de lo relativo a la literatura no ficcional sobre exploración geográfica, que ya es bastante, otras líneas de investigación esbozadas por este trabajo podrían ser aquellas relativas al registro hagiográfico persistente en biografías de *grandes hombres* pertenecientes a edades heroicas en otros campos, como la política, la guerra e incluso las artes, donde también entra en juego el atractivo nostálgico de la estabilidad y la fuerza sugeridas por estándares pasados de masculinidad hegemónica. La biografía como modo escritural es un aliado por excelencia en la búsqueda humana de conversar a través del tiempo con figuras individuales; es un intento continuo de escudriñar la minucia específica e irrepetible de la vida particular y llevarla al plano de lo público, de lo ejemplar, incluso de lo político. En ese sentido, por más que ciertos revisionistas gusten de jurar que su enfoque es más científico u objetivo que los anteriores, en la biografía siempre se están llevando a cabo juicios afectivos e individuales, desde la elección del biografiado hasta la selección de fuentes, la organización de la

información, el registro de lenguaje en que se retrata a cada personaje, etc. Es decir, el material de la biografía viene del pasado, pero la decisión de *a quién* y *cómo* biografiar siempre surge del presente y sus intereses. Esta condición tal vez resulte especialmente acentuada en la tradición inglesa dado el gran énfasis cultural a partir del siglo XIX sobre la construcción del *carácter* y la personalidad como ejes centrales de la vida pública, característica que hemos ilustrado en este trabajo, pero de ninguna manera está ausente en las tradiciones biográficas de otras lenguas. La biografía y el heroísmo literario en general son muy similares en cuanto a esta relación de nostalgia y retroalimentación ambivalente con el pasado, por lo cual considero que continuar estudiando el vínculo entre los dos podría resultar fructífero para profundizar nuestra comprensión de las sagas míticas de identidad cultural que moldean nuestra idea de la Historia, y de cómo éstas van cambiando con el paso de las épocas.

Y es que solemos olvidar que los textos aledaños a la historiografía no son artefactos de una ciencia incommovible, sino tejidos de lenguaje vivos por medio de los cuales cada quién se adentra en los terrenos vagos, blancos e indefinidos de sí mismo, donde a menudo es la compañía espectral de algún héroe muerto la que nos guía más cerca de nuestra identidad, de lo que somos y lo que creemos (para bien o para mal), como una brújula que apunta más allá del horizonte a un invisible polo.

APÉNDICE

Los hechos sobre el Cap. Robert Falcon Scott

Ofrezco este esbozo biográfico del capitán Scott para los lectores que no estén familiarizados con la historia de su vida y muerte. En la medida de lo posible, trataré de limitar a lo mínimo los juicios de valor y las glosas —acotándome a señalar cuando una u otra anécdota o área vivencial de Scott sea objeto de debate—, pues el espacio para entrar a fondo en cuestiones interpretativas es el cuerpo principal del texto. El objetivo principal es sencillamente proveer una estructura básica de conocimiento desde la cual pasar a las fases posteriores del estudio sin detener el análisis para aclarar o narrar detalles de la biografía de Scott.

Orígenes

Robert Falcon Scott nació el 6 de junio de 1868 en Devonport, Inglaterra. Su padre, John Scott, había sido a su vez el hijo más joven de Robert Scott, un veterano naval de las Guerras Napoleónicas. Fue este Robert Scott —junto a su hermano Edward, también de profesión naval— quien estableció a la familia en Devon mediante la compra de la cervecería Hoegate y de una propiedad llamada Outlands, ambas en la región. En su madurez, John Scott tomó las riendas de la cervecería, además de ejercer roles de cierta prominencia social como magistrado, sacristán y presidente de la rama local de la Asociación Conservadora. Sin embargo, no era un hombre de dotes particulares para los negocios, así que terminó vendiendo la cervecería y retirándose a Outlands, donde se ocupaba con proyectos de jardinería durante la infancia de Robert Falcon (Fiennes 16). La madre del futuro explorador, Hannah Cuming, era una mujer fuerte, refinada y de creencias evangélicas, proveniente de un linaje de marineros y vendedores de seguros en

Plymouth, y se sabe que el dinero de su lado de la familia mantenía a flote al clan durante estos años (Crane 16). La crianza de Robert Falcon es uno de los puntos de contención que los biógrafos describen con adjetivos distintos dependiendo de sus inclinaciones —es el ojo retrospectivo el que decide si esta infancia fue *blandengue* o *tranquila, tensa* o *idílica*—; lo cierto es que los Scott vivían de manera acomodada, si bien no exuberante, que la relación de Robert Falcon con su padre parece haber sido tensa debido al temperamento irascible de este último, y que tanto él como su hermano Archie fueron inscritos —llegado el momento— en el sistema de educación militar, él en la Marina y su hermano en el Ejército.

A los trece años, Scott comienza su educación naval cerca de casa, en Plymouth, a bordo del buque de entrenamiento *Britannia*. En 1883, tras un último verano en casa, parte para unirse como guardiamarina al *HMS Boadicea*, donde pasa los siguientes dos años patrullando la costa occidental de África y completando su instrucción. Sus cartas de esta etapa formativa no se conservan, por lo cual es un área nebulosa que los biógrafos suelen utilizar para hacer retratos valorizados de la Marina Real *circa* 1880 bajo la excusa de señalar los valores que Scott *seguramente* aprendió, técnica analizada en los capítulos 2 y 3 de este proyecto. Lo cierto es que más allá de algún escueto “RFS” dejado en las bitácoras navales o bien las evaluaciones reportadas por sus superiores (todas con calificación de “Muy bueno” o “Prometedor”), tenemos poca idea de Scott como persona en este periodo. En 1888 obtiene el grado de subteniente y es reasignado primero al *HMS Spider* y luego al *HMS Amphion*, comisionado a la estación del océano Pacífico. Allí, en 1890, escribe las primeras cartas y fragmentos de diarios que de él se conservan, los cuales revelan a un joven de ánimo variable, bien acoplado a las durezas de la vida naval y dispuesto a encontrarles el humor, pero acometido en ocasiones por la melancolía y la incertidumbre sobre el sentido de la vida, tema de una entrada de su diario juvenil que ha sido utilizada con gusto por sus críticos para insinuar una debilidad de temperamento o una tendencia

depresiva (ver pág 54). En todo caso, lo interesante es que ya en 1890 Scott mostraba la inquietud de hacer sentido de su experiencia a través de la escritura (Crane 36), si bien desarrollaría el talento para lograrlo hasta su época de expedicionario. Le sean hostiles o cordiales, casi todos los observadores reconocen que este talento llegó a ser considerable, por no decir excepcional entre los exploradores polares de la Edad Heroica.

En 1891 Scott regresa a Inglaterra convertido en teniente e inicia su especialización como torpedista, una rama naval en franco crecimiento dadas las ansias británicas por emparejar su brecha tecnológica con Alemania. Durante aquella década, la Marina Real construyó 200 torpederos y 70 buques de guerra, así que los torpedistas estaban en gran demanda; Scott vio en ello una posibilidad de ascenso. Tras su formación recibe un puesto a bordo del *HMS Vulcan*, pero entonces, a finales de 1894, le llega la noticia de que su familia está al borde de la ruina debido a una inversión desventurada de su padre. Robert Falcon y su hermano Archie ponen sus carreras en pausa para ordenar los asuntos de la familia; sus hermanas se mudan a Londres, donde más tarde emprenderían un negocio como modistas, mientras que su padre consigue trabajo administrando una cervecería cerca de Bath. La tranquilidad no dura mucho, sin embargo, pues el padre muere en 1897 de una enfermedad cardíaca y tan sólo un año después Archie sucumbe súbitamente de fiebre tifoidea. Scott, para entonces reconocido como un torpedista experto, se encuentra de pronto como el único sostén de su familia (Fiennes 23). La presión económica no puede haber sido poca; muchos han visto en ella un desencadenante para lo que vino después.

Scott había conocido por primera vez al geógrafo Clements Markham hacía más de una década, en 1887, cuando éste lo vio competir en una carrera de vela. Diez años más tarde se encontraron por azar a bordo del *HMS Empress of India*, donde el geógrafo inquirió sobre el carácter de Scott con el capitán George Egerton, quien le dio una sólida recomendación. En la década que separó estos dos encuentros, Markham se había convertido en presidente de la Royal

Geographical Society y había declarado que su objetivo principal sería impulsar expediciones de exploración antártica. Era con este objeto que se encontraba haciendo diligencias sobre posibles líderes, pues creía que el hombre adecuado vendría de la Marina Real. El siguiente paso parece haberlo dado la casualidad. En junio de 1899 Scott se encontraba en Londres visitando a sus hermanas modistas cuando se cruzó con Markham en la calle. Los planes del geógrafo comenzaban a tomar forma, pues acababa de publicar el anuncio formal de su búsqueda de un líder para lo que sería la expedición Discovery. Se cree que hablaron sobre el proyecto durante este encuentro fortuito, pues días después Scott se presentó a la puerta del geógrafo y se ofreció en persona para el puesto (Fiennes 13, Crane 76). Markham hubo de batallar bastante para conseguirle el trabajo —después de todo, Scott era un oficial joven, sin experiencia previa de exploración ni linaje aristocrático—, pero lo logró en el transcurso del año siguiente. No existe un documento que explique de primera mano las razones de Scott para buscar el nombramiento, pero en general se intuye que comandar expediciones era un buen modo de realzar el currículum de un marino en tiempos de paz y que Scott —quien nunca había expresado un interés particular por las regiones polares— vio aquí la oportunidad de acelerar el avance de su carrera (necesario, dada su situación familiar).

La expedición Discovery y el reconocimiento

Tras reclutar una tripulación de marinos, científicos y algunos voluntarios, Scott partió a bordo de la nave *Discovery* en julio de 1901 con dirección a la Antártida. Como parte de las negociaciones llevadas a cabo por Markham para conseguirle el puesto y el financiamiento requerido, la expedición de Scott no sería un asunto de mero descubrimiento geográfico, sino que llevaría a cabo un extenso programa de investigación en los campos de la meteorología, la zoología y la

geología, todos prácticamente nacientes en el continente antártico. Esto hizo imposible viajar sólo con hombres de la Marina, pero Scott puso como condición a todos sus tripulantes la aceptación del método de comando y disciplina naval durante la expedición. De este *modus operandi*, que mantendría a lo largo de su carrera, ha surgido una de las críticas más comunes a Scott: la de ser rígido o falta de imaginación. El debate al respecto se explora en el cuerpo principal de este texto; por ahora sólo es preciso apuntar que Discovery es generalmente considerado como un viaje antártico exitoso —ciertamente el más fructífero del primer lustro del siglo XX— siendo su tamaño y sus métodos científicos un hito en la historia de la exploración.

Scott arribó a mares antárticos en enero de 1902 y rápidamente corroboró la existencia de una tierra predicha por James Clark Ross en su viaje de 1839-43, la cual llamó Tierra de Eduardo VII (hoy península de Eduardo VII). Desde un campamento central en las faldas del volcán Erebus (ver mapa en la pág. 74) Scott dejó a sus científicos trabajar mientras se ocupaba en organizar los primeros viajes de la historia humana en penetrar la barrera de hielo de Ross y buscar una ruta hacia la tierra firme del continente a través de las montañas que ponían tope al horizonte. El capítulo tres de este proyecto incluye una valoración más detallada de los dos viajes principales de Scott en la expedición, pero a grandes rasgos éstos fueron: 1) un viaje hacia el sur en 1902-03, donde implantó un nuevo récord de sur máximo de 82°11' pero no logró atravesar las montañas para ascender a la meseta polar, y 2) un viaje hacia el oeste en 1903-04, donde sí cruzó las montañas por una vía más cercana y descubrió una variedad de glaciares, valles y características geológicas del terreno. Entre los otros logros de la expedición se cuentan el descubrimiento de una colonia de pingüinos emperador en cabo Crozier, la certificación de que la isla de Ross (el lugar de su campamento) era efectivamente una isla, hallazgos fósiles que ayudaron a ubicar Antártica en el subcontinente primitivo de Gondwana y el estudio de las propiedades antiescorbúticas de la carne de foca fresca (Crane 272; Preston 47).

De regreso en Inglaterra, Scott no se regodeó de inmediato en su nueva fama heroica, que la prensa ya había comenzado a urdir, sino que se recluyó para cumplir con el último encargo de la expedición: la escritura de una narrativa del viaje basada en sus diarios. El resultado fue *The Voyage of the Discovery*, obra publicada en dos volúmenes en octubre de 1905, la cual —si bien no es leída tan ampliamente hoy como otros clásicos de la literatura polar— fue bien recibida en su época y cimentó a Scott como un hombre de valor y talento ante la sociedad. Habiendo concluido su trabajo y siendo ahora un personaje de interés, Scott comenzó a mezclarse más con dicha sociedad, trabando una amistad perdurable con el escritor J. M. Barrie y conociendo a la escultora Kathleen Bruce, con quien comienza una relación sentimental. Asimismo, en 1906 se reúne con Markham para comenzar los planes de una segunda expedición. El oficial pasa estos años alternando entre la vida naval, la planeación de su siguiente viaje polar (en específico encarga la creación de prototipos de vehículos motorizados al ingeniero Reginald Skelton) y su relación con Kathleen, que consuma con el matrimonio en septiembre de 1908. Meses después, en marzo de 1909, Scott toma un puesto en las oficinas del Almirantazgo, lo cual le permite vivir en casa y acelerar sus planes de viaje mientras cuida del embarazo de su esposa. Por estos días se entera de que Ernest Shackleton, su antiguo compañero en *Discovery*, se ha quedado cerca del polo sur en su propia expedición antártica, y le dice al marino irlandés Tom Crean, con quien caminaba por la calle, “ahora nos toca intentar” (Fiennes 149-150).

Terra Nova y la tragedia

En la primera semana de septiembre de 1909, los estadounidenses Robert Peary y Frederick Cook ambos reportaron haber sido los primeros en llegar al polo norte. Los alegatos que siguieron continúan siendo objeto de debate hasta nuestros días, y algunas fuentes consideran que ninguno

llegó realmente al polo (Rennison 69), pero ello no importó al ojo mediático. Con sus anuncios, Peary y Cook quedaron asociados para siempre con la gloria de conseguir el polo norte, dejando al sur como único trofeo en disputa. Scott debía actuar rápido: la semana siguiente anunció en la prensa su intención de montar una nueva expedición y comenzó a buscar el respaldo económico del Imperio. Tras siete intensos meses de planeación, reclutamiento y búsqueda de fondos, la expedición *Terra Nova* quedó lista para partir a mediados de 1910. Al igual que en *Discovery*, el viaje de Scott no sería una empresa de mera aventura, sino que incluía un ambicioso programa científico, entre cuyas contribuciones se cuenta el primer material fílmico del continente. El plan de Scott no estaba pensado para competir con nadie en velocidad, sino para realizar cada meta de manera metódica. Ejemplo de ello era la variedad de sus métodos de transporte: llevaba a bordo tanto perros como ponis siberianos y vehículos motorizados, además de mantener abierta la opción de viajar a pie con o sin esquí. La intención era realizar numerosas pruebas de campo y asegurarse de elegir la alternativa más segura para llegar al polo, no necesariamente la más rápida (y riesgosa). Sin embargo, el destino deparaba cosas distintas. Ya en Nueva Zelanda, durante la última escala del *Terra Nova* antes de partir hacia la Antártida, Scott recibió un telegrama informándole que el afamado explorador noruego Roald Amundsen —célebre por su navegación del Paso del Noroeste en aguas árticas— iba también en ruta al polo sur y se proponía alcanzarlo del modo más rápido posible, transportándose sólo con perros a través de una ruta nunca probada, pero hipotéticamente más corta (Fiennes 182). La tripulación británica enfureció ante lo que consideraron una falta de Amundsen a los códigos de caballerosidad —algunos hombres dejaron testimonios mucho más iracundos que Scott, quien parece haber aceptado la situación con estoicismo—, pero ya era muy tarde para cambiar los planes. Se decidió continuar la expedición sin modificaciones y esperar que Amundsen sufriera un retraso.

Scott arribó a su viejo campamento en la isla de Ross alrededor del 30 de diciembre de 1910 y comenzó sus preparativos. El plan era instalar depósitos de comida sobre la barrera de hielo a lo largo de un viaje iniciado en enero, regresar al campamento en marzo para hibernar y acometer el polo el año siguiente. Este viaje sirvió como audición para el rendimiento de los ponis, con resultados poco espectaculares: los animales no se adaptaron del todo al clima ni a la superficie y algunos de ellos se deterioraron, impidiéndole a Scott llegar a tiempo a la marca de 80° Sur, donde quería ubicar su último depósito. Así, se conformó con llegar hasta 79°29' Sur, una diferencia de treinta millas (Fiennes 212). El viaje de regreso vio aparecer las primeras intimaciones de la tragedia por venir, pues tres de los mejores ponis perecieron cuando un trozo de hielo marino que había estado allí durante siglos se desprendió justo cuando cruzaban hacia el campamento. Como resultado, Scott hubo de realizar el viaje al polo apoyado por ponis relativamente débiles, lo cual implicó partir hasta noviembre de 1911 —cuando el frío bajó—, mientras que los noruegos y sus perros arrancaron en octubre. Así, el transporte del viaje polar de Scott terminó siendo híbrido: perros y ponis ayudarían a transportar provisiones en la barrera de hielo, pero en la platea polar los hombres arrastrarían sus propios trineos, un método más cansado y lento, pero supuestamente seguro según la experiencia previa de Shackleton. Además, el único umbral para pasar de la barrera de hielo a la platea polar que se conocía en 1911 era el glaciar Beardmore, ascendido por el mismo Shackleton en 1908. Scott esperaba que Amundsen perdiera tiempo, primero desviándose de su ruta hasta llegar al Beardmore y luego tratando de ascenderlo con perros, lo cual era muy difícil. Por desgracia para los ingleses, no fue así. Amundsen confió en su suerte y fue recompensado con el hallazgo de un glaciar alternativo —que llamó Axel Heiberg—, el cual además resultó más fácil de ascender con perros.

Con este empujón de la fortuna, Amundsen completó el trayecto sin gran dificultad. Apoyado por conductores de perros profesionales, el noruego alcanzó el polo cerca de las 3 de la

tarde del 15 de diciembre de 1911, mientras Scott se encontraba 360 millas atrás, ascendiendo el Beardmore (Huntford 468). Habiendo arrancado más temprano en la temporada gracias a su uso exclusivo de perros, Amundsen gozó de buen clima en su viaje de regreso, así como de una superficie propicia para el uso de los esquís, con lo que regresó sano y salvo a su campamento el 26 de enero de 1912 y se embarcó de inmediato a Nueva Zelanda para anunciar su triunfo.

El trayecto de Scott no fue tan sencillo. Comenzando con dos semanas de desventaja, los británicos se vieron retrasados todavía más por una ventisca que los detuvo durante cuatro días en las faldas del Beardmore, un evento sumamente raro en esa época del año según la meteoróloga Susan Solomon (en Fiennes 282). Además, la tormenta hizo más difícil el ascenso mismo del glaciar, pues llenó de nieve secciones que deberían haber estado libres. Así, los británicos gastaron la mayoría de diciembre en el Beardmore, teniendo como único consuelo que las enormes grietas de la región justificaban la decisión de Scott en cuanto a transporte: el glaciar era, efectivamente, un mal lugar para viajar con perros. El 3 de enero de 1912, Scott anunció los cuatro hombres que lo acompañarían al polo: Bowers, Edgar Evans, Oates y Wilson. El líder no sabía que dos de ellos ocultaban debilidades físicas que los afectarían más tarde: Evans una herida en la mano y Oates tensión en el tendón del pie derecho. Los hombres no seleccionados regresaron al campamento bajo el liderazgo del segundo a bordo, el teniente Teddy Evans, quien llevaba instrucciones de Scott para los equipos de perros: quería que éstos lo encontraran a media barrera de hielo, en la marca de 82° Sur, a mediados de febrero. Una vez ascendido el glaciar Beardmore, Scott y sus cuatro acompañantes se desplazaron por la platea polar a una velocidad comparable a la de Amundsen y sus perros, 15 millas al día contra 16 del noruego (Fiennes 321), pero la carrera estaba perdida. Hacia las 4 de la tarde del 16 de enero de 1912, el navegador Henry Bowers avistó lo que parecía ser un túmulo de piedras a la distancia. Quiso pensar que era un espejismo de los cristales de hielo, pero al acercarse la forma se resolvió en el objeto

inegable de una bandera negra: Amundsen había estado allí. El día siguiente, los británicos fijaron la ubicación del polo de la manera más precisa que sus instrumentos permitieron, tomaron fotografías y encontraron los restos del campamento de Amundsen, que contenía algunas provisiones a modo de regalo y una carta del líder noruego al británico. Un Scott desilusionado escribe en su diario: “Great God! this is an awful place and terrible enough for us to have laboured to it without the reward of priority” (Scott 376).

Para el 19 de enero, los británicos habían comenzado su regreso. Hasta este momento no habían tenido grandes problemas de salud, más allá de la ceguera del hielo y la sensación acrecentada del frío a causa de la pérdida de masa corporal, pero las cosas se complicaron a finales de enero. El primero en quebrantarse fue el marino Evans, físicamente el más robusto de la partida. Scott y sus hombres llevaban seis semanas sin comer carne fresca, por lo cual comenzaban a presentar deficiencias de vitamina C (las vitaminas no se habían descubierto en 1912), posiblemente agravadas en Evans porque era remilgoso al comer. Esto habría sido un factor en el deterioro y la lenta cicatrización de sus manos, donde ocultaba una herida desde el principio del viaje y ahora presentaba ampollas. El 30 de enero, Scott reporta que Evans, “de forma desconcertante”, había comenzado a perder el ánimo, y el 5 de febrero —cuando descendían el glaciar— la distancia de viaje de la partida se reduce drásticamente, al perder Evans sus fuerzas (Fiennes 322, 326). En este punto, a contrarreloj y con un hombre débil a cuestas, Scott halló sus depósitos de comida a lo largo del glaciar Beardmore, descrito por el montañista moderno Reinhold Messner como “nada más que grietas. En una superficie de varios kilómetros cuadrados miras alrededor y no ves nada más que hielo vertical sin aparente salida” (en Fiennes 328). Por estos días Evans cayó en una de dichas grietas (algo relativamente común en el glaciar) y quizás sufrió una conmoción o un edema cerebral, que hoy se consideran los sospechosos más probables de su muerte. Sus compañeros reportan comportamientos erráticos y

desánimo de su parte durante dos semanas hasta que el 16 de febrero colapsa y pierde la conciencia, falleciendo esa madrugada.

No obstante la muerte de Evans, la supervivencia no parecía imposible para los demás. Terminaron su descenso del glaciar el 18 de febrero; les restaban 400 millas a una menor altitud y con el trineo ligero. De acuerdo con los planes de Scott, tenían aproximadamente un mes para llegar al campamento, lo cual implicaba un promedio de entre 9 y 11 millas al día, bastante menor a las distancias que habían logrado en la platea polar. Asumiendo además que recibirían la ayuda solicitada a los equipos de perros a mitad de la barrera de hielo, el viaje se antojaba asequible. Alejándose de la costa, Scott esperaba viajar sobre una superficie lisa y con el viento a sus espaldas, pero encontró todo lo contrario: viento del norte y temperaturas cada vez más frías, que a su vez causaban cristales arenosos en la nieve. Iban mucho más lento de lo que debían. Entre el 25 de febrero y el 1 de marzo la temperatura bajó de -20°F a -40°F. Para colmo, el 2 de marzo, el militar Oates le anunció a sus compañeros que sus pies estaban en mal estado (Fiennes 349). Con Evans ausente, Oates debilitado y el frío arruinando la fricción del trineo, estaba claro que los hombres requerían ayuda, ya fuera un cambio meteorológico o la aparición providencial de los equipos de perros. Ninguna de las dos cosas llegó.⁴³ Cuatro días después Oates ya era incapaz de jalar el trineo, y en su simple acto de ponerse y quitarse las botas retrasaba al grupo alrededor de una hora a causa del dolor y la ascendiente gangrena. Scott y los demás impulsaban

⁴³ ¿Por qué los equipos de perros no asistieron a Scott como lo había solicitado? El asunto es enredado y se discute hasta hoy. Para empezar, Teddy Evans (quien llevaba las instrucciones) enfermó de escorbuto durante su viaje de regreso, retrasando su llegada al campamento hasta el 19 de febrero. Unos días después, el barco *Terra Nova* lo llevó de vuelta a Nueva Zelanda junto con ocho hombres que no podían quedarse a hibernar otro año. Las instrucciones de Scott confiaban en que los perros podrían llegar a 82° Sur al mando de Cecil Meares o Martin Atkinson, los mejores conductores. Sin embargo, Meares fue uno de los ocho que partieron en *Terra Nova*, pues recibió noticias de que su padre había muerto. Atkinson, por otra parte, era el médico del campamento, por lo que decidió quedarse a cuidar al enfermo Evans. Esto dejó al joven Apsley Cherry-Garrard como único conductor de perros disponible (Fiennes 340-341). El mal clima y la inexperiencia impidieron a Garrard llegar hasta la mitad de la barrera de hielo, como Scott había especificado. En lugar de esto, esperó del 3 al 10 de marzo en un depósito de comida más cercano al campamento, conocido como One Ton Depot, pero Scott y su partida nunca llegaron.

al militar a seguir adelante, pero en el fondo sabían que su condición representaba una carga fatal para todos. Finalmente, el 16 de marzo, Scott registra que la mañana anterior Oates había tomado la decisión necesaria, salido de la tienda y marchado solo entre la ventisca hacia su muerte (en Crane 502). Sus supuestas últimas palabras, “I am just going outside and may be some time”, sellan el episodio como uno de los más representativos en la historia de la exploración polar en relación con el sufrimiento y el sacrificio.

Incluso tras el suicidio de Oates, la situación para los demás ya no tendría remedio. Debilitados por el atípico frío, cada vez sufrían más para marchar sobre la superficie llena de cristales. Sólo unos días después, el 18 de marzo, Scott reporta que uno de sus pies ya no responde; les quedaban tres días de marcha para llegar a One Ton Depot —donde Cherry-Garrard los había esperado con los perros una semana antes— y sólo dos días de provisiones para lograrlo. Ya no lo consiguieron, pues justo entonces cayó una tormenta que los mantuvo confinados en la tienda durante 48 horas. Los escritos de Scott hablan de un plan para que Wilson y Bowers hicieran un último intento de llegar al depósito y traer provisiones de vuelta con el debilitado Scott, pero este viaje nunca arrancó. Si esto fue por el clima, por el cansancio o porque la tormenta todavía duró dos días más (como Scott asegurase), no lo sabemos.⁴⁴ Lo cierto es que los tres hombres ya no se movieron de esta ubicación, 11 millas al sur de One Ton Depot (Crane 503). El 30 de marzo, Martin Atkinson —al mando del campamento— da por hecho la muerte de

⁴⁴ Crane duda del reporte de Scott sobre esta tormenta de cuatro días sencillamente porque algo así nunca ha sido observado en esta región. Lo normal es que estas tormentas duren dos días como máximo, seguidas de un periodo más cálido y bueno para viajar. Durante los días en cuestión, las mediciones meteorológicas del campamento indican justamente esto: una tormenta de dos días seguida de relativa calma y vientos hacia el norte. Crane menciona la posibilidad de que los hombres, en su estado de debilitamiento extremo, hayan delirado que la tormenta seguía, pero luego presenta una hipótesis que cree más probable: Wilson y Bowers temían que los vientos hacia el norte les impidieran volver con Scott tras recoger provisiones en el depósito, si es que siquiera lograban llegar allá. Abandonar a Scott les resultaba moralmente imposible y arrastrarlo en el trineo físicamente inviable. Además, la muerte de los tres estaba casi asegurada en cualquier escenario, pero quedarse en la tienda con sus documentos y su trineo al menos daría a sus compañeros la esperanza de encontrarlos y permitir que su historia fuera contada (517).

la partida polar (512). Si las fechas del diario de Scott son confiables, fue apenas un día antes cuando el capitán escribió la última entrada, que termina:

We shall stick it out to the end, but we are getting weaker, of course, and the end cannot be far. It seems a pity, but I do not think I can write more.

R. Scott

For God's sake, look after our people. (Scott 412)

Ocho meses después, cuando pasó el invierno y el clima permitió viajar de nuevo, los hombres del campamento salieron en búsqueda de sus compañeros malogrados, logrando su triste hallazgo el 12 de noviembre de 1912, cuando Charles Wright avistó entre la nieve las seis pulgadas superiores de la tienda. Al desenterrarla encontraron dentro los cuerpos de los tres hombres, con Scott en el centro, congelado en un gesto de sufrimiento y con un brazo extendido sobre su amigo Wilson, quien parecía dormir, al igual que Bowers. Esto se ha utilizado como evidencia de que el capitán murió al último. Sus únicas provisiones restantes eran un poco de chocolate, algo de combustible para lámpara y unas hojas de té secas. En las inmediaciones se hallaba el trineo —cargado con muestras geológicas y pruebas de la visita al polo, pero sin comida— y todavía más atrás se encontró la bolsa de dormir vacía del teniente Oates. Los hombres del campamento recolectaron estos artefactos junto con los documentos escritos que había en la tienda, entre los cuales destacan los diarios y las cartas finales de Scott; después colapsaron la tienda sobre los cuerpos, erigieron un túmulo de nieve y marcaron el sitio con una cruz hecha de dos esquís. Debido a la naturaleza móvil de la barrera de hielo, el sitio probablemente no será encontrado de nuevo. Como memorial permanente, Atkinson y los demás construyeron una gran cruz de madera en Observation Hill, un monte cerca del campamento, la cual sobrevive hasta hoy. Luego partieron y le informaron al mundo las noticias, tocando tierra en Nueva Zelanda el 14 de febrero de 1913.

El resto —la publicación de los diarios, las elegías de sus compañeros, la explosión de patriotismo que siguió a su muerte, la mitificación de su figura realizada por los biógrafos e incluso por su amigo J. M. Barrie— ya forma parte del dominio de la narrativa, la memoria y la identidad cultural, y el análisis de su legado concierne al cuerpo principal de este estudio.

Referencias

- BARCZEWSKI, Stephanie. *Heroic Failure and the British*. New Haven/Londres, Yale University Press, 2016.
- BARNETT, Correlli. *The Collapse of British Power*. Nueva York, Morrow, 1972.
- BARRIE, J. M. “Biographical Introduction”. *Journals de Robert Falcon Scott*, Oxford, Oxford University Press, 2008.
- BEATTIE, Owen y John Geiger. *Frozen in Time: The Fate of the Franklin Expedition*. Intr. Margaret Atwood. Vancouver/Berkeley, Graystone Books, 2017.
- BOOTH, Robert. “UK More Nostalgic for Empire than Other Ex-Colonial Powers.” *The Guardian*, 11 Mar. 2020, <https://www.theguardian.com/world/2020/mar/11/uk-more-nostalgic-for-empire-than-other-ex-colonial-powers>.
- BOWN, Stephen R. *The Last Viking: The Life of Roald Amundsen*. Boston, Da Capo Press, 2012.
- _____. *White Eskimo: Knud Rasmussen’s Fearless Journey into the Heart of the Arctic*. Boston, Da Capo Press, 2015.
- CHERRY-GARRARD, Apsley. *The Worst Journey in the World*. Londres, Penguin, 2005.
- COLLINI, Stefan. “The Idea of ‘Character’ in Victorian Political Thought”. *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. 35, 1985, pp. 29–50.
- CRACIUN, Adriana. “What is an Explorer?”. *Eighteenth-Century Studies*, vol. 45, núm. 1 (Otoño 2011), pp. 29-51.
- CRANE, David. *Scott of the Antarctic*. Nueva York, Vintage, 2007.
- DIPPEL, John V. H. *To the Ends of the Earth. The Truth Behind the Glory of Polar Exploration*. Nueva York, Prometheus, 2018.
- EL-ENANY, Nadine. “Brexit Is Not Only An Expression Of Nostalgia For Empire, It Is Also The Fruit Of Empire”. *LSE BREXIT*, 11 Mayo 2017, <https://blogs.lse.ac.uk/brexit/2017/05/11/brexit-is-not-only-an-expression-of-nostalgia-for-empire-it-is-also-the-fruit-of-empire/>.
- ENGLISH, Richard y Michael Kenny. “Public Intellectuals and the Question of British Decline”. *British Journal of Politics and International Relations*, Vol. 3, núm. 3, octubre 2001, pp. 259-283.
- FIENNES, Ranulph. *Captain Scott*. Londres, Coronet, 2003.
- FLEMING, Fergus. *Barrow’s Boys*. Londres, Granta, 1999.
- FUCHS, Vivian. “Scott and Amundsen. Review”. *The Geographical Journal*, Vol. 146, Núm. 2 (Jul., 1980), pp. 272-274.
- GILROY, Paul. *Postcolonial Melancholia*. Nueva York, Columbia University Press, 2005.
- GITTINGS, Robert. *La naturaleza de la biografía*. Trad. Antonio Saborit. Ciudad de México: INAH, 1997.
- GWYNN, Stephen. *Captain Scott*. Londres, John Lane and the Bodley Head, 1929.

- HALLORAN, S. Michael. "Aristotle's Concept of Ethos, or if not His Somebody Else's". *Rhetoric Review*, vol. 1, núm. 1 (1982), pp. 58-63.
- HORNE, John. "Masculinity in Politics and War in the Age of Nation-states and World Wars, 1850-1950" en *Masculinities in Politics and War: Gendering Modern History*. Ed. Stefan Dudink *et al.* Manchester, Manchester University Press, 2004.
- HUNTFORD, Roland. *Nansen: The Explorer as Hero*. Londres, Abacus, 2005.
- _____. *The Last Place on Earth: Scott and Amundsen's Race to the South Pole*. Nueva York, Modern Library, 1999.
- _____. *The New Totalitarians*. Londres, Madison Books, 1980.
- JONES, Max. "Introduction". *Journals de Robert Falcon Scott*, Oxford, Oxford University Press, 2008.
- LANONE, Catherine. "The Mystery of 'those icy climes' (Shelley 269): Literature, Science and Early Nineteenth-century Polar Exploration". *Cahiers victoriens et édouardiens*, núm. 71, Primavera 2010. <http://journals.openedition.org/cve/2855>; <https://doi.org/10.4000/cve.2855>
- LAWRENCE, Christopher y Michael Brown. "Quintessentially Modern Heroes: Surgeons, Explorers, and Empire, c.1840–1914". *Journal of Social History*, vol. 50, núm. 1 (2016), pp. 148–178.
- MARCUS, Laura. "E.M. Forster and the Character of 'Character'". *The Cambridge Quarterly*, vol. 50 núm. 2, 2021, pp. 159-172.
- MCGOOGAN, Ken. *Fatal Passage*. Londres, Bantam, 2002.
- MILLER, Dean A. *The Epic Hero*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2000.
- MONGE, Emiliano. "Llegar después". *Revista de la Universidad de México*, sep. 2017, pp. 128-131.
- PONTING, Herbert. *The Great White South*. Londres, Duckworth & Co., 1923.
- PRESTON, Diana. *A First Rate Tragedy: Captain Scott's Antarctic Expeditions*. Londres, Constable, 1999.
- RENNISON, Nick. *A Short History of Polar Exploration*. Harpenden, Pocket Essentials, 2013.
- RUBINSTEIN, W. D. *Capitalism, Culture, and Decline in Britain, 1750-1990*. Londres, Routledge, 1993.
- SCOTT, Robert Falcon. *Journals*. Oxford, Oxford University Press, 2008.
- SPUFFORD, Francis. *I May Be Some Time: Ice and the English Imagination*. Londres, Faber & Faber, 2003.
- TENNYSON, Alfred. *The Complete Works of Alfred Tennyson, Poet Laureate: Illustrated Edition*. Nueva York, R. Worthington, 1882.
- "The Starry Way". *The Courier-Mail* [Brisbane, Australia], 5 de junio de 1948, p. 2. National Library of Australia. trove.nla.gov.au/newspaper/article/49654642
- THORSLEV, Peter. *The Byronic Hero. Types and Prototypes*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1965.

- TOSH, John. “Manliness, masculinities and the New Imperialism, 1880-1900” en *Manliness and Masculinities in Nineteenth-Century Britain*. Londres, Routledge, 2005.
- WHEELER, Sara. *Cherry: A Life of Apsley Cherry-Garrard*. Nueva York, Modern Library, 2001.
- WOOLF, Virginia. “The Art of Biography” en *Biography in Theory: Key Texts with Commentaries*. Editado por Wilhelm Hemecker y Edward Saunders. Berlín/Boston, De Gruyter, 2017.
- _____. “The New Biography” en *Biography in Theory: Key Texts with Commentaries*. Editado por Wilhelm Hemecker y Edward Saunders. Berlín/Boston, De Gruyter, 2017.

